

QUEIROZ

UMA
CAMPANHA
ALEGRE

PQ9261

.E3

C358

H. G.



1020028622



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



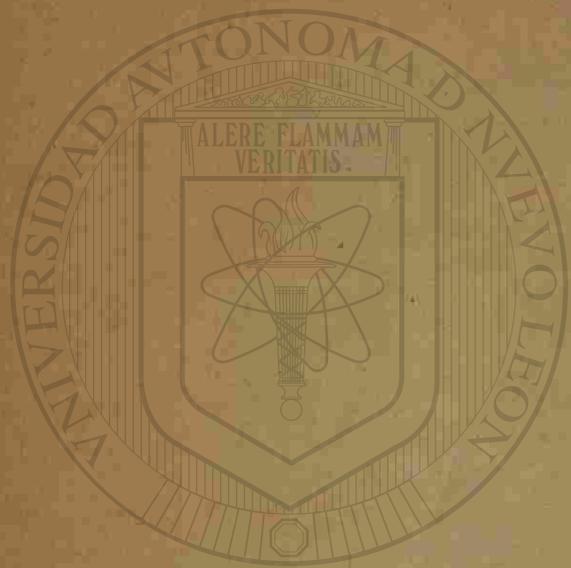
FONDO
RICARDO COARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNA CAMPAÑA ALEGRE





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

OBRAS DE
EÇA DE
QUEIROZ

UNA
CAM-
PAÑA ALE-
GRE

TRADUCCION DE
W. FERNANDEZ FLOREZ

BIBLIOTECA NUEVA
M A D R I D

100185

34570

829
2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

FONDO RICARDO COVARRUBIAS
ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.) Paseo de San Vicente, 20.-Madrid.

PALABRAS PRELIMINARES

La "Advertencia" con que el autor ha encabezado esta colección de artículos hace inútil cualquier prólogo explicativo. Son páginas de mocedad, y no hay aún en ellas aquel abundante acopio de cultura de que gustaba hacer gala Eça de Queiroz. Apenas asomado a la vida de su patria, tantas flaquezas y tantos contrasentidos hirieron su atención, que no esperó a más para lanzarse a combatirlos con ese denuedo de los años de juventud, que no vuelve a encontrarse ya nunca. Alguna vez pudo este brío llevarle a ser algo cruel, como en el juicio que formula acerca de la ex-emperatriz Eugenia; pero, desde la primera a la última hoja de este libro, no hay ningún comentario que no responda a una elevada ansia de justicia; bajo la larga sonrisa bondadosa que anima a todos los capítulos, un tierno amor hacia el bien de las criaturas corre dulcemente.

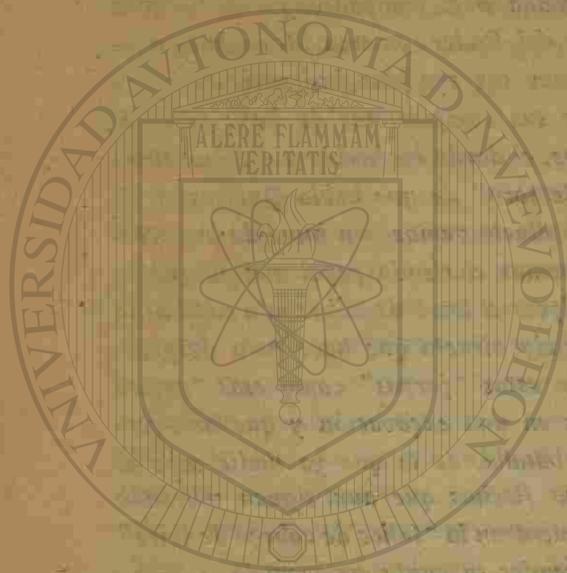
Eça de Queiroz no ha comentado tan sólo a su patria, sino a todas las patrias. Sería imposible ofrecer hoy al público un libro de artículos, todos ellos políticos y sociales, referentes al Portugal de 1870, que pudiese brindar a los lectores algún interés. Pero los comentarios de Eça de Queiroz tienen aún vida actual y la tendrán, por desventura para los hombres, durante mucho tiempo. Al hacer la traducción de "Una campanha alegre das Farpas", hemos pensado frecuentemente cuántos de estos artículos podrían servir en nuestro país —y, como en el nuestro, en tantos otros— para apostillar sucesos recientísimos, conductas de políticos de 1920, farsas que entonces se representaban en la nación vecina y que siguen rodando por el mundo, sin envejecer nunca entre la candidez y la paciencia humanas, sin hacer otra cosa que cambiar de escenario y ser hoy españolas, ayer portuguesas, mañana de los países de América, o de Francia, o...

Por ser así, universales y de todos los tiempos, los vicios tras los que Eça de Queiroz lanzó el puñado de avispas de su ironía sonriente, estos comentarios no pueden perder interés. Los hombres en quienes se han clavado estas "farpas" han desaparecido ya; muchos de ellos no han logrado que su nombre fuese retenido en la memoria de la

generación que vino a sucederles. Encaramados por la casualidad o el compadrazgo en los más altos puestos del Poder, en una Monarquía agonizante, ni aun sus sombras insignificantes son evocadas por sus compatriotas de hoy; pero, al través de ellos, el dardo ha herido a ese monstruo "de cabeza de toro" de que habla Queiroz, y en su inmaterial silueta vemos aun hundida la acera-da punta y vemos el rizado papel que adorna la banderilla golpear el lomo de la bestia a cada salto que da y a cada pirueta que hace para desprenderla. No son estas "farpas" como esas "armas desenterradas en una excavación y que han servido en una batalla, de la que ya nadie sabe el nombre", sino flechas que aun siguen vibrando y que aun encuentran la "tolice de cabeça de toiro" donde ir a prender su punta envenenada.

Leed este libro y veréis después muchas veces como la cáustica risa de Eça de Queiroz aguarda a nuestros políticos, agazapada a las puertas de los Ministerios y en los pasillos de nuestras Cámaras, irreverente e inagotable, más eficaz que cien artículos de fondo graves y entogados que suenan con el mismo sonido de un fagot y que nunca corrigen nada ni castigan a nadie, porque nadie los lee.

W. FERNÁNDEZ-FLÓREZ.



ADVERTENCIA DEL AUTOR

Las páginas de este libro son aquellas con que en otro tiempo contribuí a *As Farpas*, cuando Ramalho Ortigão y yo, convencidos, como el Poeta, de que la *Estulticia tiene cabeza de toro*, decidimos *banderillar* hasta la muerte a la alimaña pesada y temible. ¿Quién era yo; qué fuerza o razón superior había recibido de los dioses para erigirme así en mi tierra en justiciero destructor de monstruos?... La mocedad tiene estas espléndidas gallardías; sólo por amar la Verdad imagina que la posee; y, magníficamente segura de su infalibilidad, ansía embestir contra todo lo que diverge de su ideal, y que ella, por lo tanto, considera Yerro, irremisible Yerro, condenado a la exterminación. Así fué que, recién llegado de la Universidad, con mi Proudhon mal leído debajo del brazo, me apresuré a gritar en la ciudad en que entraba: "¡Muerte a la estulticia!" Y desde entonces, al lado de Ramalho Ortigão, no

cesé durante dos años de arrojar dardos, uno tras otro, para todos los lados donde suponía entrever la obscura cerviz taurina. No recuerdo si acertaba; sin duda muchos hierros se embotaban en las losas; pero cada ataque era mandado por un impulso puro de la inteligencia o del corazón. Y así, de esos tiempos ardientes me quedó la idea de una campaña muy alegre, muy elevada, en que la ironía se alistaba radiantemente al servicio de la justicia; cada fuerte golpe hacía brotar una soberbia verdad; de la demolición de todo resaltaba una educación para todos, y el tumulto del ataque, aparentemente desordenado, era como el de los griegos combatiendo en Platea, dirigidos por Minerva armada; quiero decir, por la razón.

Veinte años han pasado, y hoy releo estas páginas amarillentas de *As Farpas*. ¿Qué encuentro en ellas? Una risa tumultuosa, lanzada estridentemente al través de una sociedad, como su comentario y crítica supremas. Encuentro una risotada desmedida, pero escasamente una verdad adquirida, una conclusión de experiencia y de saber, algún resultado visible de esa inspiración de Minerva, que yo suponía combatiendo detrás de mí, invisible y armada de oro como en los campos de Platea. Nada que para gobernar entre los hombres el pensamiento o la conducta mereciese quedar archivado en to-

mos duraderos; únicamente una carcajada inmensa tronando, como las trompetas de Josué, en torno de ciudadelas que ciertamente no perdieron por eso una sola piedra, porque las veo aún derechas, más altas aún, del sucio color del lodo, alargando sobre nosotros su prolongada sombra.

Ahora, ¿vale la pena de recoger, de perpetuar esta risa esparcida antaño en ligeros folletos satíricos? ¿Existe, por ventura, utilidad en codificar así la carcajada? A los millares de libros que embarazan al mundo ¿conviene unir un libro más del que nada sale, cuando abierto, sino el rumor fugitivo y remoto de risas de hace veinte años, tan muertas como las rosas de entonces?

Creo que no. Y por determinación mía, yo dejaría estas *Farpas* en sus breves folletos amarillos, ya tan raros y cada vez más sumidos en esa corriente vaga llamada "de los Tiempos", que providencialmente va arrastrando todo lo que se volvió inútil; hojas de lirio y hojas de laurel, y a los hombres, y a sus ilusiones inmensas, y a sus diminutos libros.

Sin embargo, esto no lo ha consentido, por una tierna superstición de amistad, mi camarada Ramalho Ortigão. Habiendo reunido sus artículos de *As Farpas*, que forman una vasta obra de pensamiento y sabiduría, deseó él que no quedasen fuera

de su monumento aquellas páginas que yo compuse a su lado en los primeros tiempos de la publicación, cuando, llevados de la misma santa rebeldía, nos abalanzamos a atacar a toda una sociedad con un puñado ligero de ironías doradas.

Ahí van, pues, mis *Farpas*, a las que doy ahora el nombre único que las define y las justifica: "Una campaña alegre". No hay en ellas, en efecto, sino una transbordante alegría empeñada en una campaña intrépida. Todo este libro es una risa que pelea. Que pelea por aquello que yo suponía la razón. Que pelea contra aquello que yo suponía la estulticia.

Ahí van, pues, estas *Farpas* en su forma primordial, improvisada en la prisa y en el fragor de la lid; forma desordenada y tumultuosa, en que las palabras, las exclamaciones y las mismas comas, todo es empujado hacia delante, al acaso, en un tropel clamoroso, contra la cosa detestada que urgía demoler. Y, todavía, tal me pareció ahora el desorden, y tan incorregiblemente se me impone el amor a la armonía, que no resistí a veces a disciplinar esta rumorosa turba de vocablos en correría, y a establecer, en estas oraciones descompuestas, en donde se atropellaban adjetivos y caían pesados adverbios en el fondo de reticencias inesperadas y acaballábanse verbos sobre verbos, alguna regla, com-

postura y ritmo. Pero, aparte de estas depuraciones exteriores, procuré escrupulosamente que no se desvaneciese aquella hechura especial de *As Farpas*, que constituyó su fuerza especial, y que no se evaporase ni una sola nota de aquella risa que cantó triunfalmente antaño y que, por el contagio de su sinceridad, pudo suscitar las risas de la multitud contra la estulticia de cabeza de toro.

¿Tendrá aún hoy esta risa vibración bastante para despertar otras?... Los hechos que la provocaron son ya tan pasados como los de Troya. Este libro es menos una reimpresión que una excavación. Mis *Farpas* salen a la superficie enmohecidas, sin corte y sin brillo, como las antiguas armas de una batalla de la que nadie sabe el nombre.

¡Qué importa! Lo que me encanta en esta solemne reedición es, sobre todo, la camaradería. Después de haber combatido arrebatadamente al lado de Ramalho Ortigão en folletos fogosos, que el viento llevaba y diseminaba en las calles, siento felicidad y orgullo en encontrarme junto a mi amigo en volúmenes repletos, sosegados, *dorés sur tranche*, que van a reposar en el decoro y en la paz de las bibliotecas.

EÇA DE QUEIROZ

París, Octubre 1890.



I

ESTUDIO SOCIAL DE PORTUGAL EN 1871

(Primitivo prólogo de "As Farpas")

Lector de buen sentido que abres curiosamente la primera página de este libro: sabe, lector, célibe o casado, propietario o productor, conservador o revolucionario, viejo demócrata o legitimista hostil, que para ti fué escrito... si tienes buen sentido. Y la idea de darte así todos los meses, mientras tú lo quisieres, cien páginas irónicas, alegres y justas, nació el día en que pudimos descubrir, al través de la ilusión de las apariencias, algunas realidades de nuestro tiempo.

Aproxímate un poco a nosotros y mira:

El país perdió la inteligencia y la consciencia moral. Las costumbres están disueltas y los caracteres corrompidos. La práctica de la vida tiene por única dirección la conveniencia. No hay principio que no sea desmentido, ni institución que no sea

escarnecida. Nadie se respeta. No existe ninguna solidaridad entre los ciudadanos. Ya no se cree en la honestidad de los hombres públicos. La clase media cae progresivamente en la imbecilidad y en la inercia. El pueblo está en la miseria. Los servicios públicos quedan abandonados a una perezosa rutina. De día en día crece el desprecio por las ideas. Vivimos todos al acaso. ¡Perfecta, absoluta indiferencia de arriba abajo! Todo el vivir espiritual, intelectual, detenido. El tedio invadió las almas. La juventud se arrastra, envejecida, de las mesas de los ministerios a las mesas de los cafés. La ruina económica crece, crece y crece... El comercio se arruina. La industria enflaquece. El salario disminuye. La renta disminuye también. El Estado es considerado en su acción fiscal como un ladrón y tratado como un enemigo.

En este "¡sálvese quien pueda!", la burguesía limita su acción económica a explotar el alquiler de las casas de que es propietaria. La usura explota el crecido interés de sus préstamos.

En lo demás, la ignorancia pesa sobre el pueblo como una niebla. El número de escuelas es por sí sólo dramático. El maestro se convirtió en un empleado electoral. La población de los campos, arruinada, viviendo en chozas innobles, sustentándose de sardina y de hierbas, trabajando solamente para

pagar el impuesto por medio de una agricultura decadente, lleva una vida de miserias y de embargos. La intriga política se extiende sobre la somnolencia aburrida del país. Apenas la devoción perturba el silencio de la opinión pública con padrenuestros maquinales.

No es una existencia; es una expiación.

Y la certeza de este rebajamiento ha invadido todas las conciencias. Se dice en todas partes: "¡El país está perdido!" Nadie se forja ilusiones. Se pronuncia esa frase en los Consejos de ministros y en las casas de huéspedes. Y ¿qué se hace?... Se asegura, conversando y jugando al tresillo, que de Norte a Sur, en el Estado, en la Economía, en la Moral, el país está desorganizado...; y se pide coñac.

Así, todas las conciencias certifican la podredumbre; pero todos los temperamentos viven bien en esta misma podredumbre.

Nosotros no queremos ser cómplices de la indiferencia universal, y comenzamos, sin acidez y sin cólera, a apuntar día por día lo que podríamos llamar el progreso de la decadencia. ¿Debemos hacerlo con indignación amarga de libelistas? ¿Con serenidad experimentada de críticos? ¿Con fina jovialidad de humoristas?

¿No es verdad, lector de buen sentido, que en este momento histórico sólo hay lugar para el humoris-

mo? Esta decadencia se tornó un hábito, casi un bienestar; para muchos, una industria. Parlamentos, ministerios, hombres, eclesiásticos o políticos, están como formados de piedra y de cal entre esta corrupción. El áspero Veillot no bastaría; Proudhon o Bacherot serían insuficientes. Contra este mundo es necesario resucitar las carcajadas históricas del tiempo de Manuel Mendes Enjundia. Más de una vez se ha puesto la chanza al servicio de la justicia.

¿Nos hallas imprudentes, o inútiles, o irrespetuosos? ¿Preferías que hiciésemos un diario político, con todas sus ineptias y todas sus calumnias, vasta incubadora de ideas triviales que desmayan de fatiga en las manos de los tipógrafos?

No. Fundaríamos antes un depósito de sanguijuelas o una casa de baños calientes. Y si nos tiranizase excesivamente el astuto demonio de la prosa, entonces, en la honrada compañía del Sr. Fernández de los Ríos, emparejados con los líricos de Barcelona, cantaríamos, vueltos hacia la Palestina, la patria, la fe y el amor, y acreditaríamos aquella creencia vivida, aquel *arranque* peninsular con que en otra hora se peleó en la batalla de Aljubarrota... y hoy se hacen cajitas de obleas.

Aquí estamos, pues, delante de tí, mundo oficial, constitucional, burgués, doctrinario y grave.

No sabemos si la mano que vamos a abrir está

o no llena de verdades. Sabemos que está llena de negativas.

No sabemos, tal vez, adónde se debe ir; sabemos de cierto dónde no se debe estar.

Catón, con Pompeyo y con César a la vista, sabía de quién debía huír, pero no sabía hacia dónde. Tenemos esta misma media ciencia de Catón.

¿De dónde venimos? ¿Para dónde vamos? Apenas podemos responder:

—Venimos de donde vosotros estáis; vamos para donde vosotros no estuviésteis.

En esta jornada, larga o corta, marchamos solos; no llevamos bandera ni clarín. Por el camino no leeremos *A Nação* ni *O Almanach das Cacholetas*. Vamos conversando un poco, riendo mucho.

Somos dos simples zapadores a las órdenes del sentido común. Por ahora, en lo alto de la colina aparecemos solamente nosotros. El grueso del ejército viene detrás. Se llama la Justicia.

Así vamos. Y en la epidermis de cada hecho contemporáneo clavaremos una banderilla. Apenas la porción de hierro estrictamente indispensable para dejar pendiente una señal. Nuestras banderillas no tienen color; ni el blanco del oriflama ni el azul de la blusa. Nunca podrán tan ligeros dardos herir la gran arteria social; quedarán en la piel. Dentro continuará corriendo serenamente la materia vital: san-

gre azul o sangre roja, disolución de guano o extracto de zarzaparrilla.

Vamos a reír, pues. La risa es una filosofía y muchas veces una salvación. Y en política constitucional la risa es, por lo menos, una opinión.

Aquí está esta pobre Carta Constitucional que declara ingenuamente que el país es católico y monárquico. Por esto tal vez es por lo que nadie cree en la religión y nadie cree en la realeza. Y es que nadie cree en ti, ¡oh, Carta Constitucional! Los ministros que te defienden, los diarios que te citan, los jurisperitos que te comentan, los profesores que te enseñan, las autoridades que te realizan, los padres que hablan de ti en la misa conventual, aquellos mismos cuya única profesión es creer en ti, todos de ti reniegan y, ganando su pan en tu nombre, te ridiculizan ante las mesas de los cafés.

La Carta adorada de la Gran Duquesa tiene más éxito que tú.

No se cree en la religión, a la que has concedido la honra de un párrafo. La burguesía se hace libre-pensadora. Tiene aún un resto de respeto maquinal hacia el Todopoderoso, pero criba de epigramas las pretensiones divinas de Jesús y dice cosas desagradables al Papa. El escepticismo forma parte del buen gusto. Ningún ministro que se aprecie osaría creer en San Sebastián. La teología, el ma-

yor monumento del espíritu humano, hace estallar de risa a los señores liberales. Despréciase al clero y se desprecia al culto, lo que no impide que a propósito de cualquier cosa se exija juramento.

La religión quedó siendo un artículo de moda. Expulsada de la conciencia liberal, las burguesas enriquecidas la han tomado bajo su protección, y gustan igualmente de que sus parejas sean vistas a la puerta de *Marie* y a la puerta de los *Inglezinhos*. Aceptan a Dios como un *chic*. En los mismos templos la religión cayó en el descrédito. Ser cura no es una convicción, es un oficio; el sacerdote cree y ora en proporción de la congrua. Y como cree más en el Ministerio de Cultos que en la revelación divina, trabaja en las elecciones. El pueblo..., ése, reza. Es la única cosa que hace, además de pagar.

La pobre realeza, a la que tanto honra la Carta, no es más afortunada. Es la perpetua escarnecida: es escarnecida por los diarios de la oposición y por los Gobiernos dimitidos; es escarnecida en los teatros, donde el tipo del *Rey Bobeche* tuvo el triunfo de un libelo; es escarnecida en las conversaciones de los cafés y en la maledicencia del Gremio.

Según la Carta, la realeza es irresponsable. Pero no hay partido que no ponga su propia ineptia en la cuenta de la realeza. ¡Si no fuese el Rey!, es la disculpa invariable de los ministros que no gobier-

nan, de los oradores que no hablan, de los periodistas que no escriben y de los intrigantes que no alcanzan.

La realeza es acusada por todo: por los dispendios que hace y por la pobreza en que vive; por su acción y por su inacción; por dar bailes y por no dar bailes... El público está para con ella en un estado nervioso como para con un importuno a quien no le conviene decir: "¡Vete en buen hora!"

En tanto, la opinión liberal continúa declarando que existe un trono. Y existe para ella como un efecto de Quintiliano..., como un recurso de elocuencia para los discursos de gran gala.

A pesar de todo, a esta política infiel a sus principios, que vive en una perpetua rectificación de sí misma, desautorizada incesantemente, pide aún una multitud innumerable de simples la salvación de la *cosa pública*. Es trágico como si se pidiese a un payaso de piernas quebradas una cabriola o un chiste más.

El orgullo de la política nacional es ser doctrinaria. Ser doctrinario es ser un tanto cuánto de todos los partidos; es tener de ellos, por consecuencia, un *mínimum*; es no ser de ningún partido, o ser cada uno apenas del partido de su egoísmo.

De modo que todos estos monárquicos bien en lo íntimo votarían por una república, y todos estos

republicanos terminan por reconocer que es indispensable la monarquía.

Se quiere generalmente el prestigio de la realeza y la majestad del Poder; pero se desea que el rey se exhiba en un coche de alquiler y que su majestad la reina no tenga más que dos pares de botas.

Se llega a admirar a Luis Blanc, pero se prefiere a todo eso una tierra de sembradura obligada a congrua con el párroco y a los tributos con el Estado. La burguesía envidiosa y desempleada habla de la federación, de la república federativa, de la extinción del funcionarismo, de la emancipación de las clases obreras; pero entiende que el país puede esperar por todos estos beneficios si mientras tanto le diesen a ella cargos de gobernadores civiles o de jefes de negociado. Una plebe ardorosa habla de beber la sangre de la nobleza; pero quedaría satisfecha si la nobleza, en vez de ofrecerle una vena, mandase abrir gratuitamente un restaurante.

Tanto se concilian todos, porque el egoísmo domina, y cada uno se encorva ávidamente sobre su plato.

—Pero todo se equilibra—dice la opinión constitucional—; no hay conmociones, no hay luchas...

Sí; todo se equilibra en el desprecio por desprecio. En las sociedades corrompidas el orden llega tam-

bién a veces a reinar. Es el orden por el desdén. Otros dirían por la imbecilidad.

La opinión es tan indiferente y ajena a los cambios de ministerio como las poltronas del Gobierno son indiferentes a soportar la pesada corpulencia del gordo ministro *A* o la inquietud nerviosa del flaco ministro *B*. El país oye hablar de la evolución política con la misma distracción con que oye hablar de los negocios del Cáucaso.

¿Saben, pues, cuál sería el Gobierno útil, provechoso, necesario, en este deplorable estado del espíritu público? Aquel que el país, llamado a pronunciarse en un plebiscito negativo, declarase terminantemente que no quería. Porque entonces la opinión resurgiría tal vez viva y luchadora y aparecerían dos partidos que ahora no existen y sobre los cuales gira como sobre sus polos naturales la ley del perfeccionamiento: la Reacción, por un lado; por otro, la Revolución.

Los poderes del Estado subsisten aún, pero han perdido su significación.

El Cuerpo legislativo hace muchos años que no legisla. Creado por la intriga, por la presión administrativa, por la presencia de cuatro soldados y un señor alférez, y por electores a quinientos reis cada uno, viene apenas a ser una asamblea muda, somnolienta, ignorante, diciendo con la cabeza que sí o

que no. A veces procura vivir, y demuestra entonces en pruebas incesantes su incapacidad orgánica para discutir, para pensar, para crear, para dirigir, para resolver la cuestión más rudimentaria de la administración. No sale de ella una reforma, una ley, un principio, un período elocuente, una frase delicada. La diputación es una especie de funcionarismo para quien es incapaz de cualquier función. Es el empleo de los inútiles.

Por eso el Parlamento es una casa mal iluminada, a la que se va a cierta hora a conversar, escribir cartas particulares, murmurar un poco y combinar partidas de *whisi*. El Parlamento es una sucursal del Gremio. La tribuna es un anaquel de copas de agua intactas.

El Gobierno, el Poder ejecutivo, dejó de ser un poder del Estado. Es apenas una necesidad del programa constitucional. Figura en el cartel y es necesario que aparezca en escena. No gobierna, no tiene ideas, no tiene sistema; nada reforma, nada establece; está allí, y esto basta. El país comprueba todos los días que algunos correos de gabinete marchan detrás de algunos carruajes..., y queda contento. ®

—¡Ahí va un ministro!—se dice en la calle.

—¡Ah! ¿Va ahí?—exclama la burguesía—. Bien; existe el orden.

Y así pasa frente a un público aburrido e indiferente a la vez esta gran farsa que se llama la intriga constitucional. El espectáculo funciona. Pero el espectador, el país, nada tiene de común con lo que se representa en el escenario; no se interesa por los personajes, a los que encuentra impuros; no se interesa por las escenas, que se le antojan inútiles e inmóviles. Sólo, a veces, en medio de su tedio, se acuerda de que para poder ver tiene que pagar el billete.

Paga; ya hemos dicho que es la única cosa que hace además de rezar. Paga y reza. Paga para tener ministros que no gobiernan, diputados que no legislan, soldados que no le defienden, sacerdotes que rezan contra él. Paga a aquellos que le expolían y a aquellos que son sus parásitos. Paga a los que le asesinan y paga a los que le traicionan. Paga a sus reyes y a sus carceleros. Paga a todos y paga para todo.

Y en recompensa le ofrecen una farsa.

Mientras tanto, ¡cuidado!... Aquel telón del fondo no está inmóvil; se agita como impelido por una respiración invisible. Alguien está seguramente al otro lado. Mientras la farsa se desarrolla en escena, ese alguien, por detrás del último telón, espera, se agita, se prepara, se arma tal vez...

¿Quién es ese alguien? Que vuestras conciencias

os respondan. Nosotros apenas podemos decir que no es seguramente el señor Obispo de Vizeu.

Y no obstante, ¡cómo parece todo feliz y tranquilo! Los periódicos conversan en voz baja y divagan los unos con los otros. El Parlamento resuena. El Gobierno, todo encogido, recomienda silencio a los partidos. El Tribunal de Cuentas, allá en su rincón, maneja sonriendo, para entretenerse, las cuatro reglas de la aritmética. La policía, retorciendo sus bigotes, galantea a las cocineras. El Consejo de Estado se roe las uñas. El Ejército toca la guitarra. El Municipio mata en sosiego sus blandos ocios. Los árboles del Rocío se llenan de hojas. Los fondos públicos descienden y descienden hace tanto tiempo, que deben de estar en el centro de la tierra. El pueblo — ¡cuidado! — por ahí va como puede, muerto de hambre. Nosotros hacemos nuestros libritos. Dios hace su primavera... ¡Y viva la Carta!

Y todo así. Véase la Prensa. La Prensa está compuesta de dos clases de periódicos: los noticieros y los políticos.

Los políticos tienen todos la misma política. A saber:

A quiere orden, economía y moralidad.

B se queja de que no hay economía ni moralidad, por lo cual recela mucho de que resulte perjudicado el orden.

C dice que el orden no puede mantenerse por más tiempo, porque se nota que principia a faltar la moralidad y la economía.

D observa que en el estado en que se ve la economía y la moralidad le parece poder asegurar que no se conseguirá mantener el orden.

Los noticieros ofrecen todos la misma noticia:

A comunica que su suscriptor, colaborador y amigo el señor X partió para Caldas de la Reina.

B refiere que el amigo, colaborador y suscriptor que marchó para Caldas de la Reina es el señor X.

C narra que para Caldas de la Reina salió el señor X, su colaborador, suscriptor y amigo.

D, al que se le olvidó contar oportunamente el caso, publica al otro día: "Aseguran algunos colegas que marchó para Caldas de la Reina nuestro amigo, suscriptor y colaborador el señor X, Acogemos la noticia con reservas."

Si la Prensa política es de esta suerte armónica en la exposición de su doctrina, no siempre lo es en la apreciación de los hechos.

Así, por ejemplo, el ministerio Fulano propone a las Cortes que, en atención a la gran utilidad de las ostras, sea autorizado el Gobierno para declarar que se considera con respecto a la ostra como un verdadero padre.

Entonces los diarios fulanistas exclaman: "El Gobierno se acaba de declarar padre de la ostra. Esta es una medida de gran alcance, una garantía para el orden, una solemne prenda de celo hacia los servicios públicos. Cuando un Gobierno procede de esta manera puede decirse que empuña con mano segura el timón de la nave del Estado."

Pero al día siguiente, por cualquier cosa, el ministerio Fulano cae. Sube el ministerio Zutano, y en seguida propone a las Cortes que de allí en adelante, teniendo en cuenta las grandes ventajas que pueden derivarse para la causa pública, el Gobierno sea declarado para todos los efectos que tengan relación con la ostra, más que un padre, una verdadera madre.

Y entonces dicen aquellos mismos diarios fulanistas:

"El ministerio ominoso que con tan incierta mano dirige el timón de la cosa pública se ha declarado madre de la ostra. Esto equivale a mostrar un profundo desprecio hacia el Orden y hacia la Economía. Cuando un ministerio se conduce de esta suerte, es que marcha por el camino de la anarquía y que nos lleva derechos al abismo."

Tampoco es excesivamente armónico el proceso que se sigue para juzgar a las personas.

El señor Fulano, erigido en presidente del Consejo de ministros, va a la Cámara.

Al otro día dicen los diarios ministeriales:

“El noble presidente del Consejo llevaba ayer, a su entrada en la Cámara, unas magníficas botas de pellica. ¡Qué admirable pellica! Solamente cuando se tiene como S. E. un tan grande celo por el bien del país y una tan alta experiencia de la cosa pública puede encontrarse tan buena pellica.”

Los periódicos de tonos moderados, en expectativa, en media oposición, declaran:

“No somos aduladores del Poder; le decimos la verdad en su cara. Conocemos la larga experiencia y las considerables dotes oratorias del señor presidente del Consejo. Pero, a pesar de su tacto político, S. E. llevaba simplemente unas modestas botas de piel de becerro.”

Los diarios de franca oposición exclaman:

“¡Insensatos! ¡A qué venís vosotros a hablar de la experiencia ni de las virtudes cívicas del señor presidente del Consejo de ministros! ¡Su excelencia es un hombre funesto! ¡No; sus botas no son de piel de becerro, como pretende una oposición hipócrita, ni de delicada pellica, como quiere una mayoría venal! Sus botas demuestran que caminamos hacia la anarquía; son apenas unas botas de cuero de Salvatierra.”

Dirijamos ahora una mirada a la literatura. La literatura—poesía y novela—, sin ideas, sin originalidad, convencional, hipócrita, falsa, no enseña nada: ni la tendencia colectiva de la sociedad ni el temperamento individual del escritor. Todo en torno de ella se transformó, y sólo ella quedó inmóvil. De modo que, pasmada y añeja, ni ella comprende su tiempo ni nadie la comprende a ella. Es como un trovador gótico que despertase de un sueño secular en una fábrica de cerveza.

Habla del *ideal*, de la *fiebre*, de *Laura*, de *rosas*, de *liras*, de *primaveras*, de *virgenes pálidas...*, y en torno de ella el mundo industrial, fabril, positivo, práctico, experimental, pregunta, medio espantado, medio indignado:

—¿Qué quiere esta tonta? ¿Qué hace aquí? Lleven esta vagabunda a la comisaría.

Y ella, desatendida y desautorizada, va todavía soltando con aire de gran personaje las declamaciones sonoras del lirismo de Lamartine y del misticismo de Chateaubriand. Y se gloria de ser en sus costumbres y en sus obras intransigentemente ideal. Mera cuestión de retórica: Los poetas líricos y los pensadores idealistas tratan de emplearse en los ministerios, cultivan el biftec del *Aurea*, pertenecen a un centro político y usan prendas de franela.

Por lo menos, en Francia, cuando la corrupción

llegó, la literatura exprimió esta corrupción. En el París de la decadencia, en el País del barón Haussman y de los Sres. Rouher y Fialin (vulgo de Per-signy), los libros detestables fueron la expresión genuina y sincera de una sociedad que se disolvía. La literatura de Boulevard ha de quedar por este motivo, y ha de tener su lugar en la historia del pensamiento, así como de la decadencia latina quedaron Apuleyo, Petronio y el mordiente Tertuliano, cuyo estilo tiene centelleos aún hoy tan vivos, que parecen emanados de la podredumbre del moderno mundo poético.

En la actual literatura portuguesa ningún movimiento real se refleja, ni se retrata ninguna acción original. Como en las aguas móviles y oscuras de la laguna de los muertos, apenas en ella se retratan sombras. Pero son sombras que no tienen los lividos ropajes usados en la Estigia: están de frac y de sombrero alto, y es la única cosa que les da derecho a juzgarse vivas.

La poesía nos habla aún de Julieta, Virginia y Elvira...; bellas e interesantes criaturas en el tiempo en que Shakespeare se arrodillaba a sus pies, en que Bernardino de Saint-Pierre les ofrecía rapé de su caja de esmalte circundada de perlas; en que Lamartine, embozado en la capa romántica de 1830,

las paseaba en góndola por los lagos de Italia. Hoy son un ideal de museo.

Aparte estas mujeres, ella nada conoce en el mundo. La poesía contemporánea se compone de pequeñas sensibilidades pequenitamente contadas por pequenitas voces. El poeta lírico A nos dice que Elvira le dió un lirio en una noche de luna. El poeta lírico B nos revela que una atroz desesperación le invade el alma porque Francisca está en brazos de otro. El poeta lírico C nos cuenta una noche que pasó con Eufemia en rústico pabellón mirando a los astros y diciendo frases. Y en medio de las ocupaciones de nuestro tiempo, de las cuestiones que en torno nuestro y por todas partes se levantan como amedrentantes puntos de interrogación, estos señores vienen a contarnos sus desengaños o sus minúsculas exaltaciones. Mientras tanto, los obreros viven en la miseria por esas guardillas y la gente del campo vive en la miseria por esas aldeas. Y el señor Fulano o el señor Zutano emplean toda su acción intelectual en alabarse de que cogieron margaritas en el prado para ir a poner en los búcaros de Elvira. Noches y noches se mueven las prensas a vapor, se satina el papel, se extenuan los tipógrafos, se desojan los correctores de imprenta, se emplea una inmensa cantidad de vida y de trabajo

para que el público sepa que el poeta lírico Policarpo de Tal ama a una virgen pálida con ojeras.

Y aun si la poesía lírica se contentase con ser de una inutilidad necia... Pero además es de un erotismo ofensivo. Existen lupanares más castos que ciertos libros de versos que se denominan melancólicamente *Arpegios* o *Preludios*.

¡Oh, poesía lírica, poesía lírica: escóndete en los Consejos de ministros o en las oficinas del Estado; no aparezcas ante el mundo vivo! ¿Sabes cuál es el lugar que en él mereces? No es el Panteón; es el Limoeiro (1).

La poesía individual tiene un noble alcance cuando el poeta se llama Byron, Espronceda, Hugo, Lamartine, Musset; porque entonces, en aquellas almas, todo el siglo, con sus dudas, sus luchas, sus tendencias, sus contradicciones, se retrata. Son grandes almas sonoras donde vibra en resumen toda la vida que las cerca. Se estudia allí como en sumario la existencia de una época. Pero, con franqueza: ¿qué se ha de estudiar en el alma del señor Juan en el alma del señor Francisco? ¿La inmensa duda que pesa sobre la Baixa? ¿Los tormentos ideales que agitan la calle de los Fanqueiros? Y la mayor desgracia y la mayor locura es que, por fanfarro-

(1) Cárcel de Lisboa.

nería lírica, algunos hombres honestos en su vida particular se creen en el caso de declararse perversos en sus rimas, delante del público.

Tomemos un ejemplo, uno de los más ridículamente aceptados: el señor X. El señor X es un joven decente, buen jefe de familia, que gana honradamente su pan. Merece nuestra estima.

Veamos sus versos. En ellos no se habla sino de amores, placeres, delirios, orgias, vírgenes sacrificadas...

De dos cosas, una: o el señor X pinta la verdad cuando escribe estas poesías, y entonces es un liencioso que da un detestable ejemplo a sus hijos y que desconsidera a su mujer, haciendo imposible en tal caso que creamos en la seriedad de su carácter, o el señor X no dice la verdad, y todos aquellos éxtasis suyos son rimados muy sosegadamente, tomando el te, entre un Diccionario y una Retórica, con un gorro de algodón en la cabeza. Y en este caso, ¿cómo hemos de creer en la seriedad de su arte?

La novela no es más que la apoteosis del adulterio. Nada estudia, nada explica; no pinta caracteres, no diseña temperamentos, no analiza pasiones, no tiene psicología ni acción. Julia, pálida, casada con Antonio, gordo, arroja los grilletos conyugales a la cabeza de su marido y se desmaya líricamente en

los brazos de Arturo, desgreñado y macilento. Para mayor conmoción del lector sensible y para disculpa de la esposa infiel, Antonio trabaja, lo cual es una vergüenza, y Arturo es un vago, lo que constituye una gloria romántica. Y es sobre este drama de lupanar sobre el que las mujeres honestas están derramando las lágrimas de su sensibilidad desde 1850. El autor, generalmente, tiene el hábito de Santiago. El editor tiene la pérdida. El lector tiene el tedio. ¡Santa distribución del trabajo!

Por lo demás, cuando un individuo consigue tener tres novelas escritas de esta manera, la conciencia pública reconoce que ha servido a la causa del progreso y se le da el dinero de la nación.

Seguramente deseas, lector de buen sentido, que te hablemos del teatro. Tú habrás leído por esas esquinas los carteles anunciadores y habrás visto, mal sentado, cuando el alumbrado de la sala disminuye, levantarse el telón sobre farsas tan melancólicas como una ruina y sobre dramas tan cómicos como una caricatura. El teatro perdió su idea, su significación, hasta su finalidad. Se va al teatro a pasar un poco la noche, a ver una mujer que nos interesa, a combinar un préstamo con un usurero, a acompañar a una señora, o, cuando se trata de un drama compungido, para reírse, de la misma manera que se lee una necrología para quedar de buen humor. No

se va a asistir al desenvolvimiento de una idea; no se va siquiera a presenciar la acción de un sentimiento. Se va como al paseo en noches de calor: *para estar*. Mientras tanto, como es necesario que cuando se levanta el telón se muevan algunas figuras o se entablen algunos diálogos, es por lo que existe en Portugal una literatura dramática.

La idea que desde luego seduce a todos los autores es la de traducir. Y así, jóvenes que fueron en sus tiempos reprobados en el examen de francés, traducen. Donde está escrito *vous* ponen *vossa excellencia*; y este esfuerzo prodigioso de invención está gastando en Portugal todas las energías de una generación literaria. Pero no siempre se puede producir de esta manera... El público gusta de ver cosas que ocurran en el Chiado y en la calle de los Fanqueiros; y además, las obras francesas son para grandes compañías de actores que, por su número, por sus recursos, por su saber, dejan libre la fantasía creadora del dramaturgo. Entonces, cuando este caso llega, el escritor portugués imita. Donde dice *Mr. Valeroy* pone *conselheiro Bezerra*; donde dice *Lyon* pone *Arcos de Val de Vez*; donde dice *rue Vivienne* escribe *beco do Fala Só*. Los diarios aplauden, el rey preside el espectáculo y todo el mundo se marcha emocionado a tomar el te.

Pero también suele ser necesario que existan obras

originales. En ese caso se imita del mismo modo, pero se pone en el cartel: *original*. ¿Qué importa? Lo saben apenas tres o cuatro amigos. A veces se escribe de veras una obra original. La dificultad no estriba precisamente en obtener los nombres de los personajes. Una acción también se le ocurre a cualquiera: hay muchas hechas: la hija perdida y después hallada, el cofre robado, el hidalgo arruinado, el hombre del pueblo que realiza un acto sublime, etcétera. Lo difícil es hacer hablar a esta gente. En este trance, el dramaturgo nacional todo lo explota y todo lo aprovecha: va, indaga, rebusca, extrae de aquí, copia de allí, arranca frases de *Los Miserables*, ingeniosidades de Luis de Araujo, discursos del Sr. Fontes o de José Estevam, tratados de Economía política, pedazos de artículos de fondo, sermones, ¡muchos sermones!; recorta, zurce, cose, remienda, pega aquellos pedacitos a la lengua de cada personaje, los salpica de gestos de desesperación, les hace alborotar los cabellos, ensaya músicas tristes para finales de acto, manda alzar el telón... y reposa en la inmortalidad.

El tiempo en que floreció el teatro fué aquel en que en el teatro se cantó a Offenbach. Offenbach triunfaba; se levantaba entonces la hostia a los sonos de la canción del general *Bum*. La alta burguesía, sobre todo, era la que frecuentaba y adoptaba a

Offenbach. En medio de esta simpatía general, apenas algunos dramaturgos nacionales acusaban al pequeño maestro filosófico de pervertir el gusto, desmoralizar la conciencia y de bajar el nivel intelectual. Ni la burguesía tuvo razón en exaltarlo, ni los dramaturgos en tratarle mal.

No, dramaturgos amigos, no habéis comprendido a Offenbach. Offenbach es más grande que todos vosotros. El tiene una filosofía; vosotros no tenéis ni una idea; él tiene una crítica; vosotros, ni aun una gramática. ¿Quién como él, entre vosotros, se batió en la brecha contra todos los prejuicios de su tiempo? ¿Quién como él, con cuatro compases y dos volteretas, dejó para siempre desautorizadas las viejas instituciones? ¿Quién como él hizo la brillante caricatura de la decadencia y de la mediocridad? Vosotros, con vuestra gravedad, no habéis hecho un solo servicio al buen sentido, a la justicia ni a la moral. Sólo habéis fabricado sueño. ¿Y él?... El militarismo, el despotismo, la intriga, el sacerdocio venal, la bajeza cortesana, la vanidad burguesa..., todo lo hirió, todo lo revolvió, todo lo abatió en un cuplé fulgurante.

No, alta burguesía, no hiciste bien tú tampoco en aplaudirle y en protegerle. Juzgaste encontrar en él un pasatiempo y encontraste una condenación. Su música es tu caricatura. ¿Tan mal alumbrados están

los teatros, tan estrecha es vuestra penetración, que no habéis reconocido una por una en aquella galería ruidosa a las medianías de vuestro tiempo? ¿No es el *Rey Bobeche* la fantasmagoría cantada de vuestra realeza? ¿No es *Colchao*, de la *Bella Elena*, la mascarada de vuestro clero? ¿No es el general *Bum* la personificación de vuestra estrategia de salón? ¿No es el barón *Grog* la grotesca caricatura de vuestra diplomacia? ¿No es el trío de la conspiración la fotografía en eoplés de vuestras intrigas ministeriales? ¿No es toda la *Gran Duquesa* una burla implacable de vuestros ejércitos permanentes?

Vosotros reisteis perdidamente todas aquellas creaciones, y al hacerlo os reisteis de vuestra realeza, de vuestra diplomacia, de vuestro ejército, de vuestras intrigas, de vuestros cortesanos... Y con vosotros se rió todo el mundo: clero, nobleza y pueblo.

¿Sí, Offenbach; con tu mano espiritual ¿has dado a nuestra burguesía una bofetada? No; una palmada en la panza, al alegre compás del cancan en una carcajada europea.

Offenbach es una filosofía cantada.

Portugal, no teniendo principios, o no teniendo fe en sus principios, no puede propiamente tener costumbres.

Fuimos en otro tiempo el pueblo de la sopa boba, de las procesiones, de la navaja y de la taberna. Se comprendió que esta situación era un envilecimiento de la dignidad humana, e hicimos numerosas revoluciones para salir de ella. Quedamos exactamente en condiciones idénticas. La sopa boba no acabó. No es ya, como antes, una multitud pintoresca de mendigos, beatos, gitanos, ladrones y bravos de oficio la que la va a buscar alegremente al mediodía; es una clase entera, de sombrero de copa y paretó, la que de ella vive.

Esta sopa es el Estado. Toda la nación vive del Estado. Desde los primeros exámenes en el Instituto, la mocedad ve en él su reposo y la garantía de su futuro. La clase sacerdotal ya no es reclutada por el impulso de una creencia; es una multitud desocupada que quiere vivir a costa del Estado. La vida militar no es una carrera: es una ociosidad organizada por cuenta del Estado. Los propietarios procuran vivir a costa del Estado, viniendo a ser diputados a 2.500 reis por día. La propia industria se hace proteger por el Estado, y trabaja sobre todo con vistas al Estado. El periodismo, hasta cierto punto, vive también del Estado. La ciencia de-

pende del Estado. El Estado es la esperanza de las familias pobres y de las casas arruinadas. Ahora, como el Estado es pobre, paga pobremente, y nadie se puede librar de su tutela para dedicarse a la industria o el comercio; esta situación se perpetúa de padres a hijos como una fatalidad.

El resultado es la general pobreza. Con su sueldo nadie puede ahorrar, pocos logran equilibrarse. De ahí que el recurso perpetuo sea la usura, y la deuda y la letra protestada constituyan los elementos regulares de la vida. Por otro lado, el comercio sufre de esta pobreza de la autocracia, y queda él mismo en la alternativa de acudir también al Estado o de caer en el proletariado. La agricultura, sin recursos, sin progreso, no sabiendo hacer valer la tierra, jadea al margen de la pobreza, y termina siempre por recurrir al Estado.

Todo es pobre; la preocupación de todos es el pan de cada día.

Esta pobreza general produce un envilecimiento de la dignidad. Todos viven en dependencia; nunca tenemos por eso la actitud que pueda sugerirnos nuestra conciencia, sino la actitud que nos aconseja nuestro interés. Se sirve, no a aquel a quien se respeta, sino a quien se ve en el Poder. Un gobernador civil decía: "¡Buena es ésta! Dicen que soy sucesivamente de los partidos regenerador, histórico y

reformista... Yo nunca quise ser otra cosa que gobernador civil." Este hombre tenía razón, porque cambiarse del señor Fontes para el señor Brahamcamp no es mudar de partido; los dos citados caballeros son monárquicos y constitucionales y católicos. La desgracia es que si en Portugal existiesen partidos republicanos, monárquicos, socialistas, aquel hombre, así como fué sucesivamente reformista, histórico y regenerador—esto es, las cosas más iguales—, sería republicano, monárquico y socialista—esto es, las cosas más contradictorias.

La familia es la primera en desmoralizarse en este sentido: "Quien cogió, cogió", es la voz doméstica. El individuo así rebajado, habiendo perdido la altivez de la dignidad y de la opinión, se habitúa a doblarse; se dobla delante del usurero, del tendero, del criado... Se dobla siempre; propone injusticias y las comete a su vez. Se extingue en él gradualmente la noción de lo justo y de lo injusto. Juzga el favor, la protección, la corrupción, funciones naturales y aceptables. No hay un solo juez en Portugal que no pueda contar que se le han pedido las cosas más monstruosamente inicuas con la sencillez con que se pide la lumbre de un cigarro.

El hombre, a medida que pierde la debilidad de su carácter, pierde también la individualidad de su pensamiento. Después, no teniendo que formar el

carácter, porque le es inútil y tendría a todo momento que humillarlo; no teniendo que formar opinión, porque le sería incómoda y tendría en todo momento que callarla, se acostumbra a vivir sin carácter y sin opinión. Deja de frecuentar las ideas, pierde el amor a la rectitud, cae en la ignorancia y en la vileza. No respetándose a sí mismo, no respeta a los otros; miente, traiciona, y si llega a medrar es por la intriga.

Las mujeres viven dentro de las consecuencias de esta decadencia. Siendo pobres, precisan casarse. La caza del marido es una institución. Las jovencitas son llevadas a los teatros, a los bailes, a los paseos, para mostrarlas, para lanzarlas a la busca. Se hace con la mayor sencillez este acto sencillamente monstruoso. Para imponerse a la atención, las jóvenes tienen sus *toilettes* ruidosas, sus peinados fantásticos, sus arias al piano.

Su ansia es el casamiento acomodado. Gustan del lujo, de la buena mesa, de las estancias suntuosas; un marido rico puede realizar esos ideales. Pero la mayor parte de las veces el sueño cae por tierra, y se casan con un empleado de seis mil reales al año. Aquello comenzó por el enamoramiento y terminó por el hastío. Viene la indiferencia, el vestido sucio, la cabellera despeinada... Las que por ventura

se casan ricas exteriorizan otros procederes: satisfechas las exigencias del lujo, aparecen las exigencias del temperamento.

Antes había la Religión. Pero hoy las mujeres creen de la Religión lo que es necesario para seguir la moda; creen apenas en la exterioridad del culto: novenas, fiesta de iglesia, flores y altares..., todo lo que excita los sentidos, exalta la sensibilidad, y no da una regla para el juicio ni un criterio para la conciencia.

La moda es la verdadera religión. La modista reina, lo absorbe todo, no deja tiempo para la menor ocupación o curiosidad del espíritu. Rara es la mujer que lee un libro. Rara la que tiene un interés intelectual...

¿Es esto por ventura dibujar a capricho un cuadro sombrío? No; describimos la acción de una ley general.

Por encima de todo, las mujeres virtuosas, las mujeres dignas, forman aún en la sociedad portuguesa una mayoría inatacable. Si alguna cosa profundamente verdadera podemos decir es... que ellas valen mucho más que nosotros.

Nosotros sí que somos abominables con nuestra caza a la heredera; y ése es hoy para el hombre el supremo motivo del casamiento. ¿En qué se ha convertido hoy la familia? La familia es el desastre

E Ç A D E Q U E I R O Z

que le ocurre a un hombre por tener necesidad de un dote.

La gran cuestión es el dote. Mujer, hijos, parientes, criados, son las desagradables consecuencias que se sufren. Faltando de esta manera el lazo moral, la familia vive en el egoísmo. El hombre, irrespetuoso, se da al concubinato y al juego. La mujer, desocupada y aburrída, se da al sentimentalismo y a los trapos. Los hijos, si los hay, son educados por los servidores mientras no son educados por los cafés.

—¡Estoy aburrído!—es el coro general. Los espíritus están vacíos; los sentidos, insatisfechos. Gradualmente, con la voluntad enferma y el cuerpo enflaquecido, el hombre sólo procura distraerse, "matar el tiempo". Pero ¿en qué? ¿En la lectura? No se compra un libro de ciencia, ni un libro de literatura, ni un libro de historia. Se lee a Ponson du Terrail... prestado.

Al teatro no se le pide una idea; se quiere vistas, trajes y muebles, decoraciones. El espíritu tiene hasta pereza para comprender un enredo de comedia; se prefiere mirar, repantigado, haciendo la digestión de una mala comida, los bastidores pintados de *El rabo de Satanás*.

El paseo público es de un placer lúgubre. Es una oficina arbolada, donde se va a estar gravemente,

U N A C A M P A Ñ A A L E G R E

en silencio, con el mirar mortecino y los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

Los cafés son taciturnos. Medio acostados sobre las mesas, los hombres toman el café a pequeños tragos o fuman calladamente. Las conversaciones se extinguen. Nadie posee ideas originales y propias. Hay cuatro o cinco frases, hechas hace mucho tiempo, que se repiten. Después se bosteza. Se reúnen cuatro personas; pasados cinco minutos y murmuradas algunas trivialidades, el pensamiento de cada uno de los conversadores es poderse librar de los otros tres.

Se perdió al través de todo esto el sentimiento de ciudadanía y patria. En Portugal el ciudadano desapareció. Y todo el país no es más que una congregación heterogénea de inactividades que se aburren.

Es una nación predestinada para la dictadura o para la conquista.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

II

LOS CUATRO PARTIDOS POLITICOS

Existen en Portugal cuatro partidos políticos: el partido histórico, el regenerador, el reformista y el constituyente. Aun hay otros, casi anónimos, conocidos apenas por algunas familias. Los cuatro partidos oficiales, con periódico propio y puerta a la calle, viven en un perpetuo antagonismo, irreconciliables, batiéndose ardientemente unos contra otros desde dentro de sus artículos de fondo. Se ha intentado alguna vez una pacificación, la unión entre estos partidos. ¡Imposible! Ellos sólo poseen de común el lodo del Chiado, que todos pisan, y la Arca da, que a todos cubre. ¿Cuáles son las irritadas divergencias de principios que los separan? Veamos:

El partido regenerador es constitucional, monárquico, íntimamente monárquico, y recuerda en sus periódicos la necesidad de la economía.

El partido histórico es constitucional, inmensa-

mente monárquico, y demuestra irrefutablemente la urgencia de la economía.

El partido constituyente es constitucional, monárquico, y presta gran atención a los problemas de la economía.

El partido reformista es monárquico y constitucional y paladín de la economía.

Los cuatro son católicos.

Los cuatro son centralizadores.

Los cuatro tienen el mismo afecto al orden.

Los cuatro quieren el progreso y citan a Bélgica.

Los cuatro estiman la libertad.

¿Cuáles son entonces sus divergencias? Son profundísimas. La idea de la libertad, por ejemplo, la entienden de diversos modos. El partido histórico dice gravemente que es necesario respetar las Libertades Públicas. El partido regenerador niega esto con una resuelta discrepancia, y pasa a probar con abundancia de argumentos que lo que se debe respetar son... las *Públicas Libertades*.

La conflagración es manifiesta.

En la acción gubernamental las discusiones son perpetuas. Así, el partido histórico propone un impuesto. Porque no hay remedio; es necesario pagar la religión, el ejército, la centralización, la lista civil, la diplomacia... Propone un impuesto.

“Caminamos hacia la ruina—exclama el presi-

dente del Consejo—. El *déficit* crece. El país está empobrecido. La única manera de salvarnos es el impuesto que tenemos la honra, etc...”

Pero entonces el partido regenerador, que está en la oposición, brama desesperadamente y se congrega en su Centro. Las caras relucen de sudor, los cabellos pintados se destiñen de agonía, y cada uno alarga el cuello en la actitud de un hombre que ve desmoronarse a su patria.

—¿Cómo?—exclaman todos—. ¿Más impuestos aún?

Y entonces, contra el impuesto se escriben artículos, se elaboran discursos, se traman votaciones. Por toda Lisboa ruedan carruajes de alquiler llevando, a trescientos reis por carrera, enemigos del impuesto. Se prepara la zancadilla al ministerio histórico... Y, ¡zas!, cae el ministerio histórico.

Y al siguiente día, el partido regenerador, en el Poder, triunfante, ocupa los sillones de San Bento. Esta mudanza lo alteró todo: los fondos públicos descendieron más, las transacciones disminuyeron más, la moralidad pública se abatió más, la opinión se hizo más descreída...; pero, al fin, ha caído aquel ministerio desorganizador que había concebido el impuesto, y todo el mundo está esperanzado, confiando.

Se abre la sesión parlamentaria. El nuevo ministerio regenerador va a hablar.

Los señores taquígrafos preparan sus plumas veloces. El telégrafo vibra de impaciencia de comunicar a los gobernadores civiles y a los militares la regeneración de la patria.

Los señores correos de gabinete tienen sus corceles ensillados. Porque, al fin, el ministerio regenerador va a decir su programa, y todos los concurrentes a la Cámara se suenan con alegría y esperanza.

—Tiene la palabra el señor presidente del Consejo.

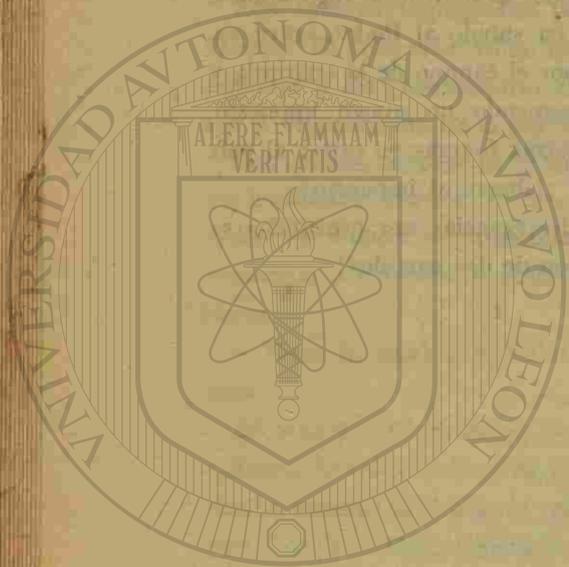
El nuevo presidente.—Un ministerio nefasto (*¡Bravo, bravo!*, exclama la mayoría que era histórica la víspera) cayó ante la reprobación del país entero. Porque, señores diputados, el país está desorganizado y es preciso restaurar el crédito. Y la única manera de salvarnos... (Murmillos. Voces: *¡Oigan, oigan!*) Por esto me decido a pedir que sea sometido inmediatamente a discusión... (Atención ávida, que hace palpar debajo de los fraques el corazón de la mayoría), que sea sometido a discusión el impuesto que tenemos la honra, etc... (*¡Bravo, bravo!*)

Y en esa noche se reúne en su Centro el partido histórico, ayer en el ministerio y hoy en la oposición. Todos están lúgubres.

—Señores—dice el presidente con voz cavernosa—, el país está perdido. El ministerio regenerador, que aun ayer mismo ha subido al Poder, entra ya, doce horas después, por el camino de la anarquía y de la opresión, proponiendo un nuevo impuesto. Empleemos todas nuestras fuerzas en evitar al país esta última desgracia. ¡Guerra al impuesto!...

¡No! ¡No! ¡Con divergencias tan profundas es imposible la conciliación de dos partidos!

Mayo 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

LAS CONFERENCIAS DEMOCRÁTICAS

El señor Anthero de Quental inauguró el día 19 las conferencias democráticas en el Casino.

Es la primera vez que la revolución, bajo su forma científica, tiene en Portugal la palabra.

El mundo revolucionario, o antes, en su forma partidaria y política, el mundo republicano, se había manifestado hasta hoy muy vagamente por alguna voz aislada, que se extinguía sin eco en el silencio de la opinión, o por las agitaciones, más sospechadas que realizadas, de especuladores y de intrigantes. A veces, media hoja de papel era distribuida gratuitamente, con algunos insultos a los ministros, al rey o a algún regidor. Otras veces aparecía un diario que en tono lírico cantaba la fraternidad y sus encantos, dirigía apóstrofes al peñasco de Guernesey, citaba el Gólgota en cuestiones de Hacienda y volviéndose hacia el rey le trataba de tú. A veces también, un periódico de manto rojo y de ca-

lunmia de otros colores, a propósito de la libertad insultaba a señoras y bajo el pretexto de ser un diario de combate era un diario de difamación. Había otros republicanos; todos los periódicos en la oposición se dan vagamente ese aire, y hablan entonces del sudor del pueblo... (¿Creerán que la aristocracia no suda? ¡Cómo se equivocan!) El *Diario del Comercio*, representante de la burguesía liberal, fué durante algún tiempo republicano, y decía a los tiranos cosas desagradables, que debían lastimar a Napoleón III, al difunto Calígula y a otros exopresores. El partido del señor marqués de Angeja parece que también tendía al republicanismo; por lo menos, así lo pensaban los criados del *Martinho*. Algunos reformistas han afirmado que, en el fondo, el señor obispo de Vizeu es republicano. Corre el rumor de que otros jefes de partido lo son también. Hay, en fin, una tal contaminación democrática, que el único leal conservador que nos queda... es Danton.

Tal era el partido republicano, que causaba hilaridad. Por eso el espanto es grande viendo aparecer hombres que presentan la revolución serenamente, como una ciencia a estudiar. No lo harían más tranquilamente si se tratase de la Anatomía.

Las conferencias han de tropezar con resistencias. En primer lugar, nuestro público inteligente y

literario ama sobre todo el *bel sprit*, la oratoria, la frase. Es la moda peninsular. Y estas conferencias, por su naturaleza científica y experimental, exigen justamente todo lo contrario del aparato retórico. Son la demostración, no el apóstrofe; son la ciencia, no la elocuencia. Las declaraciones han privado a la democracia de su carácter primitivo de realidad y de ciencia. Tenemos oído cantar a la democracia, vociferarla, sollozarla; es tiempo de que la veamos demostrar. Dejemos en la percha nuestra perpetua inclinación nacional de escuchar odas, y entremos tan sólo con la tendencia humana de resolver problemas.

La revolución aparece ante el mundo conservador como el cristianismo ante el mundo sofista. Los sofistas habían adoptado el partido de reírse *de aquellos nazarenos*. Es lo que hace ahora el periódico *A Nação* cuando se trata de la revolución. *A Nação* no es original.

Tengamos buen sentido. Escuchemos a la revolución, y reservémonos la libertad de aplastarla, pero después de oírla.

Una cosa que la compromete es hablar en nombre del proletario. El proletario pretende explicarse; quiere, por un lado, contar su miseria; por otro lado, probar su derecho. El simple buen sentido ordena que se deje hablar al proletario. ¡Silencio al

pobre!, gritaba Lamennais el año 48. Esta palabra horrorosa, que es un toque a muerte por la dignidad humana, inspira aún a las instituciones. ¡Santo Dios, parece que les duele la conciencia a las instituciones! Dejemos hablar al proletario. ¿Qué se recela? ¿No tenemos nuestros ejércitos, nuestros parlamentos, nuestra policía? Dejémosle hablar.

Desdigámosle después si él mintiese; refutémosle si errase. Es mucho más cómodo encontrarnos con quien represente al proletario, sosegadamente, en la sala de Casino, que encontrarnos al propio proletario mudo, taciturno, pálido de ambición o de hambre, armado de un chuzo en una bocacalle. Hacer conferencias es cosa diferente de hacer barricadas. Y es por no permitirle hacer conferencias por lo que el proletario parisiense hace fuego. El proletario inglés no fusila a sus gobiernos porque puede hablar en los mítines. Y cuando aquellos que hablan con el Poder le representan mal, los proletarios ingleses les piden cuentas en sus comicios, les cubren de improperios y les tiran cebollas a la cara. Si la víctima intenta huir o hacer resistencia a la cebolla o al insulto, un *policeman* le asegura gravemente por el cuello de la chaqueta y requiere en nombre de la moralidad al fracasado procurador del pueblo a esperar por los restos de la injuria y de la hortaliza.

Lo que da más carácter a estas conferencias, a nuestro juicio, es la oportunidad. Hace mucho tiempo que la opinión pública las pedía. ¿Qué? ¿Hay alguien que lo niegue?

No lo niega en verdad el Parlamento, donde todos los días ministros, mayorías y oposiciones dicen que el país está desorganizado.

No lo niega en verdad la Prensa, que todos los días declara que el sistema constitucional está desautorizado.

No lo niega la opinión, que todos los días exclama con cierta convicción indolente en los cafés, en las calles, en los paseos, en los estancos: "Esto está podrido."

Cuando tan unánimemente dice la opinión que un país está perdido dentro de un sistema, se coloca por esa misma confesión fuera de tal sistema, y consecuentemente desea, por una propaganda nueva, una reforma social.

Seamos lógicos. *As Farpas* no son el legitimismo, ni la república, ni el constitucionalismo, ni el sebastianismo. Desean, simplemente, ser la lógica y el buen sentido. Veamos, pues: ¿No reconoce la Prensa todos los días la podredumbre del país y la desorganización de sus fuerzas vivas?

O estos periódicos son sinceros, o no. Si no lo son, entonces faltan doblemente a la dignidad, por-

que desconsideran a los otros, engañándolos, y se desconsideran a sí, mintiendo. Son perturbadores de profesión; quieren lanzar premeditadamente en el escepticismo al espíritu público para servir los intereses de intriga. Pertenece, por lo tanto, su conducta a los tribunales de justicia. Si son sinceros..., entonces deben estar radiantes de alegría, porque ya tienen esa propaganda nueva que implícitamente pedían.

¿No vemos a los Gobiernos disolver Cámaras sobre Cámaras, como diciendo, después de experimentar un momento su inteligencia: “¡Otra, que ésta no sirve!”?

¿No vemos a los partidos, en los que debe residir la conciencia del Estado, derribar todos los días ministerios, como un hombre que prueba sombreros en una sombrerería: “Otro, que éste no sirve”?

Y vosotros, periódicos políticos, ¿no confesáis todos los días la impotencia de vuestros gobernantes? ¿No os tenéis dicho unos a otros los más procaces insultos? ¿No habéis intentado destruíros recíprocamente? Apelamos a ti, lector de buen sentido. ¿No es verdad que *O Diário Popular* tiene dicho que el Sr. Fontes es incapaz de organizar el país? ¿No es verdad que *A Revolução* tiene probado hasta la saciedad que el señor obispo de Vizeu es incapaz de organizar el país? ¿No es verdad que *A Gazeta do*

Povo tiene probado que ambos señores son incapaces? ¿Y no es verdad que *A Revolução* y *O Diário Popular* han afirmado unánimemente que el incapaz es el Sr. Brahamcamp? Sí; todo esto es verdad. Por consecuencia, parece que estáis inutilizados los unos por los otros. Si uno habla verdad, todos la hablan. Si uno la falsea, todos la falsean. Por lo tanto, o tenéis que aceptar vuestra condenación o tenéis que confesar vuestra falsedad.

¿Cuál es la conclusión? La necesidad de una propaganda nueva. Es lo que la Prensa está pidiendo hace largo tiempo, y es, en fin, lo que el Casino le ofrece. Y fuerza es que se considere feliz porque no se le aparezca con armas, tocando a rebato por las calles, sino con ideas y tocando a rebato al través de las conciencias. Todos los partidos están, pues, interesados en esta propaganda. ¿Quién habla después del Sr. Anthero de Quental? Debe ser el señor obispo de Vizeu.

Mayo, 1875.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

LO QUE ERA EL PARTIDO REFORMISTA

El partido reformista apareció un día de repente, sin saberse cómo, sin saberse por qué. Era un estafermo austero, pesado, de fuerte voz. Nadie sabía bien lo que aquello quería. Algunos opinaban que era el sebastianismo bajo su aspecto constitucional; otros, que era una secta religiosa para la cría del gusano de seda. Corrían las más diversas opiniones. Presentábase tan grave, tan triste, tan intransigente, que en el Chiado se afirmaba que era un personaje de la historia romana, relleno de paja.

Nadie se aproximaba a él, en medio de la inmensa impresión que causaba entre los mozos de cuerda. Por fin, poco a poco, algunos periodistas más curiosos se fueron acercando y comenzaron a tocarle con un dedo para saber si era de palo. Era de carne, auténtico. Se advirtió también que hablaba. Entonces los más curiosos le dirigieron preguntas.

—Señor—dijéronle—, esparcióse por ahí la noticia de que venís a restaurar el país. Debéis saber que un partido que trae una misión de reconstitución debe tener un sistema, un principio que domine toda la vida social, una idea sobre moral, sobre educación, sobre el trabajo, etc. Así, por ejemplo, la cuestión religiosa es complicada. ¿Cuál es vuestro principio en esta cuestión?

—¡Economías!—dijo con voz potente el partido reformista.

Espanto general.

—Bien. ¿Y en moral?

—¡Economías!—clamó.

—¡Viva! ¿Y en educación?

—¡Economías!—roncó.

—¡Ole! ¿Y en las cuestiones del trabajo?

—¡Economías!—rugió.

—¡Bravo! ¿Y en cuestiones de jurisprudencia?

—¡Economías!—mugió.

—¡Santo Dios! ¿Y en cuestiones de arte?

—¡Economías!—aulló.

Había en torno un profundo terror. *Aquello* no decía otra cosa. Se hicieron nuevas experiencias.

Le preguntaron:

—¿Qué hora es?

—¡Economías!—barbotó.

Todo el mundo tenía los pelos de punta. Se hizo una nueva tentativa, más dulce:

—¿A quién quieres más, a papá o a mamá?

—¡Economías!—tronó.

Un sudor frío humedecía las camisas. Interrogáronle entonces sobre las tablas aritméticas, sobre la cuestión de Oriente...

—¡Economías!—gritaba.

Fué necesario reconocer con dolor que el partido reformista no tenía ideas. Poseía, apenas, una palabra, aquella palabra que repetía siempre, a cualquier propósito, sin comprenderla. El partido reformista es el papagayo del constitucionalismo.

Mayo, 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V

LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS

La opinión experimenta hacia la Cámara de los Diputados un sentimiento unánimemente declarado: el tedio.

Se habla mal de la Cámara en todas partes. Los periódicos más serios censuran constantemente su improductividad. Aparecen contra ella publicaciones satíricas. Es generalmente considerada como un sórdido cubil de intrigas. Si se pregunta:

—¿Qué hubo hoy en la Cámara?

—Una farsa—responden unos.

—Una feria—responden otros.

Los diarios políticos están llenos de estas frases:

“La Cámara ofreció ayer un triste espectáculo para quien aprecie los verdaderos principios...”, “La Cámara está dando pruebas de su falta de independencia...”, “La Cámara salta por encima de los principios más rudimentarios de la administración”.

—El Parlamento es una vergüenza—se dice en los cafés.

—¡Vamos a los toros!—se exclama en las tribunas. (Textual.)

—Mañana hay escándalo—se murmura en la víspera de las sesiones.

Se le hacen epigramas, se le ponen motes; los folletines la escarnecen; los diarios de noticias cuentan con una dramática sinceridad: "Ayer, la sesión se pasó en injurias personales".

Un gran escritor, que es también un gran carácter, le llamó lupanar. Este calificativo, estimado justo por las gentes y acogido con aplausos, es siempre recordado.

¿De qué proviene ese general desdén? ¿De un sordo fermento de hostilidad que existe entre nosotros contra las grandes corporaciones del Estado? ¿De la convicción nacida de una diaria experiencia?

Tú, lector de buen sentido y de buena fe, que no eres diputado y que te sientas en la tribuna o que lees las reseñas de los diarios, responde tú, amigo y confidente nuestro.

La opinión es legítima y está fundada en la experiencia. La Cámara (tomemos por ejemplo a la actual) no tiene principios, ni ideas, ni consciencia, ni independencia, ni patriotismo, ni ciencia, ni elocuencia, ni seriedad. Esto no quiere decir que ais-

ladamente, individuo por individuo, no se puedan encontrar estas cualidades con un relieve poderoso; sería ridículo negar la erudición del Sr. Latino, la honestidad del Sr. Rodrigues de Freitas, etc., etc. Lo que queremos decir es que, como corporación constituída, acomodada en sus asientos, con su presidente, y su campanilla, y su copa de agua con azúcar, y sus ujieres, la Cámara tiene una falta absoluta de cualidades que la ilustren y una gran abundancia de defectos que la deshonran.

La Cámara no tiene principios. Es monárquica y achica la lista civil, dando toda amplitud al rey en la política, pero reduciéndole sus presupuestos. Es católica, y se muestra hostil a la defensa del poder temporal, lo que, por una deducción lógica, es mostrar simpatías por la condenación del catolicismo. Da alternativamente mayoría a todos los partidos, y sólo sirve las ambiciones de caudillos que la explotan y que la desprecian.

La Cámara no tiene ideas. Delante de un país desorganizado de un extremo a otro, ¿qué hace? Discute la cuestión de las ostras. No presenta una ley, un reglamento, una reforma, un proyecto. Durante un mes entero debate si el Sr. Soares Franco debe tener el mando en la Armada, o si no lo debe tener. El ministro declara que sí, porque esa clase de mando "tiene una tradición de tres siglos". Este

principio de gobierno, lógicamente entendido, obliga al ministerio a volver a levantar las horcas, reconstruir los conventos, resucitar a Alfonso Henriques, ir inmediatamente a descubrir otra vez el camino de la India... y quedar siempre por descubrirlo.

La Cámara no es justa. Si alguna cosa decide en su pequeña área de pequeñitas renovaciones, no es en el terreno de justicia pública, sino en el del interés político. ¿Quién ignora los ejemplos? Su enumeración fatigaría a Homero.

La Cámara no tiene conciencia. Su criterio, su moral, es la intriga; la intriga política, la intriga partidista. La mayoría apoya al señor marqués de Aguila; la mayoría lo abandona. ¿Por qué? ¿Era ayer apto y hoy inepto? Se trata, sencillamente, de un embrollo conducido por la intriga.

La Cámara no tiene patriotismo. ¿Es necesario probarlo? ¿Qué le importa a ella el país, su organización y su progreso? ¿Qué hace por ella? ¿De qué instituciones lo dota? ¿Qué mejoras le da? ¿Qué interés le muestra por la instrucción, por la industria, por la agricultura? La Cámara vocifera e intriga. Viene a ser una baraja con la que hábiles jefes de grupo juegan una partida de fresillo. Y el que lleva los codillos es el país.

La Cámara no tiene independencia. Ved las amenazas de disolución. Aun el decreto de disolución

no asoma a lo lejos, y ya la Cámara está encogida debajo de los bancos.

La Cámara no tiene ciencia. Ni administración, ni economía, ni derecho público, ni derecho constitucional, ni historia, ni gramática...; la Cámara nada sabe.

La Cámara no tiene elocuencia. ¿Quieres ver, lector de buen sentido, un modelo de discursos? Fue el señor diputado... ¿Para qué decir el nombre? Nuestra cuestión no es de nombres; es de hechos. Vean el *Diario de las Cámaras*. El orador comienza por un exordio. Cuenta cómo Platón dormía la siesta y lo que hacían las abejas del Hymeto. Después dice que deseaba tener las dotes de suavidad y de blandura suficientes para seguir en su discurso las huellas de Platón. Pausa. Entra en seguida en materia. Principia por declarar que ya está lejano para él el período de la adolescencia, pero que aun le queda de ella algo de los antiguos fervores. Después explica cómo era el acuerdo que reinaba entre los dioses de Homero: "Aquiles empuñaba la espada; Ajax blandía el hierro". Pasa en seguida a los trabajos de Hércules. Habla de Eolia, de Eto-^lia y del Peloponeso. Menciona a Júpiter, en el Olimpo, sentado en su "trono coruscante" (textual). Trata de los sacerdotes egipcios, de los ídolos, del perro Anubis y de la Esfinge, que, según él, "era

un dios con cabeza de gato" (parece increíble, pero es textual). Más adelante cita las puertas de la aurora. A propósito de su alma, clama:

Malheur à qui sonde les abîmes de l'âme!

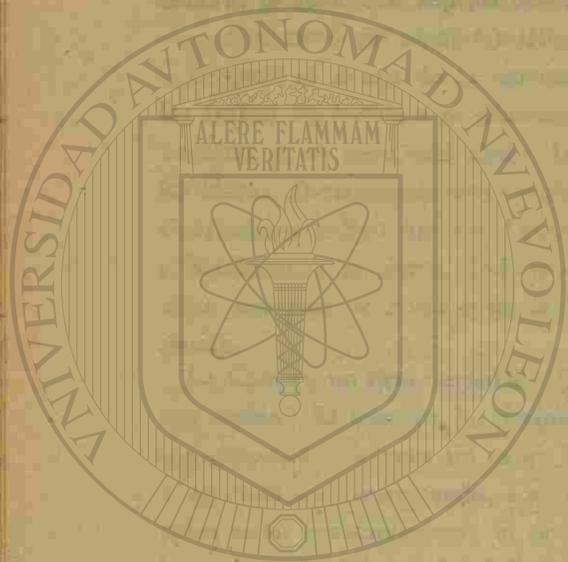
Después se ocupa de la manera de procrear de las arañas. Se asoma a su discurso en ese momento Saturno, y un poco más abajo, Isócrates. Alude a las hidras. Desempapela una inmensa historia de las *Confesiones* de San Agustín. Diserta aún sobre Sión y Babilonia. Y se sienta. Todo esto, a propósito del señor marqués de Avila y de la Comisión de Hacienda.

La Cámara no tiene seriedad. ¿Quién no ha visto una sesión? El susurro, la confusión, la barahúnda, son perpetuos. Se vota sin saber lo que se discute, y se continúa conversando. Las cuestiones personales están constantemente al orden del día. Vuelan los mentís. Hierven las injurias. En los momentos más serenos surge la chanza pesada y la mofa. Y desde las tribunas, el público asiste, ora indignado, ora divertido, al espectáculo sin igual.

¿Halláis crueles estas páginas? ¿Pensáis que no nos duele tanto escribirlas como os duele el leerlas? ¿Creéis que es con el espíritu alegre y la pluma al viento como levantamos uno por uno delante del público los harapos de vuestra decadencia? Apelamos a vosotros mismos. Si alguno de vos-

otros, en su conciencia, halla que no decimos una verdad perfecta, que nos tire la primera piedra, como en el Evangelio; esto es, que nos lance la primera contradicción.

Mayo, 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI

DOS CANDIDATOS

Todos los periódicos, en épocas de elecciones, tienen sus candidatos predilectos. Los periódicos franceses lanzan los nombres preferidos, en lo alto de la página, en enormes tipos, ofreciéndolos a la adhesión pública. Los diarios portugueses recomiendan a los suyos en prosa recatada y adormecedora. Nosotros tenemos también dos queridos candidatos. Son:

El doctor Juan de las Regras.

El condestable don Nuño Alvares Pereira.

Estos dos caballeros son, ¡oh, ciudadanos!, la expresión gloriosa de su patria. Uno es su pensamiento jurídico; otro, su valor heroico. ¿Cuál será el liberal inteligente que rehuse su voto a estos dos hombres históricos? ¿Valdrá más el señor José de Moraes, o el señor Coelho de Amaran? Y, además, ¿quién como el doctor Juan de las Regras velaría por los fueros populares? ¿Quién como el condes-

table mantendría la independencia de la Patria?...
¡A la urna, ciudadanos!

Pueden, apenas, hacernos una objeción, pequeña en sí, pero que tal vez influya en los ánimos timoratos: y es que el doctor y el condestable murieron hace cuatro siglos.

Pues bien; nosotros afirmamos que ese detalle nada importa, porque ellos se encuentran en igualdad de condiciones que la mayoría de los candidatos que se presentan por esos distritos, de norte a sur del país. Todos esos beneméritos individuos están en realidad tan muertos como Juan de las Regras y como don Nuño Alvares Pereira.

En vano pasean; en vano hablan. Están muertos. Vivir para sentir físicamente es sencillo: basta que los pulmones respiren, que la sangre circule, que el alimento sea digerido. Pero vivir para legislar y para pensar es más complejo: es necesario que la inteligencia y la conciencia estén en vigor, trabajando. Ahora, gran parte de los señores candidatos tienen esta porción de su ser tan muerta como el doctor Regras o el condestable Pereira.

En efecto, en el sentido de legislar, organizar y dirigir un país, vivir es ser de su tiempo, estar en su momento histórico, ayudar en la creación social de su siglo, sentir la comunión de las ideas nuevas. Ser demócrata del 20, o constitucional del 36,

o cabralista del 45, o regenerador del 51, no es vivir; es recordar. Y en este sentido, ¿quién sabe también si los muertos se acordarán?

Por consecuencia, como la mayoría de los candidatos están muertos y embalsamados en su propio cuerpo, se encuentran en la categoría de los difuntos Regras y Alvares Pereira.

Proponemos, pues:

¡VOTAD AL DOCTOR!

¡VOTAD AL CONDESTABLE!

Pueden todavía hacernos observar:

Siendo, como es, verdad que los señores diputados están muertos espiritualmente, es también verdad que están corporalmente vivos, pudiendo decir ¡presente! en la llamada de las sesiones, y que esta condición no puede ser alabada en el doctor ni en el condestable, los cuales, siendo un hipotético puñado de polvo, no pueden tener la pretensión, que resultaría verdaderamente tiránica, de decir ¡presente!, como el señor Melicio o el señor Carlos Bento, que son de carne.

Bien. Entonces, ya que es necesario un bulto, un cuerpo, un poco de materia, para que los señores secretarios os puedan considerar como personalidades, proponemos como candidatos:

A la estatua de Camoens.

Y a la de Juan de Barros.

No nos dirán, seguramente, que no tienen forma, medida, peso. ¡A la urna, pues!

Pero pueden hacernos pensar que a estos últimos caballeros, si bien tienen la función corpórea, les falta la condición vocal; aquella gran condición de diputado que consiste en decir "sí" o "no".

En ese caso, como no tenemos la pretensión de probar que el bronce y la piedra posean una extrema facilidad de locución, proponemos como candidatos dos papagayos, a escoger entre todos los papagayos, por el señor marqués de Avila.

Junio, 1871.

No nos dirán, seguramente, que no tienen forma, medida, peso. ¡A la urna, pues!

Pero pueden hacernos pensar que a estos últimos caballeros, si bien tienen la función corpórea, les falta la condición vocal; aquella gran condición de diputado que consiste en decir "sí" o "no".

En ese caso, como no tenemos la pretensión de probar que el bronce y la piedra posean una extrema facilidad de locución, proponemos como candidatos dos papagayos, a escoger entre todos los papagayos, por el señor marqués de Avila.

Junio, 1871.

VII

*PSICOLOGIA DE LAS ELECCIONES
DE DIPUTADOS*

Este mes, cuando los claveles abrían, las Cámaras cerraron; esto es, fueron expulsadas.

Hubo, tal vez, unas ciertas fórmulas, se hizo ciertamente el programa del cierre; pero la verdad es que ellas fueron arrojadas a empujones por las escaleras de San Bento abajo.

La Cámara estaba quieta, bien afeitada, cómodamente sentada en sus bancos, sin desconfianza, esperando con cinica gravedad que el Gobierno manifestase sus ideas por medio de un proyecto, un dicho, un grito, un gesto.

El Gobierno entró, y con un ademán distinguido y gallardo hizo evacuar la sala.

Y he aquí cómo la gran ocupación de este mes son las elecciones.

Es necesario que te expliquemos, lector pacífico, que no perteneces a los centros de la política, el

organismo interior de una elección. Es, al alegre correr de la pluma, un curso de anatomía política. Léesele, cuando toméis el te, a tus pequeñuelos, a quienes tu mujer prepara las tostadas con manteca. Es la mejor enseñanza que les puedes dar del rebajamiento de su época. Si ellos cabeceasen en lo más picante del relato, no pienses que fué la somnolencia comunicativa de nuestras severas palabras. Es que en Portugal todo causa sueño: hasta la anarquía.

Cuando una Cámara se cierra, el Gobierno *nombra* otra. *Nombra*, porque una Cámara no es *elegida* por el pueblo, sino nombrada por el Gobierno. El diputado es un empleado de confianza; sólo que su nombramiento no se realiza por un decreto nitidamente impreso en el *Diario del Gobierno*; el proceso de su designación es más complicado y moroso. Es por medio de *votos*, los cuales son tiras de papel donde está escrito un nombre, y que se echan un domingo, en una iglesia, dentro de unas cajas de madera, a las que se llama románticamente *urnas*. Unos hombres graves, de recién lavadas camisas, están en torno de la urna. A estos hombres se llama *la mesa*. Son ellos los que, con gesto cívico e imbuidos del espíritu de las instituciones, introducen gravemente el papelito blanco (el voto) en la cajita (la urna). La urna afecta varias formas, según las fe-

ligresías. Hay urnas que tienen la hechura de cajas de azúcar, de toneles, de tazas de te, etc. Los candidatos gritan siempre, en el último periodo de sus manifestos, transportados de furor constitucional:

—¡Ciudadanos, a la urna!

Es puramente una denominación sentimental. Para ser exactos debían exclamar, en ciertas feligresías:

—¡Ciudadanos, al cajón!

Y en otras:

—¡Ciudadanos, al barril!

A pesar de este nombramiento aparatoso y de tan grave ceremonial, el diputado es tan funcionario como si hubiese sido nombrado en virtud de ocho líneas triviales y burocráticas del *Diario del Gobierno*. El diputado obedece al Gobierno, y ejerce una función. Hay el diputado gritador, el interruptor, el hombre de los incidentes, el hombre de los precedentes, etc. En cuanto desagrada se le hace dimitir. Sólo que no se dice "dimitido". Se dice, con menos escrúpulo, "disuelto".

El Gobierno, pues, nombra a sus diputados. Estos hombres son, natural y lógicamente, escogidos entre los amigos de los ministros. Por dos motivos:

Primero, porque la amistad supone identidad de intereses, entera confianza.

Segundo, porque, siendo la posición del diputado ociosa y productiva, es coherente que sea dada a los

amigos íntimos, aquellos que van al entierro de los parientes y llevan a los pequeñuelos a pasear.

Los amigos de los ministros son, como es natural, los primeramente escogidos. Para completar el número de una mayoría útil, estos amigos indican después otros, parientes suyos, a los que pretenden colocar, o allegados que les pueden ser provechosos.

—¿Tú no tienes a nadie a quien presentar por tal distrito?—pregunta X al ministro, íntimo suyo.

—No.

—Espera; yo tengo un primo. El pobre rapaz dispone de pocos medios de vida; es pianista. Pero fiel como un perro. ¡Un esclavo! ¿Puedo decir al muchacho que cuente con eso?

—Puedes decírselo al muchacho.

Lentamente la lista de la mayoría se va formando en Lisboa. Los pretendientes son numerosos. Los "amigos íntimos" se agitan en derredor del ministro como una bandada de gorriones en torno de un montón de espigas. Uno tiene un primo que se casó; otro sabe de un folletinista con talento y lengua fácil; otro protege a un cuñado; otro desea amparar a un hombre al que debe unos cuantos miles de pesetas (pero perdona el acta de ése, al que él llama *ladrón*, si el ministro quisiera hacer al tal *ladrón* recaudador de contribuciones)... Después, los candidatos son traídos y llevados como figuras de un

juego de ajedrez. A uno, al cual se le prometió el distrito D, se le da como indemnización por incumplimiento de la oferta el gobierno civil de B. Se borra a C de la candidatura porque se descubre que tomó te con el jefe de la oposición. Pero se le da su puesto a E, que fué quien denunció a C. A veces es un personaje influyente por el distrito X, que en pago de su influencia en el mismo, puesta a la disposición del Gobierno, pide que su yerno *venga* por el distrito Z, donde es propietario.

—Pero el distrito Z está prometido a Fulano, que es un catedrático distinguido, un publicista. ¿Su yerno tiene, por lo menos, alguna carrera?

—Mi yerno no tiene carrera alguna. Pero yo tengo influencia. El diario de la localidad ya probó que mi yerno era un animal; pero mi yerno apaleó a los redactores.

Y quien *viene* por el distrito Z no es el distinguido profesor, sino el sujeto acusado de "animal" por el periódico de la localidad.

Hay aún los amigos del Gobierno que residen en provincias. Esos escriben al ministro:

"Tengo aquí ya todo preparado y he gastado un dineral en mi distrito. Por eso, querido amigo, es pero que me apoyes en la elección. Sabes que soy fiel como un perro cuando tú estás en el Poder."

Meses después de estos trabajos, el Gobierno po-

E Ç A D E Q U E I R O Z

see al fin entera, compacta, abarrotada de hombres fieles, la lista de su mayoría.

Cuando el Gobierno no tiene política propia, ni programa propio, ni amigos propios, y vive, como el actual, apoyado en dos partidos, son estos partidos los que dan al Ministerio las listas de sus mayorías particulares. El Gobierno acepta y nombra estas mayorías.

Constituida la Cámara, surge la desavenencia; cada partido retira su mayoría, y el Gobierno, desamparado, cae de espalda extendido en el enlodado suelo de la intriga.

Y las dos mayorías, libres de la fastidiosa ocupación de amparar un Gobierno antipático, y con los brazos disponibles, prorrumpen luego en invectivas una contra otra, con gallardo brío.

Tal es este prodigioso y bajo embrollo.

Luego que el Gobierno posee completa su lista, la comunica a los gobernadores civiles. Comienza aquí lo que se llama el *trabajo* de las autoridades. El gobernador civil llama particularmente a cada administrador municipal y cambia con él estos nobles decires:

—El Gobierno propone a Fulano por su distrito.

¿Se compromete usted a que venga?

—Haré todo lo que esté en mi mano.

—Nada de palabras equívocas. O la elección se-

U N A C A M P A Ñ A A L E G R E

gura para el Gobierno, o la dimisión segura para usted. Por lo demás, pida, intrigue, compre, amenace, maltrate. Eso es cuenta de usted... Lo que nosotros queremos es que el Gobierno triunfe.

El buen funcionario tiene familia, vive de un escaso rendimiento, quiere seguir la carrera administrativa, siente las instigaciones de su interés, y cede.

—Pues bien—dice—, respondo de todo...; pero tengo exigencias.

—Veámoslas.

—Es necesario que sea destituido el rector del Instituto, que es de la oposición.

—Tomo nota.

—Que sea trasladado el delegado de Hacienda. ¡Cuidado; gran trastorno le va a causar! Tiene mujer y cuatro hijos. Y la mujer es de la ciudad..., pero... ¡en fin!

—Es claro; se le trasladará.

—Además de eso necesito mil quinientas pesetas para la parroquia de Tal, que está muy trabajada por la oposición.

—Cuenta con ellas.

—Necesito también alguna tropa.

—Con mucho gusto. Y ahora, a trabajar, amigo mío, a trabajar. Esta nuestra vida administrativa es el diablo. Pero, ¡qué caramba!, alguna cosa se ha de comer. Adiós.

Y cada administrador va a trabajar para su distrito.

¡Honrado sistema!

La primera dificultad es que en el distrito nadie conoce al candidato.

—Pero ¿quién es?

—Yo sé quién es—responde la propia autoridad—. Es un sujeto de Lisboa. Es del Gobierno.

El alcalde, para ordenar la escaramuza, reúne a sus concejales:

—El candidato es Fulano. ¡Manos a la obra! Y trabajadme bien esas parroquias. Pedid, amenazad...

Los ediles parten; y, trotando por las carreteras del municipio, van rumiando los medios de que disponen para el triunfo.

Estos medios son:

1.º La compra franca y simple. Se regatea el voto: 500, 1.000, 1.500 reis... Los hay de media libra, pero son raros.

2.º La presión. Es el más eficaz. La coacción es un arma general, sencilla, accesible a todos. El propietario ejerce presión sobre los arrendadores, que a su vez ejercen presión sobre los trabajadores. En la capital, la autoridad superior ejerce presión sobre todos los empleados del Gobierno civil, de la Administración municipal, de la Hacienda, de Obras públicas, del Instituto, etc., etc. Los jefes de Ejér-

cito ejercen presión sobre los oficiales, amenazándoles con dar parte al Ministerio de la Guerra, con cambiarles de regimiento, con destacarles para lugares lejanos...

3.º La amenaza. La amenaza es singularmente utilizada por el concejal de su parroquia. El concejal se dirige al elector y desliza en sus oídos esta honrada elocuencia:

—Tú tienes un hijo de veinte años. Va a entrar en quintas. Si votas al candidato del Gobierno libraré a tu hijo; si no, lo tendrás dentro de poco con el fusil al hombro.

O bien:

—Ya sabes que tu hija tiene un amorío. Si no votas con el Gobierno, tu hija será llamada a presencia de la autoridad, y entrará la vergüenza en tu casa.

Y cuando no:

—Tu tributación en el reparto es de 10. Si votas con el Gobierno te arreglaré para que no pagues más que 9. Si votas en contra tendrás sobre ti para el año que viene 16 ó 17.

Hay votos por influencia. Esto es: se busca un sujeto que disponga de 50, 100, 200 votos; se le da a ese hombre una encomienda, un título, se nombra a un primo suyo recaudador o capataz de Obras públicas, y ese hombre da generosamente, para ma-

yor esplendor de la monarquía, esos 50, 100 ó 200 libras votos al candidato del Gobierno.

Y en todos los distritos se trabaja sin descanso. Las autoridades sufren pesados días de fatiga, noches de reposo truncado por telegramas. Se da en todo el concejo una batida al elector; aquí se amenaza, allí se compra. Se destituye aquí a un elector, se traslada allí a un párroco hostil. El elector es acariciado, reverenciado. Se le paga el vino en la taberna, se le promete la exención del servicio militar para el hijo y el perdón de los tributos. No hay interés que no se intente seducir, debilidad que no se ataque, miseria con la que no se especule.

Y el pobre elector, aturdido, dice a su mujer en su casa:

—¡Oh, no me dejan en paz por causa del tal candidato Felisardo.

—Pero ¿quién es Felisardo?

—¡Caramba..., es Felisardo! ¿Sé yo quién es? Es uno que se presenta para diputado.

Mientras tanto, la oposición trabaja también. Los recursos son menores. Apela, sobre todo, a la prosa: manifiestos en las ciudades, discursos populares por el campo, etc. Habla de los impuestos, de las vejaciones de la Hacienda, de las pocas carreteras que hace el Gobierno y de las muchas infamias que el diputado ministerial tiene realizadas...

En medio de esto se agita uno de los tipos característicos de la provincia: el hombre influyente en las elecciones. Hagamos lugar en *As Farpas* a la pesada corpulencia del cacique.

El cacique es por lo común propietario. Antiguo obrero, se enriqueció, tiene ambiciones, quiere ser de la Junta parroquial, de la Junta del reparto municipal, y, más tarde, en un futuro glorioso, alcalde. Ya no usa blusa ni zuecos. Tiene un par de guantes apretados y habla de la soberanía nacional. En vísperas de la elección, todos pueden verle montado en su mula por los caminos aldeanos, o en los días de mercado confundiendo con los grupos, gesticulando, gritando con una tremenda importancia. Dispone ordinariamente de 200 ó 300 votos; son sus criados de labor, sus deudores, sus jornaleros, aquellos a quienes libró hijos del servicio del rey, o del aumento de consumos, o de la cárcel. La autoridad le pasa la mano por la espalda y le habla avaramente del hábito de la Orden del Cristo. Todo lo que pide es hecho, todo lo que él acuerde es realizado. Las leyes se apartan para que él pase. Sus haciendas no están sometidas a tributo: ¡es el cacique! Los criminales por quienes se interesa son absueltos: ¡es el cacique! Si en el concejo están prohibidos los arrozales, él puede tenerlos: ¡es el cacique! Se le exceptúa asimismo

de la prohibición de llevar armas: ¡es el cacique! Sólo él caza en los meses de veda: ¡es el cacique! Sólo su calle está empedrada: ¡es el cacique!

Si algún día, lectores, encontráis al cacique en vuestro camino, quitad respetuosamente el sombrero. El reina, y su reino se asienta sobre lo que, a pesar de ser lo más fangoso, es lo más sólido: la corrupción.

Estamos, en fin, en el deseado domingo. Los concejales comienzan a llegar al frente de sus parroquias. Los hombres vienen con la cara lavada y con grandes cuellos blancos.

Para retenerlos hasta las diez de la mañana e impedir que ellos se desmanden, y que, ya dispersos, fuera de las miradas celosas del cacique, estén expuestos a las tentaciones de los adversarios, hay un gran caserón, o un gran patio, o un enorme almacén, en el que son recogidos. Están allí algunos cientos de hombres, amontonados, sentados en el suelo, con su vara en la mano y una hoja del censo en el bolsillo del chaleco. Mientras tanto, les dan vino y bacalao. Circulan las copas llenas, las mandíbulas se mueven; se bebe a la salud del cacique; y grandes risas por aquí, y empujones por allá, y blasfemias más lejos... Y toda aquella multitud, templada por el vino, impaciente, aburrida, con un olor nauseabundo y un zumbir incesante, espera que lle-

gue la hora de dar al Gobierno su voto *libre, espontáneo y consciente*.

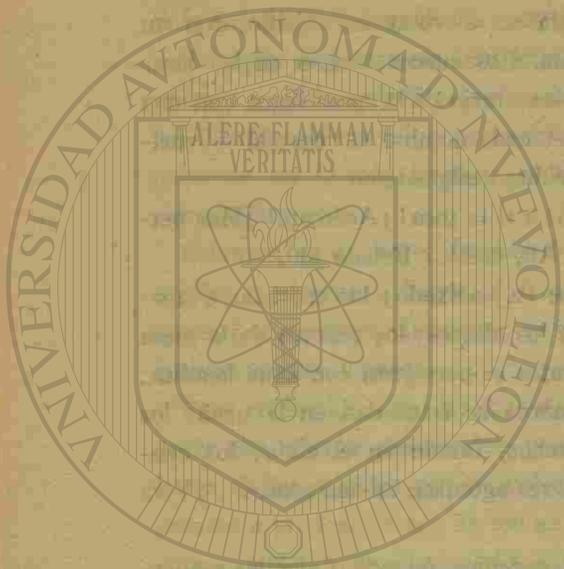
Cada parroquia va a votar en rebaño, con su concejal al frente. Los zuecos suenan en las losas de la iglesia; el secretario de la mesa llama con una voz durmiente. A cada nombre el concejal se vuelve hacia el individuo designado:

—¡Eh, eres tú; a ti te toca! ¡Acércate! ¿Has perdido el papel? ¡Ah, cré!... Echalo ahí...

Y la iglesia se va vaciando; los sacristanes apagan las velas de los altares; los señores de la mesa hostezan; las beatas se persignan con agua bendita; los papelitos blancos se acumulan en la urna; los caciques, satisfechos, fuman en el atrio; los cristos sobre los altares agonizan en sus cruces... ¡Viva el sufragio!

Bien te comprendemos, lector. ¿Querías comentarios, conclusiones, la moraleja de esta farsa? Pues mira si sientes al fin de este relato la necesidad de una liga de todos los hombres serios contra el triunfo progresivo de esta corrupción. Y ese será el único comentario justiciero y fecundo.

Junio 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

APTITUDES NECESARIAS PARA SER MI- NISTRO

Hace muchos años que la política en Portugal presenta este singular estado:

Doce o quince hombres, siempre los mismos, alternadamente, poseen el Poder, pierden el Poder, reconquistan el Poder, cambian el Poder... El Poder no sale de ciertos grupos, como una pelota que cuatro niños, en los cuatro ángulos de una sala, se arrojasen los unos a los otros por el aire entre un rumor de risas.

Cuando cuatro o cinco de aquellos hombres están en el Poder, esos hombres son, según la opinión pública y según los dichos de todos los otros hombres que no están en el Poder, los corrompidos, los malgastadores de la Hacienda, la ruina del país.

Los otros, los que no están en el Poder, son, según su propia opinión y la de sus diarios, los verdaderos liberales, los salvadores de la causa pública,

los amigos del pueblo, los que verdaderamente sirven los intereses del país.

Pero, ¡cosa notable!, los cinco que están en el Poder hacen todo lo que pueden para continuar siendo los "derrochadores de la Hacienda" y "la ruina del país" durante el mayor tiempo posible. Y los que no están en el Poder se agitan, conspiran, no se dan reposo, para dejar de ser, lo más de prisa que puedan, "los verdaderos liberales" y los "fieles servidores de los intereses del país".

Hasta que, al fin, caen los cinco del Poder, y los otros, los "verdaderos liberales", entran triunfalmente en la designación heredada de "malgastadores de la Hacienda" y "ruina del país", mientras que los que han caído del Poder se resignan, llenos de hiel y de tedio, a pasar a ser los "verdaderos liberales" y los "fieles servidores de los intereses del país".

Ahora, como todos los ministros salen de este grupo de doce o quince individuos, no hay ninguno de ellos que no haya sido por su turno "derrochador de la Hacienda" y "ruina del país".

No hay ninguno que no haya sido dimitido u obligado a pedir la dimisión por las acusaciones más graves y por las votaciones más hostiles.

No hay ninguno que no haya sido juzgado incapaz de dirigir la cosa pública por la Prensa, por los

discursos de los oradores, por las inculpaciones de la opinión, por la regia prerrogativa del Poder moderador.

Y todavía serán estos doce o quince individuos los que continuarán dirigiendo al país en este camino por el que él marcha feliz, abundante, rico, fuerte, orlado de rosas, triunfante...

De aquí proviene también este caso singular:

Un hombre es tanto más célebre, tanto más consagrado, cuantas más veces ha sido ministro; esto es, cuantas más veces ha demostrado su incapacidad para los negocios, siendo "derrochador de la Hacienda, ruina del país", etc.

Así, don Carlos Bento fué una vez ministro de Hacienda. Dimitió a su pesar, y no fué, naturalmente, por los servicios que estaba prestando a su patria... Si cayó fué porque la opinión, la Prensa, los partidos coaligados y el Poder moderador lo juzgaron poco conveniente para administrar la riqueza nacional; y don Carlos Bento salió del Poder con aires de importancia.

Por esto fué ministro de Hacienda una segunda vez. Mostró de nuevo su incapacidad; por lo menos, así lo juzgó en esa ocasión la Corona, imponiéndole la dimisión. Y la importancia de don Carlos Bento creció.

Por consecuencia, fué por tercera vez ministro.

E Ç A D E Q U E I R O Z

Volvió a caer. Debemos, por lo tanto, suponer todavía que nuevamente dió pruebas de no ser competente para figurar en la dirección de los negocios. Y su importancia aumentó prodigiosamente.

Y otra vez ministro ahora, si tiene la fortuna de ser derribado del Poder y convencido por la opinión de una incapacidad absoluta, será elevado a título del reino, se le darán embajadas, entrará permanentemente en el *Almanaque Gotha*.

Todo esto nos hace pensar que cuanto más prueba un hombre su incapacidad, más apto se torna para gobernar su país.

Y, por lo tanto, lógicamente, el jefe del Estado debe proceder de la siguiente manera en la apreciación de los hombres:

El niño Eleuterio es reprobado en su examen de Francés. El Poder moderador le echa una tierna ojeada.

El niño Eleuterio, continuando su bella carrera política, es reprobado en su examen de Historia. El Poder moderador, alborozado, le saluda con un blanco pañuelo.

El adolescente Eleuterio, dando otro largo avance, es reprobado en el primer año de la Facultad de Derecho. El Poder moderador, gozosísimo, quiere a todo trance tener con él unas palabras serias.

El abogado Eleuterio, progresando siempre, es

U N A C A M P A Ñ A A L E G R E

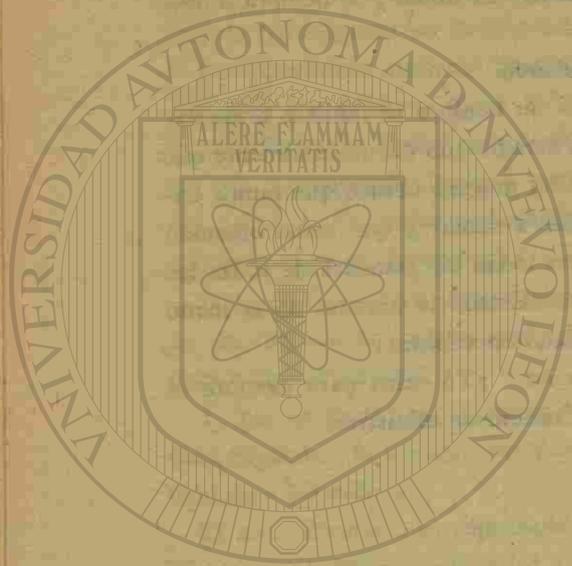
reprobado en unas oposiciones. El Poder moderador no puede contener su júbilo y le nombra ministro de Justicia.

Y la opinión aplaude.

De modo que si un hombre se pudiese presentar al jefe del Estado acreditando documentalmente que su espíritu era de tal manera obtuso que nunca había podido aprender a sumar y que había obtenido varios suspensos en todas las materias de todas las carreras, el jefe del Estado le tomaría de la mano y balbuciría, sofocado en ventura:

—*Tu Marcellus eris!* ¡Tú serás para siempre el presidente de mi Consejo de ministros.

Junio 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX

LA MULTA PARA EL LIRISMO

En el folletín del *Diario Popular* pueden ser leídas unas notables consideraciones de orden moral. Están en verso. El poeta se dirige en su perorata solitaria a una mujer.

En unas líneas en prosa que anteriormente publica a manera de preludio afirma que la misión del arte es enseñar a amar... y que en el arte no entra para nada la realidad, la justicia o la moral pública, porque—dice—el arte nada tiene que ver con los derechos civiles. Tendido así, a la larga, en la anarquía de la voluptuosidad y del lirismo, he aquí lo que el poeta expone y enseña en un diario popular, que tiene una tirada de veinte mil ejemplares y que anda por encima de las mesas y de los cestillos de costura. Comienza diciendo:

“Que es bueno amar en el campo, por la tarde y a solas.”

Después continúa:

“Que prefiere el campo, porque en los salones no

le es dado besar largamente la mano de ella. Que el campo es libre y las sombras dan refugio..."

Por último, afirma:

"Que querría que los brillantes rayos de luz le cinesen solamente a él con ella, erguidos ambos en éxtasis, lejos de cuanto es vil..."

"Cuanto es vil", en los giros de la poesía lírica, es el mundo real, la familia, el trabajo, las ocupaciones domésticas, etc.

Nos dispensamos de citar más estrofas lascivas. Aquéllas bastan para legitimar las siguientes observaciones:

Ningún periódico publicaría semejantes teorías si estuviesen escritas en prosa.

Ningún hombre que las escribiese osaría leerlas a su hija sin comerse algunas palabras.

Ninguna señora que por acaso las hubiese leído se atrevería a citarlas.

¿Cómo se consiente entonces su publicación en verso? La higiene no es tan sólo la regularización saludable de las condiciones de la vida física; en ella deben entrar también los hechos de índole moral. Si está prohibido que un montón de inmundicia o que el cadáver de un perro corrompa el aire respirable de las calles, ¿por qué ha de permitirse que un poeta con sus endechas podridas perturbe el pudor y la tranquilidad virginal?

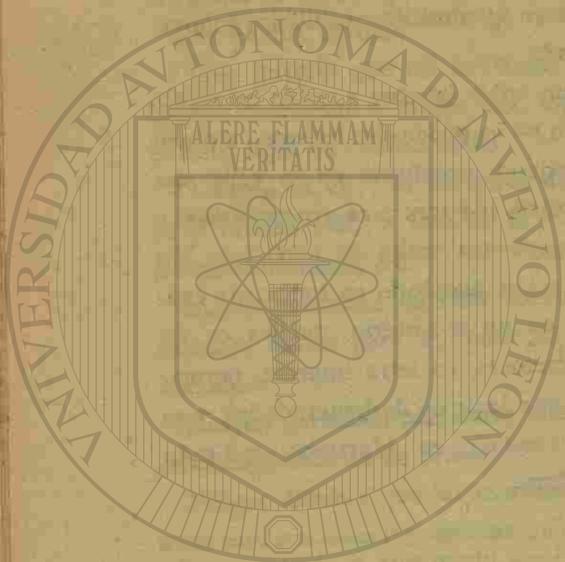
Existe un acuerdo del municipio que impone una multa a quien pronuncie palabras deshonestas. ¿Por qué no ha de estar igualmente prohibido publicar deshonestas ideas?

Un borracho, un pobre hombre a quien no se dió educación, a quien no se puede dar lecturas, a quien casi no se da trabajo, pronuncia en la calle una blasfemia oída apenas por tres o cuatro personas, y va a la cárcel o paga una multa de 3.000 reis. Un poeta lírico esclarecido, aprobado en todos sus exámenes, empleado en un ministerio, publica en un diario de 50.000 lectores, en letra impresa, permanente e indeleble, una serie de deshonestidades, y es apreciado, cumplimentado en Martinho, indicado para una candidatura...

Pedimos, pues:

O que sea permitido libremente decir, en la calle o en el periódico, blasfemias y desvergüenzas, o que la multa municipal sea aplicada a todos, y que tanto el ebrio que no sabe lo que dice en la esquina de una calle como el poeta lírico que escribe con meditación y borradores durante una semana unos versos de esta índole para un periódico diario, paguen la multa de 3.000 reis, uno por su blasfemia, otro por su endecha.

Junio 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X

MAXIMAS Y OPINIONES DE UN DIARIO
POLITICO

A Nação, diario de arqueología y de piedad, se ha presentado estos últimos tiempos con un espléndido aire de triunfo. Los adjetivos de sus artículos de fondo caminan a tambor batiente; sus adverbios van desplegados al viento, y en el éxtasis de sus signos ortográficos de admiración se advierte que el citado periódico espera para en breve la restauración. Sabemos bien de *qué* es esta restauración; pero ignoramos totalmente de *quién* puede ser.

A Nação dice claramente que confía en la restauración francesa con el conde de Chambord, en España con Carlos VII, y en Portugal con...

Y pone puntos suspensivos. ¿Es respeto? ¿Es pudor? ¿Es estrategia? No se sabe. Evidentemente, aquellos puntos suspensivos designan a alguien; pero ¿a quién?

Quieren algunos que sea al difunto Herodes;

otros, al fallecido Felipe II; algunos aun sugieren que pueda ser ese otro ausente del número de los vivos: el honrado Nabucodonosor.

Sea quien fuese, *A Nação* espera. *A Nação* viene llena de júbilo desde sus citas en latín hasta sus anuncios de agua circasiana. Y *A Nação*, no pudiendo mandar aún que preparen para el que aguarda habitaciones en la Axuda o en Queluz, le prepara por sí propia máximas para la buena gobernación.

He aquí algunas de esas máximas, cogidas al acaso, entre dulces pillerías de derecho divino:

—La libertad de conciencia es una palabra buena para engañar a los tontos, que nada significa, a no ser un gran contrasentido.

Ciertamente, esta manera de pensar puede dar lugar a interpretaciones aflictivas. Supongamos que la restauración ya está hecha y que *A Nação* ha triunfado, precisamente ahora, en estos días de Junio, en que un airecillo traicionero nos sorprende a la caída de la tarde. Un ciudadano empadronado, elector y elegible, camina por el Rocío y dice gravemente, con ese aire de meditación que adopta la burguesía en las grandes cuestiones de la existencia:

—¡Diablo, hace frío!

Inmediatamente acude un policía legitimista, gritando:

—¡Perdón, caballero; usted no tiene derecho a decir esa irreverencia!

Sorpresa del ciudadano. El policía le muestra el almanaque oficial, donde se lee:

“12 de junio; calma.”

Y el policía tendrá razón. Desde el momento en que el derecho divino niega la libertad de conciencia, ningún ciudadano tiene derecho a divulgar doctrinas distintas de las de un almanaque fundado en la sabiduría de las naciones, autorizado por los obispos, con una tradición de cien años...; infalible cartilla de nuestras temperaturas.

Pero voivamos a los puntos suspensivos.

Nosotros afirmamos que la opinión anda extrañada cuando piensa que aquellos puntos encubren un temido nombre. No. *A Nação* es clara y odia el equívoco. *A Nação* cuando dice: “En Francia reinará Enrique V; en España, Carlos VII, y en Portugal...”, quiere sencillamente decir que en Portugal reinará Puntos Suspensivos. *Puntos Suspensivos* es un nombre. El nombre de un rey. *Puntos Suspensivos I.*

A nosotros podrá parecernos extraño, a nosotros, que no conocemos la genealogía ni las ramas laterales de las casas legitimistas de Europa, y que hemos olvidado nuestro *Almanaque Gotha*. Pero *A Nação*, poseedora de los papeles de familia de la legítimi-

dad, sabedora de sus tradiciones, autora de su historia, lo afirma enérgicamente. Es lícito a los constitucionales ignorarlo, pero no desmentirlo.

Reinará, pues, en Portugal Puntos Suspensivos I.

En breve lo tendremos en su trono, con su ministerio constituido. ¡Cómo será de noble, de tradicional, de feudal! ¡Cómo tendrá el sereno y radiante aspecto de las cosas eternas y augustas! El gobierno de Puntos Suspensivos I estará, sin duda, formado por los siguientes personajes:

Presidente del Consejo.—El duque de Punto Final.

Ministro del Culto.—Vizconde del Paréntesis.

Ministro de la Guerra.—El brigadier Virgula.

Ministro de Justicia.—El comendador Dos Puntos de Vasconcellos.

¡Y serán terribles!

Para este rey es para el que se preparan tan buenas máximas de gobernación. Citemos otra, tremenda:

A lo que parece, el Sr. Coelho había dicho en una de las conferencias del Casino "que la ciencia en su dominio era independiente de la fe".

Pues bien, un colaborador eclesiástico de *A Nação* exclama encarándose mentalmente con el Sr. Coelho:

—¿Cómo osa el sabio decir que la ciencia puede ser algo sin la fe? ¡No, vanidoso! La ciencia no

puede dar un paso, un solo paso, sin ser auxiliada por la fe.

Queremos creer que ésta sea la verdad, en efecto; pero pensemos entonces cómo debe ser cruel y molesta la vida para aquel eclesiástico y para toda la redacción de *A Nação*. Imaginemos a unos de estos hombres piadosos, de noche, en bata, a la luz del velón, tomando la cuenta a la criada. Ya examinó las diversas partidas, y está haciendo la suma. La escena es solemne. Una luz mística baña el aparador. El gato estornuda.

—Tres y siete...—calcula el clérigo, sudando.

E inmediatamente se detiene. La ciencia bien le dice que 3 y 7 son 10; pero la ciencia no es nada sin el auxilio de la fe; y el hombre de Dios corre a consultar a San Agustín. Nada, sin embargo, enseña sobre esa materia el sublime Doctor. El eclesiástico dirige a la sirvienta una mirada tímida:

—Pronto, hija; bájame de ese estante la *Summa* de Santo Tomás.

Y la hojea.

Y para sumar las decenas interroga a San Atanasio, y para las centenas, a los Evangelios Comparados.

Ya es de madrugada: la criada dormita; la desvaída blancura del amanecer dibuja líneas pálidas entre las contraventanas cerradas; las golondrinas

gritan su gloria y su alegría; los rebaños balan; los árboles se despezan con los brazos al viento; Dios, el buen Dios, el Dios Justo, vive en la infinita transparencia de la luz...; y el pobre eclesiástico, lívido, soñoliento, aturdido, enterrado entre infolios, hojea el diccionario de Bergier, y a Bossuet, y a Noialles, y los Concilios de Trento y de Florencia, y a Orígenes, Lactancio, Juan Clímaco, Fleury, la cartilla cristiana, el Larraga..., para saber si por las leyes de la Iglesia le es permitido afirmar que 3 y 7 son 10.

Otra máxima de *A Nação*:

“La libertad y la igualdad son palabras impías e impuras.”

Por consecuencia, en el reinado legitimista, ningún hombre de bien, verdaderamente absolutista y verdadero jesuíta, se atreverá a pronunciar esos protervos vocablos. No los dirá nunca en los salones a las personas delicadas. Serán deshonestidades; ante ellas, las castas mejillas de los oyentes enrojecerán, y el ex Tártaro, vulgo infierno, no las perdonará nunca.

Así, el conde de A., al presentar al obispo de B. al señor Ferreira Fagote, antiguo constitucional, murmurará discretamente para eludir la sórdida palabra “libertad”:

—Me tomo... aquella que el pudor me impide

nombrar de presentar a vuestra reverencia al señor Fagote.

La palabra “igualdad” será también obligada a tomar el camino del destierro. Los diccionarios dirán:

—*Igualdad*: substantivo tan miserable, que ni aun tiene género; empleábase antiguamente en los artículos de fondo; hoy está castigado por el artículo 10 del Código penal.

Un maestro dirá, enseñando a leer a los párvulos:

—I-g-u-a-l, igual; d-a-d, dad: estercolero.

Todavía hay más. *A Nação*, en un artículo lírico y heroico, dice que la verdadera misión del país no es la industria: es la conquista. La pluma de pato de *A Nação* es, pues, una lanza disimulada. Todo el dolor de *A Nação* es que Cacillas no sea mora. Si lo fuese, *A Nação* vestía su armadura, e iba allá de un brinco. Pero Cacillas, la fiel Cacillas, no es mora, ¡ay!

A Nação condena la industria. *A Nação* juzga la industria como causa de la ruina moral del país. *A Nação*, para que se mantenga pura y sin mezcla la tradición heroica de Portugal, quiere que se prohíba la industria.

Por lo tanto, luego que *A Nação* triunfe y Puntos Suspensivos I suba la escalinata del trono, la industria será castigada por los códigos como per-

turbadora del orden y hostil a los destinos nacionales. Y los fiscales dictarán orden de prisión contra el insensato que, despreciando las leyes y afrentando el "sagrado depósito de nuestras instituciones", ose fundar... una jabonería.

Oiremos entonces en la Audiencia al señor fiscal, apuntando con su índice vengativo hacia el miserable encorvado por el dolor y el arrepentimiento en el banquillo de los acusados:

—Pues qué, señores jurados, ¿no advertís que el reo lanzó una mancha sobre nuestras tradiciones impolutas? ¿Le faltaba por acaso a ese infeliz dónde ejercer sus actividades? ¿No podía ir a recobrar El Cabo? ¿Por qué no partió bien armado hacia las regiones del Oriente? ¿No vió él a lo lejos el Africa adusta? Y, más cerca, ¿no vió la afrentosa Castilla?

Serán tiempos terribles. Habrá sociedades secretas para hacer corbatitas de seda; la vidriería de Vista Alegre pasará, transportada de ocultis, a una caverna. Los fabricantes de cajitas de obleas, ferozmente perseguidos, pegarán en las esquinas pasquines desesperados con esta frase: "¡Ciudadanos: o la oblea, o la muerte!"

La industria tendrá sus mártires, que fallecerán con heroísmo. Veremos subir a los cadalsos fabricantes de velas de sebo, exclamando con la sonrisa

iluminada y los ojos mirando a lo alto: "¡Sólo tú eres verdadero, oh, sebo!"

Y en los diarios saborearemos estas noticias:

"Detención importante.—El célebre Eduardo Compostela fué capturado ayer, con todos sus cómplices, en un obscuro cubil, donde se entregaba a la criminosa ocupación de refinar azúcar. El malvado hizo importantes revelaciones.

"Está siendo objeto de muchas censuras la conducta de algunos agentes de Policía, que destruyeron las pruebas del crimen..., comiéndolas."

A Nação tiene acerca de los conferenciantes del Casino esta admirable opinión:

Que ellos iban a hablar allí, no por su voluntad, sino por orden de una sociedad secreta.

Que ningún acto suyo es espontáneo, sino la ejecución de una orden de la Internacional.

Que nada les pertenece como propio: ni la acción, ni las ideas, ni el nombre.

De modo que si un conferenciante toma por la noche un sorbete en la *Aurea* es porque recibió por la mañana este siniestro telegrama:

"Comité Central.—7 mañana.—Esta noche tomé sorbete en café.—Conviene levantamiento clases obreras.—Cuestión sorbete mostrámonos intransigentes.—¡Viva la Comuna!—¡Que sea de fresa!"

Y el Sr. Anthero de Quental, de hoy en adelan-

te, tendrá que escribir así su nombre, con toda clase de salvedades: "Anthero, por decirlo así, de Quental, si me atrevo a expresarme de este modo."

¡Oh, *Nação*, tú eres grande!

Pero la más profunda idea de *A Nação* fué la de un artículo en que contestaba al Sr. Anthero de Quental. En esa ocasión le llamó fariseo, y lo describió como tal fariseo, "arrastrando entre la multitud la fimbria de su toga".

Así, según *A Nação*, el Sr. Quental anda vestido con una toga cuya fimbria arrastra entre las turbas que invaden la calle Nueva del Carmen.

Este error de *toilette*, que la *Gazeta do Povo* nunca cometería, es en cierto modo disculpable en *A Nação*. *A Nação* vive exclusivamente en el pasado, en la arqueología; no sabe que hoy se usa el frac; cree que aun se va de toga.

Si *A Nação* tuviese que describir un baile (en el caso de que pudiese interrumpir sus contemplaciones seráficas para dedicarse al examen de asuntos terrenales), he aquí cómo lo haría:

"Entonces, el noble marqués de Avila, levantando ligeramente la alba clámide, adelantó el coturno con gracioso movimiento. A su vez, don Carlos Testa alzó la túnica teñida de púrpura, e hizo *chaine de dames*, irguiendo los pámpanos... Tenían ambos las cabezas coronadas de rosas. En medio del fes-

tín, el noble presidente del Consejo recibió un papiro que un esclavo lacedemonio le presentó en dorada bandeja. Las damas, reclinadas en los triclinios, respiraban perfumes, y en sus ojos brincaba la risa. Circularon hasta tarde las copas de Falerno. El señor Macario tocó en el arpa eólica conciertos maravillosos. Viejos legionarios, encanecidos en el servicio de Marte, hacían, apoyados en sus espadas, la centinela de los atrios. En la vía aguardaban numerosas cuadrigas..."

¡*Nação*, *Nação*, buena amiga: no nos quieras mal! Tú eres vieja, fabulosamente vieja; tú eres de más allá de la tumba. Pero tienes el carácter firme. Y, en medio de la liviandad movediza de estos partidos liberales, tienes una ventaja: lanzaste el ancla en medio del Océano, y quedaste quieta. Estás podrida, llena de algas, de conchas, de residuos de peces; pero no has andado en el ludibrio de todas las olas y en la camaradería de todas las espumas. Tú serías excelente... si estuvieses viva. Pero eres un periódico-espectro. Estás tan viva como Eneas. Eres tan contemporánea como Telémaco.

¡Vuelve, *Nação*, cabe tus sombras queridas! Y presenta nuestros saludos cariñosos al señor D. Alfonso II, el Gordo.

Junio, 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI

EL DISCURSO DE LA CORONA, SU PRESENTE Y SU FUTURO

¡Singular temperamento el del discurso de la Corona! Todo el mundo está desengañado, y él tiene aún esperanza. Según él, el país florece, se enriquece y el paraíso se abre ante nosotros. Es dar un paso, hacer un leve esfuerzo y entrar para siempre en la tranquilidad augusta de la perfección.

Hay tan sólo un punto negro que asusta al discurso de la Corona: es la cuestión de la Hacienda. Sin embargo, cada vez que el discurso de la Corona aparece en público, promete resolver la cuestión de la Hacienda.

Todos habrán visto seguramente a un pequeñuelo jugando a la brisca con su hermano el mayor. Si el niño tiene mal juego, arroja las cartas sobre la mesa, las baraja y las confunde, riendo, y grita:

—De esta vez no vale, vamos a otra.

Pero si el juego que coge después es peor:

—¡Abajo!—grita de nuevo—. Este tampoco vale.
¡Ahora sí que va en serio!

Y arroja un tercer juego, y cada vez promete mayor seriedad, y cada vez provoca mayor confusión, y todo el mundo sonríe en derredor.

En ocasiones—funesto momento de las rebeliones humanas—el hermano mayor, cansado, termina por arrojar furiosamente a la cabeza del pequeño toda la baraja.

Pues bien, el discurso de la Corona tiene la misma política y la misma tenacidad del chiquillo que juega a la brisca. En el principio de cada legislatura el discurso de la Corona declara gravemente:

—Esta vez vamos a ocuparnos con toda seriedad de la cuestión de Hacienda...

Pero durante la legislatura sobreviene la confusión primero y la disolución como consecuencia. El Poder ejecutivo, que tenía mal juego, arrojó las cartas boca abajo. Surge otra Cámara. Vuelve a su ceremonial el discurso de la Corona, y dice:

—De la vez pasada no valió. Pero ahora sí que nos vamos a aplicar con el mayor celo a la cuestión de la Hacienda...

Y en esa legislatura, como la confusión es todavía mayor que en la otra, se hace necesaria una nueva disolución.

Y en las Cámaras que después son elegidas entra el discurso de la Corona y vocifera, sófocado:

—¡Ahora sí que es la cierta; en las otras veces, no; pero ahora con toda seguridad vamos positivamente a resolver la cuestión de la Hacienda!...

Y nada se resuelve; se cambian palabras vanas, se explotan lugares comunes, se ahondan disidencias mezquinas, y las cartas vuelven otra vez a la baraja. Y ahí retorna el discurso de la Corona a abrir de nuevo las Cortes, afirmando con la mano en el pecho:

—¡Vaya, señores, palabra de honor; ahora, a todo trance, inaplazablemente, hemos de resolver la cuestión de la Hacienda!

Nosotros presenciamos esto desde un rincón de la sala, con una atención distraída, mientras hierve el te; pero ya advertimos en el hermano mayor la insinuación del movimiento de arrojar las cartas a la cabeza del chiquillo.

Y, francamente, tiene razón. La terquedad de las criaturas, como la terquedad de las instituciones, llega a irritar.

De esta vez, sin embargo, el discurso de la Corona fué casi exclusivamente noticieril. El Poder ejecutivo, en un momento de adorable franqueza, confesó al Poder legislativo que S. M. el Emperador del Brasil había estado en Lisboa. Sin duda es

bastante censurable esta competencia que el discurso de la Corona hace al *Diario de Noticias*; pero, realmente, no puede proceder de otro modo. El discurso de la Corona tiene que hablar de algo al país. Pero ¿de qué? ¿De hechos de la vida política? ¿De acción civilizadora? ¿De cultura pública? ¿Y cómo, si nada se hizo, nada se civilizó, nada se pensó? El discurso de la Corona, en esta falta de hechos significativos de la vida pública, tiene que recurrir a detalles interesantes de la vida particular. No pudiendo hablar como una página de historia, habla como un chismoso paseante del Chiado. Su deber, en efecto, es resumir todo lo que políticamente se ha hecho en el interregno parlamentario. Pero si en ese interregno el hecho más característico de la vida nacional fué el marchar para Oporto la compañía del teatro *Gymnasio*, ¿qué remedio le queda al discurso de la Corona que dar parte de ese suceso constitucional?

Y aun oiremos, Dios mediante, el discurso de la Corona concebido en los siguientes términos:

“Dignos pares y señores diputados de la nación: Me hallo entre vosotros con el mayor placer. El consejero señor Pestana partió para Vizella. Va a aparecer en breve un nuevo diario de la mañana. Llegó a Lisboa el bergantín *Carolina*. Hoy hay callos en la taberna de la calle Augusta, núm. 108. El cam-

bista Fonseca espera a sus parroquianos. Vamos a ocuparnos con todo ahinco de las cuestiones de Hacienda. Queda abierta la sesión.”

Y como en virtud de la inacción política y del saber individual, cada vez mayores, no habrá dentro de poco ni ideas políticas que proclamar ni noticias particulares que referir, el discurso de la Corona se verá obligado, para decir algo, a recitar obras de imaginación:

“Dignos pares y señores diputados de la nación portuguesa: En una fría noche de invierno, un bulto misterioso caminaba, envuelto en una blanca capa, por los desfiladeros de Sierra Morena. Arrugaba su frente una gran amargura. Súbitamente se detuvo; había oído a los lados del despeñadero tenebroso un silbido lúgubre... Se continuará en la próxima sesión inaugural. Pasemos ahora a la cuestión de la Hacienda.”

Y más adelante, pasado tiempo, el discurso de la Corona murmurará, cada vez más vago:

“Dignos pares y señores diputados de la nación portuguesa:

“Era en otoño cuando yo tu imagen
vi a la luz de la luna seductora.
¿Te recuerdas, Elisa?...”

Y aplicaremos todo nuestro celo a la intrincada

cuestión de la Hacienda. Queda abierta la sesión."

¿A qué viene el discurso de la Corona? ¿Para qué obligar al jefe del Estado a repetir una vieja página de prosa que es hoy una negación de la verdad y una falsificación de la historia? El país está desorganizado: esta certeza nos la procuran las discusiones del Parlamento, las declaraciones de los ministros, las afirmaciones de la Prensa, las conversaciones de los ciudadanos. Por consecuencia, o el discurso de la Corona expresa rigurosamente la opinión y la conciencia del jefe del Poder ejecutivo (y entonces, ¿qué confianza nos puede inspirar este magistrado si demuestra ignorar completamente el estado de su país?), o no expresa opinión alguna..., y entonces, ¿qué seriedad tiene el jefe del Poder ejecutivo compareciendo ante el país para pronunciar palabras huecas y vanas cuando son necesarias frases decisivas?

Sabemos perfectamente que la Corona no es culpable del discurso que le obligan a recitar, como no es responsable de la desorganización en que la obligan a vivir. La desorganización es la consecuencia de una política ignorante y torpe; el discurso es la fórmula de un ceremonial antiguo y rococo. Pero ya que los Gobiernos no tienen la capacidad de impedir la desorganización, tengan por lo menos el pudor de suprimir el ceremonial. Y sea substituído

el discurso de la Corona por un franco y honrado "¡Buenos días, señores; tocan a sentarse!"

¿Sabe la Corona lo que lógicamente debía decir? Lo siguiente:

"Señores: Me hallo entre vosotros con el mayor desprecio, porque estoy cansado de vuestra imbecilidad, de vuestras intrigas y de vuestra negligencia. La situación exterior es ésta: somos lo que somos porque nos dejan serlo por misericordia. La interior es estotra: Hacienda en ruina, colonias explotadas por los extranjeros, Marina nula, industria entorpecida, clero ignorante e inmoral, una instrucción pública caótica, la vida municipal extinta, un funcionarismo desvergonzado, el pensamiento mudo, el carácter corrompido, los servicios públicos desorganizados, las leyes en confusión, la usura en triunfo, el proletariado en la miseria, etc., etc. Id y que el diablo cargue con vosotros. He dicho."

Así debía hablar la Corona.

Pero, así o de otra manera, que sea sobre todo ateniéndose a la gramática portuguesa. ¿Qué significa la construcción de períodos a la inglesa que puedan verse en el discurso de la Corona? ¿Qué furor británico le ha asaltado para colocar los adjetivos antes que los sustantivos? ¿Es por adular a la *pérfida Albión*? ¿Hemos roto el tratado de Methuen, para irnos a esclavizar al tratado de gra-

mática de Sadleny? ¿A qué vienen esas expresiones tan repetidas de “pública Hacienda”, “nacional riqueza”, etc.? ¿Son influencias de la política inglesa?

Confiemos en que nunca tendremos que descender a la humillación de oír a la Corona, por consideración a nuestros fieles aliados, expresarse de este modo ante el país:

“Dignos pares y señores diputados de la portuguesa nación: Feliz me hallo por me sentar entre el nacional Parlamento, dando principio a las nacionales lides. Es necesario que veamos por la pública administración para mantener las patrias libertades. Sin el constitucional decoro no hay públicas garantías. La nacional Hacienda merecerá el mayor celo al legislativo Poder. El ejecutivo Poder mantendrá las publicadas leyes. Queda abierta la ordinaria sesión de las portuguesas Cámaras. *All right!*”

Junio, 1871.

XII

TUMULTOS EN EL PARLAMENTO

Escribimos en el primer número de *As Farças*: “Las sesiones de la Cámara carecen de seriedad. Allí reina el tumulto, la confusión, etc.”

Una nueva justificación de esta verdad apareció en la sesión del día 29.

Hablaba el señor presidente del Consejo de ministros. Hubo un momento en que su excelencia, o cometió un error de gramática, según dicen algunos periódicos, o arrojó desdeñosamente a la circulación la elocuente palabra *bomba*, según la afirmación de otros. El hecho es que la mayoría entendió que la mejor manera de manifestar al señor presidente que no tenía confianza en su política era abuchearlo. Y la patria debe agradecer a los señores diputados que no hubiesen arremetido a bastonazos contra Su Excelencia.

El señor presidente, para esclarecer la causa de aquel tumulto, se atrevió a inquirir tímidamente si

mática de Sadleny? ¿A qué vienen esas expresiones tan repetidas de “pública Hacienda”, “nacional riqueza”, etc.? ¿Son influencias de la política inglesa?

Confiemos en que nunca tendremos que descender a la humillación de oír a la Corona, por consideración a nuestros fieles aliados, expresarse de este modo ante el país:

“Dignos pares y señores diputados de la portuguesa nación: Feliz me hallo por me sentar entre el nacional Parlamento, dando principio a las nacionales lides. Es necesario que velemos por la pública administración para mantener las patrias libertades. Sin el constitucional decoro no hay públicas garantías. La nacional Hacienda merecerá el mayor celo al legislativo Poder. El ejecutivo Poder mantendrá las publicadas leyes. Queda abierta la ordinaria sesión de las portuguesas Cámaras. *All right!*”

Junio, 1871.

XII

TUMULTOS EN EL PARLAMENTO

Escribimos en el primer número de *As Farças*: “Las sesiones de la Cámara carecen de seriedad. Allí reina el tumulto, la confusión, etc.”

Una nueva justificación de esta verdad apareció en la sesión del día 29.

Hablaba el señor presidente del Consejo de ministros. Hubo un momento en que su excelencia, o cometió un error de gramática, según dicen algunos periódicos, o arrojó desdeñosamente a la circulación la elocuente palabra *bomba*, según la afirmación de otros. El hecho es que la mayoría entendió que la mejor manera de manifestar al señor presidente que no tenía confianza en su política era abuchearlo. Y la patria debe agradecer a los señores diputados que no hubiesen arremetido a bastonazos contra Su Excelencia.

El señor presidente, para esclarecer la causa de aquel tumulto, se atrevió a inquirir tímidamente si

se hallaba en una plaza pública. La pregunta, como se ve, era excesivamente ociosa. En una plaza pública nunca hay tales gritos ni tales tumultos, porque la policía interviene y obliga a evacuar el sitio. Impunemente, al abrigo de las instituciones, sin ingerencia de la policía, un escándalo tan sólo se puede dar en la Cámara de los Diputados. En ninguna otra parte es permitido por los reglamentos ser tan excesivamente algarero. El caso es que la mayoría, para reprobar al señor presidente que se consideraba ofendida por aquella designación de plaza pública, prorrumpió en un alarido tal como no es costumbre hacerlo más que en la plaza de toros; todo para demostrar bien claramente que no era un grupo de "mozos de forcado" el que estaba allí, sino un cuerpo de legisladores. Muchas palabras gruesas hicieron entonces por primera vez su entrada en la Cámara, y, también entonces, el presidente del Consejo envió en compensación el epíteto "maleducados" a cumplimentar y abrazar a los representantes del país.

La gritería, el motín, los sarcasmos, la confusión y el desorden crecieron tan constitucionalmente, que el clérigo señor Ayres de Gouvella, diputado, se caló furiosamente su sombrero de copa. Después de este gesto, lleno de abnegación nacional, cesó la tempestad. Se dice que algunos señores diputados

fueron felicitados al salir por los más asiduos concurrentes a los tendidos de sol de la plaza del campo de Santa Ana que se hallaban presentes. Las tribunas habían permanecido impasibles. Tal fué esta memorable sesión, en que la altura de las ideas compitió con el vigor de la elocuencia.

Parece, pues, definitivo que el Parlamento ha adoptado el motín y la batahola como forma de sus trabajos. Ya habéis visto la sesión del 1.º de junio. ¿Queréis asistir a la del 29 de julio? He aquí su extracto fidelísimo:

El orador, terminando su perorata.—Y así fué, señor presidente, como ocurrieron los hechos.

El señor Luciano de Castro, interrumpiendo con grandes puñetazos sobre el pupitre.—El ilustre diputado dice una refinadísima mentira.

Voces.—¡Bien, bravo!

El orador, volviéndose y desabrochando su chaleco.—¿Mentiras?... ¡Oh, descarado! (¡Bravo, bien!) Señor presidente, no puedo consentir que un belitre intente entrar en mi fuero interior.

Voces.—¡Fuera, fuera!

El señor Coelho do Amaral, apaleando con dignidad al señor Barros y Cunha.—De esta manera pruebo, señores diputados, que el señor Barros y Cunha no tiene razón alguna en los principios que ha establecido.

El señor Carbalho.—Pero la dictadura fué nefasta; y no hay ningún galopin que me demuestre lo contrario... (Enciende un cigarrillo.)

El señor Coelho do Amaral, continuando el apaleamiento.—¡No me interrumpen el discurso; no me lo interrumpen!

El presidente de la Cámara, dirigiéndose a varios diputados.—Sus señorías no tienen derecho a interrumpir zurras que el reglamento garantiza. (Gran gritería.)

El presidente del Consejo.—¡La Cámara se está hundiendo en la más profunda abyección! (Pronunciadas estas palabras, el señor presidente del Consejo sucumbe bajo una lluvia de bastonazos.)

El señor José Dias, batiendo con su bastón sobre el pupitre para llamar a un ujier.—¡Dos cafés con tostada!

Una voz.—¡A mí, media botella de Collares!

El señor Pinheiro Chagas, tumbado, con aire melancólico:

“¡Oh virgen pálida y triste,
blanca visión de otros cielos!”

El señor Ayres de Gouvella.—¿Qué dice este hombre?

Voces.—¡Fuera, fuera!

Las oposiciones arrojan cebollas al señor Pinheiro.

Chagas. Algunos señores diputados gruñen obsesiones que el ruido impide que lleguen a la mesa de los taquígrafos.

El orador.—¿No quiere escucharme la Cámara? Pues bien, pasaré a otros argumentos. (Distribuye varios garrotazos.)

Tumulto. El señor presidente arroja la campanilla a la cara de la mayoría y el tintero al rostro de la oposición. Algunos señores diputados mayan. El señor Santos y Silva, en el colmo de la indignación, se pone a dar volteretas. El señor Campos distribuye una prodigiosa cantidad de puntapiés.

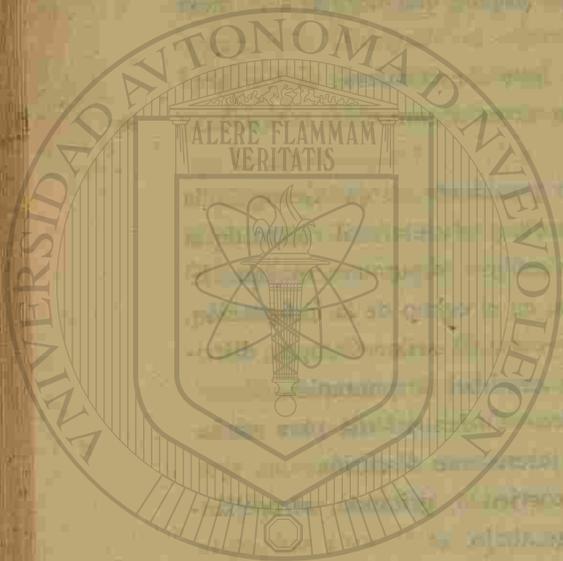
El señor presidente.—Orden del día para mañana: continuará esta interesante discusión.

La Cámara sale corriendo, gritando, atropellándose por las escaleras abajo.

Los ujieres recogen los cascotes de las botellas de Collares...

La política llegó a tal miseria, que ni la urbanidad instintiva cohibe a los hombres.

Julio, 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII

EL GRAN VALOR DE "SU EXCELENCIA"

Se habló mucho durante este mes de un acto de gran valor realizado por Su Excelencia.

Fué el caso que Su Excelencia subía en un carruaje la cuesta de San Benito con dirección a las Cortes, cuando un policía advirtió al cochero que no estaba permitido el paso. Su Excelencia, con admirable presencia de ánimo, asomó la cabeza por la portezuela, con grave riesgo de su vida, gritando al importuno: "¡Atrás!", y ordenando al cochero: "¡Adelante!" Un poco más allá, nuevo peligro. Otro policía hizo detener el coche. Su Excelencia, repitiendo la heroica hazaña, reprendió al policía y volvió a gritar con aire marcial al auriga: "¡De frente!", y tomó el reducto; esto es, subió la rampa. La historia registra pocas veces rasgos tan altivos. ¡Aun no secaron los laureles de Montes Claros!

Algunos diarios—la Prensa envidiosa empeque-

ñece a los héroes—dedicaron a este hecho agrias censuras fuertemente razonadas.

Quisieron dar a entender que Su Excelencia pretendió colocarse, ridícula y presuntuosamente, en un plano superior a los reglamentos de policía; que Su Excelencia, militar, dió el ejemplo del desacato a la disciplina militar; que Su Excelencia, jefe de policía, tornó irrisorias las disposiciones policíacas; que Su Excelencia, legislador, enseñó el desdén hacia la ley; que Su Excelencia, hombre de bien, que debe cumplir con su deber, reprendió a dos hombres por el hecho de cumplir con su deber; que Su Excelencia obliga a las personas de buen sentido a recordarle que no es precisamente el tirano Nabucodonosor, sino un jefe obscuro de una milicia civil, y que la fama de su nombre aun no pasó de Capillas, y sólo a costa de muchos esfuerzos va consiguiendo abrirse camino hacia el lado de Aldea Gallega.

Esto dijeron algunos maldicientes. Nosotros, sin embargo, que acostumbramos buscar la realidad secreta de los hechos bajo su apariencia exterior, decimos atrevidamente que ese acto sólo prueba en Su Excelencia exuberancia de todo brío guerrero.

Su Excelencia es un hombre valiente; se batió bien. Pero las guerras acabaron, y Su Excelencia está como un hombre gordo que no hace ejercicio. Su Excelencia sufre de exceso de valor, como ese

hombre sufriría de exceso de sangre. Su Excelencia tiene congestiones de brío. El coraje le produce vértigos como a los sanguíneos la abundancia de vida. Y ya verán ustedes cómo acabará por hacerle salir furúnculos.

Imagínense un hombre fuerte, ansioso de dar batallas, palpitante por tomar reductos, sediento de sangre enemiga, viviendo burguésmente y pacatamente en la Baixa, o en el cuartel del Carmen, y teniendo por única gloria estratégica destacar patrullas en el Arco de la Bandera, y por único tronar de artillería los cohetes del señor Cardins. Un bravo en estas circunstancias acumula dentro de sí, desde la garganta hasta el estómago, cantidades prodigiosas de furor guerrero. A cada movimiento que hace le suben a la cabeza y le vienen a la boca ondas de ardor bélico. Añadan a esto la atmósfera militar en que en esta época se mueve y respira: guerras en el Rin, guerras civiles, provincias conquistadas, ciudades que arden, nombres de generales heroicos que traen y llevan los telegramas, el ruido, el fulgor de la gloria, la inmortalidad en la Historia...; y él, Su Excelencia, condenado, por toda acción brillante, a reprender al 73 de la 2.^a porque hurtó un corraje al 48 de la 5.^a

Esta castidad en la lucha pesa a Su Excelencia. Su Excelencia necesita dar satisfacción a las exi-

EÇA DE QUEIROZ

gencias de su temperamento; y Su Excelencia está viudo de gloria. Por eso, al más pequeño motivo, Su Excelencia, de dentro del diputado de la mayoría saca al héroe de la guardia municipal.

Hubo un tiempo, feliz entre todos, en que Su Excelencia anduvo haciendo la gran guerra contra los vagabundos. Entonces Su Excelencia vivía en el agudo interés de la lucha y de las conmociones soberbias. Era el tiempo de las dobles patrullas y de los grandes encuentros en la calle Nueva del Carmen. Entonces, cuando los guardias avanzados le decían: "Hay gente maleante hacia el lado de Bitesga", Su Excelencia respondía corriendo: "¡San Jorge y Portugal!" Y partía.

Y el nombre de Su Excelencia aparecía en los telegramas que algún corresponsal de Lisboa enviaba a *El Clamor de Alpedriña*.

Otras veces eran bultos sospechosos que habían entrado en una casa a horas desusadas. Su Excelencia corría, les cercaba, les bloqueaba, les dejaba un cuerpo de ejército compuesto de Benito, de la quinta; otro compuesto por José Perfecto, de la primera... Pero, ¡ay!, los bandidos que Su Excelencia sorprendía minando las instituciones eran pacíficos miembros de la Cofradía de las Llagas.

Ese período épico ha terminado. El mundo cada vez se torna menos interesante y Su Excelencia está

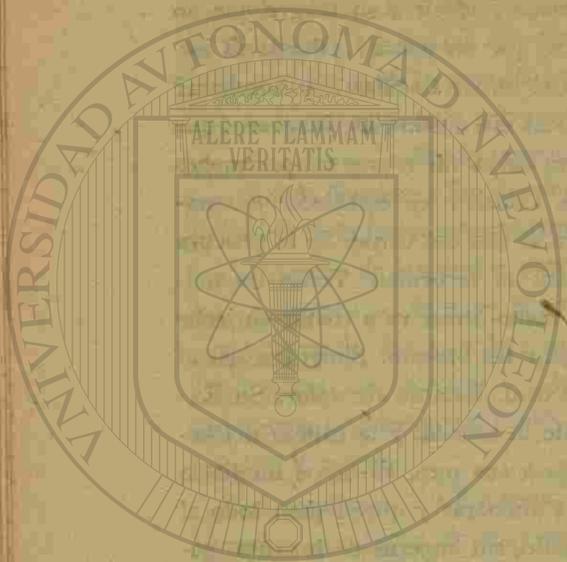
UNA CAMPANA ALEGRE

de nuevo en disponibilidad heroica. Por eso atacó con tan enérgica arremetida a los dos policías. ¿Tiene él la culpa? ¿Puede él decir a su sangre que no corra y a su espada que no venza? ¿Puede él impedirse a sí propio el tomar Cacillas... y horchata?

Ahora bien, en estas circunstancias, juzgamos que hay una sola manera de salvar a este temperamento fatalmente belicoso. Consiste en establecer un matadero de reses para el uso del héroe. Se le procura así un calmante para su ferocidad. Todas las mañanas, el guerrero, como quien va a tomar su leche de burra, iría a matar un becerro. Sangraría así al buey y a su propio brío. Rabioso de valor, Su Excelencia llega, blande la espada, y la cabeza del becerro enemigo rueda a sus pies. El héroe limpia la espada, se marcha a almorzar y queda para todo el día reposado, tranquilo, sin ímpetus de bravura, pacífico como una berza. Y la policía entrará de nuevo en el disfrute de su dignidad y de su piel.

¡Así sea!

Julio, 1871.



XIV

EL EJERCITO EN 1871

Se dice (¡quién sabe si es una torpe calumnia!) que el Gobierno va a tener el impudor de consentir que se discuta el presupuesto general del Estado. Es natural que en esa melancólica ocasión se discuta también el presupuesto especial del muy belicosamente llamado Ministerio de la Guerra. Contando con tal eventualidad, trazamos sobre estas páginas algunas amables reflexiones.

Se asegura que en eso que en los informes se llama pomposamente el *Ejército* se gastan anualmente 20 millones de pesetas. Y decimos se "asegura" porque se hace difícil averiguar la exacta verdad, siendo como es el presupuesto un secreto inviolable.

Si se estudia bien la utilidad de nuestro Ejército, tenemos ocasión de lanzar algunas francas y fuertes carcajadas, dignas de Homero.

La primera utilidad de un Ejército es que se bata.

Por el número de soldados (batallones incompletos, cuadros rareados, etc.), estamos como después de una derrota, al cabo de veinticuatro años de paz.

Su armamento es ineficaz en absoluto. Está probado científicamente que, después de media hora de fuego, los fusiles de nuestro Ejército se pasarían al enemigo... reventados en astillas. Cuando no revientan, su alcance es humanitario. Queremos decir que las balas quedan a la mitad del camino del adversario.

Verdaderamente, nuestro Ejército sólo podría alcanzar al enemigo corriendo detrás de él; pero para eso le faltan soldados. En realidad, para tan poco armamento, más valdría que tuviesen un taparrabos y una flecha.

En lo que se refiere a nuestra artillería, existe un solo medio de perjudicar con ella al enemigo; consiste en hacerlo prisionero, colocarlo bien atado a cuatro palmos de distancia de la boca de la pieza, procurar no errar el tiro y conseguir así inutilizarle... la barretina.

El equipo es nulo. Ni tiendas de campaña, ni cocinas, ni transportes. Ningún aparato de marcha, ningún material de campamento.

El soldado portugués es bravo, firme, sufrido; tiene la videncia de la arremetida, como el toro. Pero en las guerras modernas estas cualidades son inútiles. Se ha comprendido ya que una pieza de artillería es un soldado más sufrido y más firme que cualquier hijo de Adán.

Estos grandes duelos de artillería exigen en el soldado otras cualidades además del valor; exigen, sobre todo en los Estados Mayores, la ciencia de la estrategia. Nuestros generales no tienen ciencia; han tenido antes, en la mocedad, bravura y pulso; después vivieron los años; perdieron la fuerza cuando, en verdad, ya no era necesaria, pero no ganaron la ciencia cuando ella era indispensable.

Los regimientos carecen de instrucción. No tienen el hábito del campamento, de la fatiga, de las marchas. No tienen puntería. La disciplina está relajada; no hay respeto ni subordinación. No existe tampoco el espíritu militar, el brío cuartelero, el amor al arma. El soldado vive en la ciudad en una indolencia de paisano: fuma, enamora, canta el fado; es un campesino que procura sufrir los cinco años de uniforme lo más alegremente posible.

No sirviendo el Ejército para la guerra, podía acaso servir para funciones de policía.

Pero no sirve. En las ciudades de segundo orden, los regimientos viven ociosos. En esas ciudades no

hay patrullas, ni rondas, ni centinelas; las calles, estrechas, sucias, mal alumbradas, son un terreno libre para el desorden. Nada más natural que aprovechar los ocios del regimiento para patrullar en la ciudad. Pero no; el regimiento se acuesta a las nueve para que no le moleste el aire de la noche. Los que vigilan vagamente, sin grandes cuidados y sin resistencia, son los cabos de policía. Y los cabos de policía son ciudadanos que hacen este servicio obligatorio y gratuitamente. Esto es, ciudadanos que tienen su trabajo, su familia, sus deberes, y sufren aún la obligación de mantener graciosamente la tranquilidad pública. Mientras que hombres que no tienen familia ni trabajo, precisamente para que puedan mantener el orden con más libertad; que no tienen otros deberes que no sea ese, y que para eso son pagados, se acuestan a las ocho de la noche, después de haber paseado desde las ocho de la mañana. ¡Oh, buen sentido! ¡Oh, Patria nuestra!

El Ejército, de este modo, es una ociosidad organizada.

¿Conviene, por lo menos, tener Ejército para el caso de una revuelta?

En este caso el Ejército sería inútil también. En Portugal el Ejército no se bate tranquilamente con el pueblo; el Ejército es aquí una parte de pueblo uniformada. En Francia el Ejército es un mundo

aparte, desterrado en sus cuarteles, en sus campamentos, con ideas, hábitos y sentimientos propios, sin comunicación con el pueblo, al que llama *bourgeois* y *pekin*, y no tiene nunca la menor vacilación en disparar contra él. En Portugal el soldado vive con el pueblo: salió de él, volverá pronto para él, está con él en diario contacto, bebe en las mismas tabernas, canta sus mismas canciones, baila en las mismas romerías: es todavía un ciudadano civil. Y no dispara contra el ciudadano. Cuando más, se limita a no pagarle nunca el vino.

De modo que el Ejército en Portugal es inútil para la guerra, inútil para una labor de policía, inútil para reprimir una revuelta...

¿Para qué sirve entonces? Para gastar 20 millones de pesetas.

Hay más: un Ejército solo por sí mismo es inútil si no forma parte de una organización militar completa.

Y ¿dónde están nuestras plazas fuertes? ¿Dónde nuestra artillería, nuestros arsenales, nuestros campos atrincherados, nuestras fábricas de armas para un caso de peligro, nuestros fuertes, nuestros caminos estratégicos? Nada tenemos, a no ser el buen sentido cerrado, la frontera abierta y unas piezas de artillería, ya disparadas por Camoens, lo cual es muy poético, pero inservible.

E Ç A D E Q U E I R O Z

Se nos dirá: "¡Pero nosotros no somos un país militar!"

Entonces, hagamos lo que hacer se debe en un país que no es militar. No gastemos 20 millones de pesetas tan improductivamente como si los empleásemos en cajas de soldados de plomo. Licenciemos el Ejército y creemos para substituirle un Cuerpo de gendarmería civil y una guardia nacional, con servicio obligatorio para todo ciudadano válido.

De esta manera alcanzábamos:

- 1.º Economizar 20 millones de pesetas o, por lo menos, 15 millones.
- 2.º Reintegrar a la agricultura unos cuantos miles de brazos útiles.
- 3.º Hacer eficaz la defensa nacional.
- 4.º Establecer en todos los distritos del país un servicio de policía, que es de necesidad inaplazable.

Aun podríamos citar una quinta ventaja; pero no la exponemos temiendo que la Corte nos mandase asesinar.

Julio, 1871.

XV

LA MARINA Y LAS COLONIAS

Padecimos en este mes un pánico patriótico: hemos creído que íbamos a perder Macao. China, según se afirmaba, había intimado a Portugal a evacuar aquella colonia, en donde sólo debía reinar la coleta.

Fué acusado acremente el Gobierno; la Baixa se pobló de comentaristas, y el orgullo nacional de la calle de los Retroceiros (1) pareció profundamente herido. Corrió el rumor de que el señor Carlos Bento, como en otros tiempos Caín, oía en las altas horas de la noche voces vengativas que le gritaban:

—¿Qué has hecho de Macao, Bento?

Mientras tanto, el Gobierno, para tranquilizarnos, vociferaba desde las columnas del *Diario del Gobierno*:

—¡No, portugueses, no; Macao aun es vuestro!

(1) Retroceiro: vendedor de seda torcida.

Se nos dirá: "¡Pero nosotros no somos un país militar!"

Entonces, hagamos lo que hacer se debe en un país que no es militar. No gastemos 20 millones de pesetas tan improductivamente como si los empleásemos en cajas de soldados de plomo. Licenciemos el Ejército y creemos para substituirle un Cuerpo de gendarmería civil y una guardia nacional, con servicio obligatorio para todo ciudadano válido.

De esta manera alcanzábamos:

- 1.º Economizar 20 millones de pesetas o, por lo menos, 15 millones.
- 2.º Reintegrar a la agricultura unos cuantos miles de brazos útiles.
- 3.º Hacer eficaz la defensa nacional.
- 4.º Establecer en todos los distritos del país un servicio de policía, que es de necesidad inaplazable.

Aun podríamos citar una quinta ventaja; pero no la exponemos temiendo que la Corte nos mandase asesinar.

Julio, 1871.

LA MARINA Y LAS COLONIAS

Padecimos en este mes un pánico patriótico: hemos creído que íbamos a perder Macao. China, según se afirmaba, había intimado a Portugal a evacuar aquella colonia, en donde sólo debía reinar la coleta.

Fué acusado acremente el Gobierno; la Baixa se pobló de comentaristas, y el orgullo nacional de la calle de los Retroceiros (1) pareció profundamente herido. Corrió el rumor de que el señor Carlos Bento, como en otros tiempos Caín, oía en las altas horas de la noche voces vengativas que le gritaban:

—¿Qué has hecho de Macao, Bento?

Mientras tanto, el Gobierno, para tranquilizarnos, vociferaba desde las columnas del *Diario del Gobierno*:

—¡No, portugueses, no; Macao aun es vuestro!

(1) Retroceiro: vendedor de seda torcida.

La verdad parece ser que Macao está aún sujeto a la metrópoli por algunos telegramas que se están cambiando entre el gobernador de allá y el Gobierno de aquí. Diríamos que está preso *por un hilo*, si tan lamentable equívoco se pudiese escribir cuando se trata del orgullo nacional y de la Baixa.

Las relaciones de Portugal con sus colonias son originales. Ellas no nos dan rendimiento alguno; nosotros no les damos ni una sola mejora: es una sublime lucha de abstenciones.

—¡No—exclaman ellas mirando de reojo a la metrópoli—, mayor rendimiento que el de este año, que fué ninguno, no eres tú capaz de cogernos, malvada!

—¡También—responde oblicuamente la Metrópoli—en mayor desprecio no sois capaces de estar!

Cuando mucho, la metrópoli envía a las colonias un gobernador. Agradecidas, las colonias remiten a la madre patria una banana. Y ante este gran movimiento de intereses y de cambios recíprocos, Lisboa exclama:

—¡Qué riqueza la de nuestras colonias! Positivamente somos un pueblo de navegantes.

Es necesario, no obstante, hacer justicia a la metrópoli. La metrópoli tiene ciertas generosidades considerables para con las colonias. Así, con las Azores, que no son una colonia más que por la distan-

cia, por el abandono, por la separación de intereses, sigue todos los procedimientos coloniales. Portugal para con las Azores es inagotable... de magistrados. A veces los periódicos de las Azores, tomando un aire severo, se vuelven hacia la metrópoli y le gritan en el rostro:

—¡Madrastra!

El Reino les envía inmediatamente, con el mayor celo..., dos magistrados.

Pero de allí a poco, las Azores, inquietas, comienzan a decir que no sería malo tentar a los Estados Unidos. El país se alarma, y para lisonjear a las Azores les manda más magistrados. De todos los barcos, las Azores, aterradas, ven desembarcar turbas de magistrados. Ya aquella fértil tierra está toda ennegrecida por la abundancia de magistrados.

—¡Basta—exclaman las Azores sofocadas—, basta de segundas instancias!

Y la metrópoli, inagotable en su amor, continúa impasible vertiéndoles en su seno cataratas de magistrados.

Igual generosidad demuestra con sus posesiones de Africa, que esas sí son verdaderas colonias. Para tales tierras, la metrópoli es un incesante proveedor de malvados. Pero malvados escogidos inteligentemente. Un sujeto que haya cometido la bajeza de robar tan sólo 5.000 reis nunca podrá as-

pirar a formar parte de la sociedad de Loanda. Para ser remitido como obsequio de la metrópoli es preciso haber sondado con la navaja las entrañas de un amigo querido. Podrá suponerse que Mozambique y compañía reciben estas dádivas con bien poco entusiasmo. Pues no. Las posesiones de Africa están contentas. Tiempos han de llegar en que el que quisiese en Mozambique o en Angola un criado, un novio, o un amigo, esperará la remesa de los facinerosos. Los comerciantes irán diciendo con aire pensativo:

—¡Esto va mal! No hay cajeros de confianza. Los ladrones de esta vez tardan.

Y un sujeto será presentado de esta manera en una casa particular:

—El señor Fulano, que tuvo la honra de asesinar a su propio padre el año pasado.

—¡Oh, mucho gusto en conocerle!

—Y la señora Fulana, ladrona muy conocida en la sociedad de la Boa-Hora.

—Entonces, tenga la bondad de sentarse.

Con estas generosidades es con las que el Gobierno responde victoriosamente a aquellos que van afirmando falsamente que el país desprecia las colonias; que ellas están abandonadas a una débil iniciativa particular, sin estímulo, sin protección, sin tranquilidad; que la energía individual sólo puede

ser fecunda en un país bien organizado; que en las colonias no hay garantías de seguridad, ni atención para el comercio, ni policía, ni higiene, ni instrucción; que todo vive allí en el desorden, en el descuido, en una antiquísima rutina; y que la única actividad es la del extranjero que las explota de hecho, a pesar de poseerlas nosotros de derecho.

Pero, señores, antes de seguir adelante debemos recordar que nosotros no tenemos Marina. Caso extraño: Nosotros tenemos Marina por causa de nuestras colonias, y, justamente, nuestras colonias no prosperan porque no tenemos Marina. Sin embargo, nuestra Marina, ausente de los mares, surca profundamente el presupuesto, una gran parte del cual le está exclusivamente destinada.

¿Qué realidad corresponde a esta fantasmagoría de las cifras? Unos cuantos navíos defectuosos, viejos, decrepitos, casi inútiles, sin artillería, sin condiciones de navegación, con las jarcias podridas, la arboladura apolillada y la historia oscura. Es una Marina inválida. El *Don Juan* tiene cincuenta años; la brea encubre sus canas; su mayor deseo sería echar las anclas y reposar convertido en casa de baños. El *Pedro Nunes* está en tal estado, que si fuese vendido produciría una cantidad que el pudor nos impide consignar. El Estado podría com-

prar un sombrero en el Roxo con el producto del *Pedro Nunes*, y no le sobraría nada.

El *Mindello* tiene una manía: se acuesta. En alta mar, todas sus tendencias, todos sus esfuerzos son para acostarse. Los oficiales de Marina que embarcan en ese buque hacen testamento. El *Mindello* es un esquife a vapor.

El *Napier* salió un día para una de nuestras posesiones. Consiguió llegar allí; pero, exhausto, no quiso, no pudo volver. Se le pidió, se le recordó la honra nacional, se le citó a Camoens, al señor Melicio, a todas nuestras glorias. El *Napier*, insensible, como muerto, no se movió.

De las ocho corbetas que poseemos, son inútiles para el combate o para el transporte todas las ocho. Ni están construídas para entrar en fuego ni disponen de capacidad para conducir tropas. No tienen aplicación. Existe la idea de alquilarlas como hoteles.

Nuestra escuadra es una colección de balsas disfrazadas. Y este gran pueblo de navegantes se halla reducido a admirar el vapor de *Cacilhas*.

Un único mérito poseen estos navíos para el caso de una agresión del extranjero: imponerse por el respeto de su edad. ¿Quién osaría faltar a las canas de estos ancianos?

Se ha intentado ya muchas veces introducir en

las filas de estos buques caducos algunos navíos nuevos, ágiles, robustos. Se intentó primero comprarlos.

Sucedió así en el caso de la corbeta *Hawks*. Esta corbeta era el armazón de un navío británico, que el Almirantazgo mandaba vender como madera, como se vende un libro al peso. Por ese tiempo, el Gobierno portugués, mayorazgo de provincia, ingenio y generoso, trabó conocimiento con la *Hawks*, y la compró. Y cuando más tarde, para memoria de la monarquía, quiso hacer uso de ella, la *Hawks*, con un impudor abyecto se le deshizo entre las manos. Estaba podrida. Ni fingir supo. Había costado muchos miles de libras.

Se intentó entonces construir en Portugal. Se sabía que el Arsenal era una institución verdaderamente informe: ni oficinas, ni instrumentos, ni ingenieros, ni organización, ni dirección. Se intentó todavía, a pesar de todo esto, y se logró hacer en los astilleros el casco del *Duque da Terceira*. Fué a ponerse las máquinas a Inglaterra. Y allí se descubrió que el tierno *Duque da Terceira*, de tres meses de edad, tenía el fondo podrido. Fué necesario gastar con él más de 100.000 duros.

Nueva tentativa. Entra en los astilleros el *Infante Don Juan*. Sale para ir a ponerse las máquinas en Inglaterra. También tenía los fondos podridos.

El Arsenal perdía la cabeza. Aquella podredumbre comenzaba a presentarse con un carácter de insistencia verdaderamente antipatriótica. Los ingenieros ingleses ya no se aproximaban a nuestros navíos sino en la punta de los pies y con el pañuelo en las narices. Las construcciones sólidas del Arsenal sucumbían de podredumbre fulminante. El *Infante Don Juan* nos costó durante su permanencia en Inglaterra más de 100.000 duros.

El Arsenal, humillado en el género *navío*, comenzó a intentar la especialidad *lancha*. Hizo una a vapor. Se lanzó al Tajo; hubo alegría nacional, colgaduras, cohetes, banderolas... y la lancha no anda. Se le da toda su fuerza, gime la máquina, rechinan los costados, y la lancha, inmóvil. Però de repente hizo un movimiento... Alegría inesperada, seguida de una desilusión. La lancha retrocedía. Era un soplo de la brisa lo que la hacía andar. Y en todas las experiencias la lancha retrocedía con extrema amabilidad; brisa o corriente, algo la movía, pero siempre hacia atrás. Hacia adelante no marchaba. El Arsenal había hecho, por lo visto, una lancha de vapor que sólo podía avanzar tirada por bueyes. El país rió durante un mes. El Arsenal tragó la humillación, y ensayó a producir queches. Aun lo hemos de ver, en el ramo de construcción de madera, dedicarse a la fabricación de palillos para los dientes.

Nuestra gloria, incuestionablemente, la constituye la *Estephania*. Parece que pocas naciones poseen un buque de guerra tan bien tapizado. El orgullo de aquel navío es rivalizar con las habitaciones del Hotel Central. Es un salón surto en el Tajo. Y en el Tajo, realmente, está bien. En alta mar, no; allí se marea; no nació para aquello: un navío es un organismo, y como tal puede tener vocaciones; la vocación del *Estephania* es ser un gabinete de *toilette*. Es pacata como un consejero. Es una fragata del Tribunal de Cuentas. Por eso, cuando la quisieron llevar a Suez, ¡cuántos disgustos dió a su patria, cuántas canas hizo salir a la honra nacional! Verdad es que las cuerdas nuevas de la Cordelería Nacional quebraban como hilos, y nadie les puede disputar que tuviesen ese derecho. La marinería tampoco quiso subir a las vergas; opinión respetable, porque la noche estaba fría. Cierta es que algunos aspirantes lloraron, pero fué por entusiasmo hacia la patria, y, finalmente, el capellán quiso correfesar a toda la tripulación.

Se habló mucho del caso en aquel tiempo, y se le celebró más que si se tratase del descubrimiento de la India. El hecho es que desde entonces brilla en el Tajo, tranquila, reluciente y vanidosa, la *Estephania*, corbeta amueblada por los Sres. Gardé y Raúl de Carvalho.

Con tal Marina, ¿cómo pueden prosperar las colonias? Dentro de un poco tiempo, cuando la edad vaya inutilizando en absoluto estos antiguos buques de guerra, el Gobierno no tendrá quien le lleve a las colonias un regimiento, una orden, un oficio. Lo vemos, para vergüenza eterna de una de las calaveras de Vasco de Gama, pedir a la marina mercante el patache *Constancia*, con el fin de acudir a Timor. Ha de llegar a recurrir a las falúas de Alcochete. Y más tarde, por nuestra pobreza progresiva, la comunicación con las colonias tendría que ser hecha de viva voz. Cuando hubiese un oficio que remitir a un gobernador colonial, irá un amanuense de la oficina al muelle del Tajo, y allí, volviéndose hacia el Sur, gritará al espacio y a los vientos:

—Ilustrísimo y excelentísimo señor...

Y las soledades del Océano repetirán, gimiendo:

—Ilustrísimo y excelentísimo señor...

Además, sucede que no todos los ministros dan igual importancia a la Marina. Si, por ejemplo, los señores Latino y Rebello creían que la organización de la Marina garantizaba la prosperidad de las colonias, el señor Mello Gouveia piensa de un modo bien distinto. Entiende él que la Marina sirve para mantener bien presente en las colonias la idea de la patria, y, sobre todo (textual; discurso de Su Excelencia en ocasión del debate del presupuesto de

Marina en la pasada legislatura), sobre todo, "para acreditar ante las colonias que la patria se acuerda de ellas con cariño y nostalgia".

¡Velay! Nosotros, creyendo que un navío iba a vigilar los litorales, a garantizar la paz interior, a imponer respeto al extranjero, a dar protección al comercio...; y el fin que lleva el navío es significar a las colonias que la patria melancólica les envía sus recuerdos y sus suspiros.

Siendo así excusamos de tener Marina. Para expresar nuestros sentimientos bastará que el Gobierno remita a las colonias por el vapor de la carrera una carta conteniendo una lírica violeta, un mechón de cabellos y estos tiernos decires:

"¡Colonia, me acuerdo siempre de ti con punzante dolor; enflaquezco de ansia... Acuérdate de mí... Mira desde ahí la luna, que yo desde aquí también la miro con el alma puesta en ti. Pensando en tus encantos doy suelta al amargo llanto. Hasta la muerte. Tu fiel amante el ministro de Marina y Ultramar,

Gouveia."

O bien, para no dar escándalo, puede el Gobierno de S. M. recurrir a la inserción de un anuncio amoroso en los periódicos:

"COLONIAS PORTUGUESAS.—(Cinta azul en el som-

brero.) Sigilo y sentimiento. Recibi. Traspasado de pasión. Confiemos en el cielo. ¡Quién te pudiese ver en el Paseo Público al anochecer! Unamos nuestras mentes en el mismo rezo. Tu

Gouveia."

En fin, el amor es muy ingenioso; y el señor Mello Gouveia hallará seguramente después de extinta la Marina un medio interesante para que el Gobierno pueda manifestar a las colonias su ardor pasional.

¿Para qué tenemos colonias? No las tendremos, ¡ay!, mucho tiempo. Bien pronto nos serán expropiadas por utilidad humana. Europa pensará que, por el hecho lamentable de pertenecer a Portugal, no deben quedar inmensos territorios perpetuamente apartados del avance de la civilización, y que arrancar a las colonias de nuestra inercia nacional es conquistarlas para el universal progreso. Nosotros las tenemos aherrojadas en nuestra cárcel miserable. No tardará Europa en pensar libertarlas.

Para evitar ese día de humillación, seamos vilmente mercaderes, como corresponde a una nación del siglo XIX, y vendamos las colonias.

¡Sí, sí, bien sabemos... la honra nacional, Alfonso Henriques, Vasco de Gama, etc.!

Pero somos pobres, queridos señores; y ¿qué se diría de un hidalgo—cuando los había—que dejase

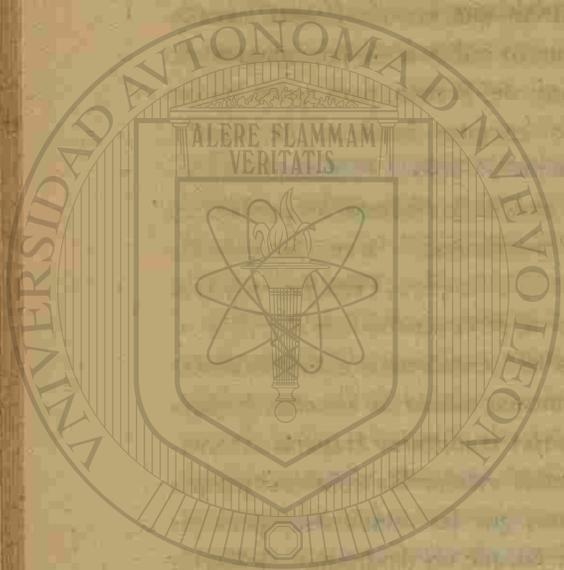
en derredor de él morir de hambre a sus hijos por no vender las bandejas de plata que fueron de sus abuelos? Todos dirían que era un imbécil canalla. Pues bien, estos cuatro millones de portugueses son los hijos hambrientos del Estado, para quien las colonias están como antiguas bandejas de familia puestas en un armario. ¿Vacilará el Estado en venderlas, sobre todo cuando las hemos de perder? Si el país se pudiese reorganizar... bien; las colonias serían en lo futuro una fuerza. ¡Pero así, con esta decadencia progresiva, irremediable!...

Es verdad que si las vendiésemos el Gobierno dejaría al país en el mismo estado de miseria, y como ya no tendría colonias compraría fragatas. ¡Pavoroso dilema! Debemos vender las colonias porque no tenemos Gobierno que las administre; pero no las podemos vender porque no tendríamos Gobierno que administrase el producto. *¡Miserere!*

Y si las vendiésemos, ¿qué dolor para el señor Gouveia, que las ama! ¿A quién brindaría él entonces las esperanzas de su mocedad y el ardiente cariño de su pecho? ¿No, colonias, sed siempre fieles a Gouveia; no maltratéis ese corazón de veinte años, lleno de dulces creencias! Que vuestra divisa sea de hoy en adelante: *¡Gouveia y cacao!*

Y así prosperaréis.

Julio 1871.



XVI

LAS OCHO RAZONES POR LAS QUE NO FUE REFORMADA LA CARTA

La Cámara conservadora se defiende. Acaba de rechazar el proyecto de reforma de la Constitución por 51 votos contra 23. Las explicaciones que algunos de los 51 diputados conservadores dieron para justificar por qué habían votado en contra son verdaderamente extrañas. Parece ser que votaron contra la reforma de la Carta... precisamente por entender que la Carta debe ser reformada.

Sólo que, según ellos, la reforma es inoportuna. Un hombre es cogido por dos ladrones y atado a un árbol. De madrugada pasan dos caballeros y ven a lo lejos vagamente entre la neblina el bulto del infeliz. Se comprende que en el primer momento discutan si aquel bulto es o no es el de un hombre; pero desde que comprueban que efectivamente lo es, ¿qué se diría de su buen sentido si comenzasen a discutir la oportunidad de salvarle?

La Carta ¿es o no opuesta a las tendencias del espíritu moderno y de la opinión? ¿Sí o no? Sólo esto se puede debatir. Pero confesar públicamente que sí y votar que no, es lo mismo que declarar:

—Nosotros entendemos que el país padece con esta Constitución, pero deseamos que continúe padeciendo.

Nadie da crédito, sin embargo, a vuestras declaraciones, señores del partido conservador. Lo que vosotros no queréis es que se haga reforma alguna en la Carta. Lo que tratáis de evitar es que intervenga en nuestra política la fuerza de la opinión popular. ¿Y sabéis por qué? Porque si la democracia, aun bajo la forma monárquica, tuviese su advenimiento, vuestras dulces y provechosas sinecuras caerían por el suelo. Y vosotros queréis oír a Bellini en San Carlos y tomar sorbetes en verano con todo sosiego. He ahí la verdad.

Decís que amáis el progreso. Amáis el progreso que os inventa butacas más cómodas; el progreso que os presenta operetas de Offenbach, para acompañar alegremente la digestión de la comida; el progreso que inventa mejores limas para cortar vuestros callos. Ese es el progreso que vosotros amáis. Pero lo que no amáis es el progreso político, porque ése traería consigo un orden de cosas que extinguiría vuestros salarios, reduciría vuestras rentas so-

segadas, trastornaría vuestra posición; es decir, que este progreso os privaría de los medios de poder disfrutar del otro progreso. Y he ahí por qué vosotros no lo queréis, amables bandidos.

Venid entre tanto a comparecer ante los lectores de *As Farpas* con el extracto de vuestras cómicas opiniones colgado a la espalda. Ya que no auxiliáis al bien, ayudad por lo menos a la carcajada.

El señor Barjona comenzó por decir que el proyecto de reforma le parecía indefinido y vago. El proyecto señalaba, sin embargo, muy explícitamente los títulos 3, 4, 5, 6 y 7. Podrá llamarsele largo, pero indefinido..., ¡santo Dios! Si su señoría llama a la designación explícita de cinco capítulos "una cosa vaga", ¿qué llamará entonces a las nubes del Poniente? Su señoría no es de aquellos que conceden poca importancia a las constituciones políticas, según ha afirmado en su discurso. Extraña revelación. ¿Hay, pues, políticos en Portugal (y tan sólo en Portugal se puede ser solamente político de profesión) que no den importancia a las constituciones políticas? Mi criado no presta, en efecto, mucha atención a esos asuntos, pero es porque presta todos sus cuidados a cepillar mis trajes; y aun así no gusta del señor Carlos Bento; pero esto es una cuestión puramente personal. Que existan, sin embargo, sujetos que teniendo por profesión únicamente la de

políticos (¡oh, farsa!) no presten atención a las constituciones políticas, parece extraño, porque la verdad es que esos individuos no están encargados como Miguel de cepillar mi ropa.

El señor Silveira da Motta es más raro aún. Examina con elevado criterio todas las reformas que el país precisa, y termina por decir que, en vista de aquella dolorosa letanía, el país no precisa ninguna. Lo que puede traducirse de este modo trágico: "Esto está tan arruinado, que ya, ahora..., dejémosle quedar así."

El señor Barros y Cunha declara que todos sus sentimientos (éxtasis, melancolía, dulzura, amor, etcétera) se pronuncian por la reforma de la Carta, pero que la frialdad de su cabeza no le permite admitir esa reforma. Como hombre frío, cuando raciocina, el señor Barros y Cunha es conservador; pero como hombre de sentimiento, cuando contempla las cosas a la luz de la luna, cuando oye el gemir de la guitarra, cuando escucha al ruisñor, ¡ay!, ¡cómo desea él entonces la reforma de la Carta!

El señor Adriano Machado no quiere votar aquel proyecto de reforma porque pretende él presentar uno. Esto ya se comprende bien. Se trata de un hombre que tiene ambición y sed de un nombre. En lugar de la *Reforma Mendes*, aspira a que los diarios celebren en lo futuro la *Reforma Adriano*.

El señor Costa y Silva entiende que la Carta es liberal y no necesita reforma, y de hacérselas, tan sólo en alguno de sus artículos, no en muchos. Para este señor la cuestión es de cantidades. Si fuesen unos cinco o seis, se contentaría; si fuesen tres y medio, tendría escalofríos de placer. Pero, sobre todo, lo que él apetece es... resolver la cuestión financiera. Y confía en que sea resuelto. ¡Dulce ingenuidad! Todo el mundo estaba admirado de tanta inocencia infantil y se preguntaba con interés dónde había dejado el señor Costa y Silva su biberón.

El señor Peixoto, después de haberse enredado singularmente en grandes frases, consiguió desenvolverse y decir con claridad que antes de todo la más urgente reforma consistía en escribir buenos libros; que no basta que haya escuelas; que son sobre todo indispensables buenos libros. Esto inclina a sospechar de que el señor Peixoto supone que el único libro que se ha escrito después del Génesis es el de las *Hazañas de Rocambofe*. Pero el señor Peixoto pareció grande, sobre todo, cuando declaró que el pueblo no tiene derecho a más libertad. El señor Peixoto, que no es nieto del conde de Chambord, ni posee en Africa plantaciones de café, estaba fingiendo para la galería que era de la casa de Francia y gran propietario de ingenios. ¡Pobre mozol! Cuando él juró que la verdadera reforma que in-

EÇA DE QUEIROZ

cumbía al Parlamento era dar al pueblo libros que le enseñasen la naturaleza de su país y su propia índole, mucha gente entendió que esta frase difícil significaba que la Cámara, antes que de las cuestiones de Hacienda, de Administración, etc., se debía ocupar en escribir compendios de Geografía y tratados de Moral.

Y terminó así:

—Estas reformas reclaman todas nuestras fuerzas y todo nuestro tiempo; no fatiguemos aquéllas y no perdamos éste.

Abismémonos en la contemplación de este período inmortal, que, aparte su construcción cómica, significa:

—No nos levantemos tarde y no comamos cosas que nos hagan daño al estómago.

Si añadimos a esto los baños de mar, hay muchos motivos para suponer que se salvará el país.

El señor Pinheiro Chagas vota contra la reforma de la Carta porque tiene poca experiencia. Este joven justifica su voto... enseñando su escasa barba.

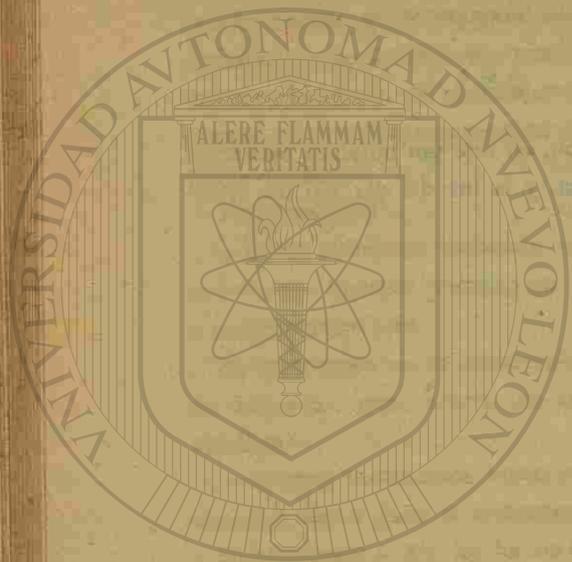
El señor Franco Fraczão declara que la reforma de la Carta no debe ser admitida a discusión porque hace mucho calor. Este hombre es grande. Este hombre ha de ir lejos... en cuanto haga frío. Dejen venir el mes de enero y el país verá cómo el señor Franco reforma y organiza. Por ahora no. Es éste

UNA CAMPANA ALEGRE

un gran principio, que pasará al refranero de esta suerte: "Enero, frío y helada; planta la escarola y reforma la Carta."

Tal fué esta sesión, en que tan notables opiniones vieron la luz del día, y la luz del día vió tan notables opiniones.

Julio 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

XVII

LA PLAZA DE TOROS INSTALADA EN SAN BENTO

La Cámara de los Diputados está dando muestras de tener una comprensión muy estrecha de sus deberes parlamentarios. Se advierte con espanto que los señores diputados, al entrar en el hemisclio, no cambian sus botas por cómodas zapatillas. Nadie se explica estos miramientos. Hace días, el señor Barros y Cunha tenía calor, y, sin embargo, no se puso en mangas de camisa.

Bien se notaba anteayer que el señor Arrobas estaba apretado dentro de su chaleco, a pesar de lo cual no lo desabotonó. ¡Extrañas abstenciones! ¿Por qué se cohiben, santo Dios? ¿Por qué se imponen la inexplicable privación de no beber cerveza en el salón de sesiones? ¿Qué significa esa falsa comprensión de las regalías constitucionales?

¿Por qué no siguen, para mayor comodidad de estas personas, la consecuencia lógica de sus procedi-

mientos? Si se desprenden de todo respeto, ¿por qué no se desembarazan de sus corbatas? Si se atribuyen el derecho de decir injurias, ¿por qué no se conceden el derecho de traer chinelas? ¿Por qué conservan una cierta compostura de *toilette* si tienen tan desabrochada la dignidad? ¡Ea, gallardos caballeros de la injuria franca: un último paso! Ya que aniquilaron el decoro, dejen a un lado la exquisitez. Ni aun deben vestirse con aseó: quítense los botines, arrojen a la faz del país esos calcetines de blanca dudosa. Aflojen esos chalecos, y que la patria vea en los pliegues de las camisas el sudor de sus elegidos. ¡Venga cerveza! ¡Salten los primeros tapones! ¡Caigan las últimas injurias! Hierva la intriga y espumen los *bocks*. Al tintineo de las copas mézclese el sonar de los insultos:—“¡Es falso, mienten! ¡Más cerveza! ¡Eso es una bestialidad; fuera! ¡Cigarros!...” Estallen las disputas de café sostenidas en actitudes de taberna. Que nadie se amilane. Que el humo del tabaco haga una nube a las votaciones, y las manchas de vino un comentario a los proyectos de ley. Y blasfemen y silben y escupan... ¡Y viva la mofa! ¡Hip, hip, hip! ¡Hurra! ¡Venga un vaso! ¡Fuera el pillo! ¡La-ri-lo-le, lo-le!... ¡Siga la diversión!...

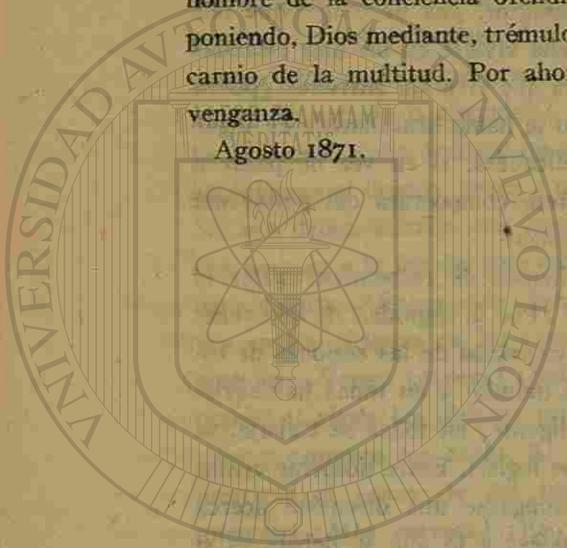
¡Oh, legisladores! ¡Oh, hombres de Estado! ¡Oh, feria de las Amoreiras!

¿Tenemos nosotros la obligación de respetar la Cámara cuando ella no se respeta? Viviendo ella entre indecorosos tumultos, ¿ha de exigir que nos inclinemos como si ella viviese en las más elevadas ideas? Aquella señora que vive allí enfrente, ¿podrá extrañarse de que yo le hable brutalmente en lugar de saludarla con delicadeza, si en vez de pasar a mi lado con la discreta compostura del pudor me hace señales deshonestas?

Decid, ¿por qué hemos de respetaros? ¿Por el saber que no tenéis? ¿Por la dignidad de que renegasteis? Se leen los extractos de las sesiones de todas las Cámaras del mundo, y en todas hay seriedad y discusión inteligente; en todas se trabaja, se piensa, se organiza, se legisla. Entre nosotros vemos durante un mes prolongarse una discusión acerca de cuestiones personales; y lo que se debate es si se hizo o no se hizo la carretera de Covilhã, y si el Gobierno compró o no compró ejemplares del *Elogio del señor marqués de Avila*. Y todas las cuestiones útiles y altas, despreciadas; y una perpetua ventolera de insultos, y el abandono de toda idea, el odio a todo trabajo, el olvido de toda decencia. Y mientras tanto, España mide pulgada por pulgada la parte de nuestra libertad, que se va enterrando en el lodo... Sois tan criminales, que hasta nos hacéis perder el afán de reír vuestras torpezas. Sin

embargo, es indispensable que nuestra risa se mantenga siempre pronta, amarga, cruel, para que en nombre de la conciencia ofendida os vayamos exponiendo, Dios mediante, trémulos y grotescos, al escarnio de la multitud. Por ahora no tenemos otra venganza.

Agosto 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UN ESCANDALO EN EL PARLAMENTO

No, señores...

No creemos que acusen a las *Farpas* de parcialidad. No se dirá que fué nuestra pluma, exaltada por la fantasía y por el sarcasmo, la que diseñó los contornos de una memorable sesión de la Cámara. Tomaremos exactamente la relación que el señor Melicio, corresponsal, diputado, hombre noticieril y linfático, da al *Commercio do Porto*, excelente hoja lúgubre.

El señor Barjona hablaba cuando estalló el escándalo. "Las provocaciones (dice el señor Melicio) eran acompañadas de puñetazos sobre los pupitres." ¡Espléndido cuadro! Sus Excelencias, con el cabello en desaliño, la corbata deshecha; los pupitres, golpeados y adoptando, tanto como les permitía su cualidad de madera, actitudes suplicantes; y Sus Excelencias, dándoles puñetazos, empujones, puntapiés, cabezadas, palmadas, bofetones, todas las

variedades sonoras de una argumentación elocuente... ¡Esto es ya prodigiosamente grande!

Pero mayor es el último detalle del escándalo que cuenta en su correspondencia el señor Melicio. Dice el señor Melicio: "Las actitudes poco académicas y menos parlamentarias (?) de algunos señores diputados indujeron al señor Presidente a mandar evacuar las tribunas."

Se pregunta la aterrada imaginación: ¿Qué actitudes fueron esas?

¡No; esto es extremadamente serio! Para que el Presidente de una Cámara mande evacuar las tribunas, con objeto de que el público no presencie las posiciones que están tomando los diputados, es necesario que éstos se hayan permitido adoptar actitudes verdaderamente extrañas. Aun en el caso de que algunos señores se hubiesen acostado a su gusto o estuviesen dando cabriolas, esto no justificaría la pudibunda precaución del Presidente, señor Ayres. Y adviértase que el público de las tribunas se resistió a desalojar. Es que le magnetizaba un espectáculo refinadamente excepcional.

¿Qué pasó, pues?

¿Habrá el señor vizconde de Valmors incurrido en el exceso de ponerse en cuclillas? ¡Pero eso es tan natural en el Parlamento!...

¿Acaso el señor Telles de Vasconcellos se habrá

montado en las espaldas del señor Barjona? ¡Pero qué importaba eso entre portugueses!

¿Quizá el señor Jaime Moniz, para firmar ante la Cámara y el país la moderación de sus principios, habría mostrado sus ropas interiores? ¿Se estaría cortando los callos el señor Arrobas? ¿Habría echado la lengua fuera el señor Barros y Cunha en un acceso de ira? No, no pudo haberse tratado tan sólo de actos tan ligeros.

"Posiciones académicas y poco parlamentarias".

El Presidente, señor Ayres, al ponerse el sombrero, no quiso cubrirse: intentó vendar sus ojos. Se enterró el sombrero hasta el pescuezo, y para descubrirse en la puerta, ante el comandante de guardia, tuvieron que venir médicos a extraerle el sombrero con fórceps.

¿Por qué sería todo esto?

¡Santo Dios, Dios clemente, piadoso y justo, es evidente que los señores diputados se han desnudado en el salón!

Agosto 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIX

TRES DIAS DE INSULTOS EN LA CAMARA

El Parlamento vive en la edad de oro. Vive en las edades inocentes en que se colocan las leyendas del Paraíso, cuando el mal aun no existía, cuando Caín era un buen muchacho, cuando los tigres paseaban dulcemente junto a los corderos, cuando nadie había inventado la palabra *calumnia*, cuando la palabra *mentira* no atraía la bofetada.

Y si no, vean ustedes. Todos los días estos ilustres diputados se dicen unos a otros: "¡Es falso! ¡Es mentira!" Y no se abofetean ni se envían dos balas. ¡Piadosa inocencia! ¡Cordura evangélica! Este es un Parlamento educado por San Francisco de Sales.

—¡ Su Excelencia miente!

—¡ Ah! ¿ Miento? Pues bien, apelo...

¿ Creen ustedes que apela a la palma de su mano derecha o a la elasticidad de su bastón? No, queridos señores; apela... ante el país.

¡Cuánta resignación cristiana en un acta de diputado! Cuando un hombre sufre en pleno pecho, delante de doscientas personas que oyen y de mil que leen, el rudo encontronazo de esta frase: *¡Es falso!*, y dice con una tierna blandura: *Pues bien, apelo ante el país*, ¡este hombre es un santo! Seguramente, no entrará nunca en el *Jockey-Club*, de donde la mansedumbre está excluida; pero entrará en el reino del cielo, donde la humildad es glorificada.

Y ciertamente es una escuela de humildad este Parlamento. Nunca en parte alguna como allí el insulto fué recibido con tan doblegada paciencia, y el mentís acogido con tan sentida resignación. ¡Sublime curso de caridad cristiana! Y aun veremos los tiempos en que a un señor diputado, al que abofetean en pleno Chiado, dirá modestamente a su agresor mostrándole el *carnet*:

—Soy diputado de la nación portuguesa. Apelo ante el país. Puede continuar pegándose.

Y después, ¡qué dulzura de expresiones! ¿No hemos visto aun hace poco tiempo al señor Avila designado durante el debate de una cuestión financiera con los elevados calificativos de “camaleón”, “sapo” y “elefante”? ¡Qué autoridad en el decir! ¡Qué elevación en el pensar!

¡Cómo es instructivo, cómo es moral el oír discursos así concebidos!

—No apruebo el proyecto del ilustre presidente del Consejo porque entiendo en conciencia, y lo digo a la faz del país, que Su Excelencia es una verdadera serpiente.

—Remito a la Mesa, para ser discutida, la siguiente moción: “La Cámara, compenetrada de que el señor ministro de Hacienda es una nutria, pasa al orden del día.”

Véase también el modo cariñoso con que la Cámara se hace cargo de la infeliz palabra *insulto*. Esta pobre palabra, tan comprometedora, que nunca aparecía que no fuese la señal de un duelo o de una consiguiente intervención de la Policía, fué acogida por el Parlamento, que le rehizo una virginidad y un decoro; y ella viene ahora, y nadie se indigna, y el señor Ayres tiene para ella una bondadosa sonrisa:

—Hace tres días que Su Excelencia se dedica a *insultarme* (textual: ¡tres días!)

—¡No me *insulte* Su Excelencia!

—Voy a responder a esos *insultos*.

—¡Menos *insultos*!

¡Ay, el mundo se despoetiza! Las cosas terribles pierden el colorido de la leyenda. Los niños se ríen del coco. El diablo ya no es temido. El insulto ya no agravia, ya no existe. La Cámara de los dipu-

tados vive hace un mes teniendo en su seno el insulto en perpetua orden del día; ¡y engorda!

Pero ¿por qué continúa el señor Ayres diciendo con su voz elocuente: "Continuará mañana la misma discusión"? La escrupulosa verdad—y Su Exce-
lencia, sacerdote y católico, está obligado a observar esta regla de conciencia—exige que se diga:

—Mañana continuará la misma batahola.

Así el público quedaba avisado... y los señores diputados también. Porque nada debe disgustar más a un diputado que quiere velar por los intereses de su país, que ver exhausta su colección de injurias terminado su repertorio de gritos.

No todo el que quiere puede ser doctor en improperios.

Y así, debidamente prevenido, cada diputado podía formar la víspera una útil y larga colección de argumentos, consultando el diccionario, a su aguador, a las gentes de las puertas de la Aduana y a los sujetos de la plaza de la Figueira.

Agosto 1871.

LA NOVELA DE UNA LANCHA

Puede alguien extrañarse de que *As Farças* no contengan nunca una página dedicada a la novela, a la imaginación. Pues bien: he aquí un cuento, con paisaje y todo, ocurrido en las orillas del mar.

Era hace días, al caer de la tarde, en Foz. El cielo en lo alto tenía la blancura de una porcelana: ya la decoración inflamada del Poniente se apagaba, e intensas tonalidades doradas se deslucían en una tinta violeta. El mar, de un azul fuerte, estaba erizado de espumas. Entre las rocas, en la playa, la marejada era violenta, y en la línea de la barra se sucedían una tras otra largas olas monótonas.

Iba a entrar una lancha de vela. Las ondas acometían a la pequeña embarcación por la popa, y ella huía en bolina, violentamente impelida. Una ola mayor que las anteriores la sacude furiosamente. Pescadores y mujeres que contemplan la escena al pie del Castillo rompen a gritar. Cerca hay una ba-

rraca de saltimbanquis. Dos payasos, ya vestidos, enharinado el rostro, sembrados sus trajes de cascabeles, se acercaron a mirar asustados.

La lancha corría. Alzase sobre ella otra ola más fuerte...

— ¡Está libre!

— ¡No está libre!

— ¡Santo Dios!

— ¡Jesús!

La ola, rompiendo, la cogió por la popa, la levantó, la balanceó, y por un momento se vió apenas entre la espuma oscilar la vela con la lenta palpitación del ala de un pájaro que muere.

En la playa, las mujeres gritaban de bruces sobre el suelo. Los payasos empalidecían bajo el albayalde. La sombra de la noche caía.

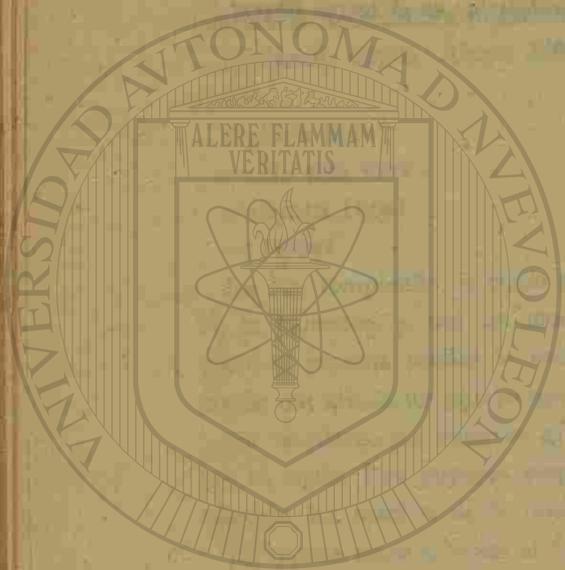
La lancha pudo escapar al fin. Corrieron todos al muelle para verla atracar. Llegaba llena de agua, con la vela mojada hasta la mitad y los remos partidos. Había estado perdida. El patrón, un viejo pequeño, magro, de cabeza blanca, bajo un gorro de piel de nutria, tiraba de la cuerda de la red. Habían traído diez o doce merluzas.

Cada merluza podía valer 120 reis. Y había estado a punto de perderse la lancha. Y era al anochecer, lejos de todo posible socorro, en el agua despiadada...

Ahora, ¿saben cuál es el impuesto que pesa sobre este duro trabajo? Cuarenta reis por merluza. No es el antiguo *diezmo absolutista*; es el *tercio liberal*.

Y así acaba el cuento.

Agosto 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

XXI

*TRES TIPOS DE REVOLUCION,
A ESCOGER*

No debemos ocultarlo. Se habla, ni letra más ni letra menos, de una r-e-v-o-l-u-c-i-ó-n.

Pero ¿de cuál? Tres corrientes de opinión adversas al constitucionalismo y al parlamentarismo atraviesan el país. Y la revolución será distinta según sea una u otra de esas tres opiniones la que consiga por la fuerza o por la maña apoderarse del poder y de sus dulzuras.

Sea cual fuese la que triunfe, tendrá después, por el mero hecho de triunfar, adhesiones innumerables, aun por parte de aquellos que profesan las ideas más opuestas. Y para que cada ciudadano pueda en sus ratos de ocio escoger la revolución que mejor le convenga, ofrecemos aquí de antemano las noticias que de cada una de ellas darán los periódicos después de la victoria.

Revolución número 1:

"El Gobierno que felizmente nos rige continúa su obra de pacificación. La redacción de *A Nação* se mudó para el palacio de los señores duques de Palmella. Fué preso el señor Oliveira Marreca, decano del partido republicano. Su Majestad el Rey, Nuestro Señor, visitó ayer la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento de la Graça.

Parece que una representación del clero exige el destierro del señor Alejandro Herculano. La emigración disminuye; va renaciendo la confianza. Se habla de grandes bailes que va a dar la Corte. Se han mandado fundir a Alemania tres carrillones, que valen tres millones cada uno, para las iglesias de los Inglesinhos, San Luis y Mártires. Asistió ayer una innumerable multitud a presenciar la ejecución del señor Osorio de Vasconcellos, reformista. Su Excelencia caminó hacia el suplicio con gran valor. Han resultado admirables las iluminaciones públicas en Braga. Va a ser demolida la estatua de D. Pedro IV. Las autoridades y funcionarios de los ministerios son dimitidos en masa. Se crearán grandes tributos para atender los gastos de la reconstitución de la nobleza. Ayer fué abucheado en la calle de la Alegria el señor V., poeta erótico, en ocasión en que observaba el regreso de las golondrinas."

Revolución número 2:

"El nuevo Gobierno provisional dió ayer en el

Hotel Central un espléndido almuerzo. El padre B. fué nombrado patriarca. Su Excelencia paseó ayer por las calles en carruaje. Fué preso el señor Batalha Reis, antiguo conferenciante del Casino. El señor marqués de Avila y Carlos Bento fueron fusilados. Sus excelencias estaban innoblemente abatidos. Los miembros del nuevo Gobierno se han señalado sueldos anuales de doce mil duros. El señor Anthero de Quental, a quien el Comité de la calle de Bitesga fué a ofrecer la presidencia, dió de puntapiés al Comité. Ha sido suspendida la publicación de varios periódicos. Llegó a París el señor D. Luis de Braganza. Fué saqueada la casa del señor José Maria Eugenio. Han sido cerradas las iglesias. En las provincias del Norte es grande la miseria. Bandas armadas se entregan al pillaje en las provincias del Sur. El Gobierno provisional dió orden de arrojar al fuego los archivos de la policía. Han sido suspendidas *As Farpas*. Ayer fué abucheado en el Roçío el señor V., poeta erótico, que iba corriendo detrás de una mariposa."

Revolución número 3:

"Se ha publicado un decreto licenciando al ejército y organizando una guardia nacional. Están presos y van a responder a un proceso los principales personajes de los últimos años de la política constitucional. Se dice que serán degradados. Fué su-

E Ç A D E Q U , E I R O Z

primida la Cámara de los pares. Corre el rumor de que irán a ser vendidas algunas de nuestras colonias. Está decretada la instrucción obligatoria y gratuita. Va a ser hecha la reforma administrativa. Tendremos libertad de cultos. Es cierto que se hará la reforma tributaria. Están nombradas comisiones para proceder a la confección del Catastro. Se ha cerrado la Universidad, y la enseñanza superior será reorganizada sobre una nueva base. Van a crearse escuelas industriales. Se ha concedido la plena libertad de reunión y de asociación. Fórmanse en todas partes sociedades cooperativas. Las oficinas públicas van a sufrir un rudo golpe. Cada miembro del Gobierno provisional percibirá anualmente 3.000 pesetas. Ayer, el señor V., poeta erótico, fué abucheado en la calle del Arco do Bandeira, donde estaba contemplando un lirio."

Agosto, 1871.

XXII

EL LUJOSO MERCADO DE PECES DE OPORTO

El honrado Municipio de Oporto quiso dotar a la ciudad de un mercado de peces. Nada más higiénico, más justo. En todos los tiempos, en las grandes ciudades, el pescado tuvo sus aposentos definitivos, porque el vagar del pez por las calles, haciendo concurrencia al vagar de los hijos de familia, es altamente insalubre. Pero un mercado de peces no es un teatro, ni una casa de baños, ni tampoco un cuartel. Tiene una arquitectura especial, condiciones adecuadas de aire, de luz, de agua, etcétera. Así, en todas partes, los mercados de pescado son de una construcción ligera abierta a todos los vientos, sustentando un techo de madera o de vidrios, lavados por un perpetuo correr de agua, cercados de árboles... En fin, un lugar sano, fresco, higiénico, libre, desinfectado.

Pues bien, el Municipio de Oporto, con una



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIII

DELICIAS DE VIAJAR POR LOS CAMINOS DE HIERRO

Viajar por los caminos de hierro portugueses del Norte y del Este, es por todos conceptos una aventura llena de emociones. Cuando marchamos en nuestro vagón, corriendo sobre los rieles, nos interesa y nos excita la probabilidad del descarrilamiento; parados, en las cantinas de las estaciones, nos estimula con una sensación más fuerte aún el envenenamiento a 500 reis por estómago.

Esta vacilación entre el tumbo y el cólico mantiene el espíritu del viajero en un delicioso y palpitante estado de vibración. Es como cuando se juega a la ruleta el último dinero de una herencia. Apasiona más que leer *Los tres mosqueteros*. Suscita los temblores de peligro, que sólo proporciona una ascensión al Mont-Blanc. Tal vez estar a punto de ser fusilado no cause tanto alborozo.

La intención de la Compañía es evidente. Las

traviesas podridas, los carriles gastados y desatornillados, los túneles inseguros, los puentes agrietados, los terraplenes que tienden a derrumbarse, las máquinas cansadas, el servicio negligente, las comidas envenenadas, todo, hasta los atrasos, la confusión..., todo converge al mismo legítimo fin: conmover hondamente al viajero, procurarle sensaciones supremas.

Creemos, pues, que la Compañía no se negará a recibir algunos consejos que perfeccionen su obra.

Así, por ejemplo, sería altamente dramático y excitante distribuir a lo largo de la vía destacamentos de bandidos que tiroteasen el tren. Otrosí: meter en cada vagón un lobo hambriento nos parece un medio eficaz de impedir que el viajero tenga ocasión de aburrirse. Y, por último, como medio de producir la más aguda impresión, debía tener la Compañía en cada estación empleados que, al pasar el convoy, se aproximasen al viajero y delicadamente, con todo respeto, le clavasen una navaja en el costado.

El viaje quedaría de este modo señalado con indelebles encantos y cicatrices.

Septiembre, 1871.

LA COLERA DEL CENTRO OBRERO

Un día, el Centro Promotor de las Clases Trabajadoras sintió el ímpetu de modernidad de salir de su obscuridad venerable y de su modestia tradicional. Apeteció las emociones del peligro. Apeteció la popularidad del telegrama. Apeteció la prosa descriptiva del señor Melicio, corresponsal.

Para esto peroró, gritó, adoptó resoluciones...; en seguida, esperó. Su deseo, su capricho, era atraer sobre sí un golpe de Estado. Y después, tomar las bellas actitudes de protesta y causar la impresión que aun causan los mártires en Villanueva de Cervera y en Mogofores...

Pero precisamente el ministro tuvo la imprudencia de llamar a su despacho al vicepresidente del Centro, y amigablemente, tomando ambos un polvo de rapé, cambiaron algunas palabras. El señor ministro pedía que el Centro no continuase discutiendo asuntos que no le eran permitidos por el regla-

traviesas podridas, los carriles gastados y desatornillados, los túneles inseguros, los puentes agrietados, los terraplenes que tienden a derrumbarse, las máquinas cansadas, el servicio negligente, las comidas envenenadas, todo, hasta los atrasos, la confusión..., todo converge al mismo legítimo fin: conmover hondamente al viajero, procurarle sensaciones supremas.

Creemos, pues, que la Compañía no se negará a recibir algunos consejos que perfeccionen su obra.

Así, por ejemplo, sería altamente dramático y excitante distribuir a lo largo de la vía destacamentos de bandidos que tiroteasen el tren. Otrosí: meter en cada vagón un lobo hambriento nos parece un medio eficaz de impedir que el viajero tenga ocasión de aburrirse. Y, por último, como medio de producir la más aguda impresión, debía tener la Compañía en cada estación empleados que, al pasar el convoy, se aproximasen al viajero y delicadamente, con todo respeto, le clavasen una navaja en el costado.

El viaje quedaría de este modo señalado con indelebles encantos y cicatrices.

Septiembre, 1871.

LA COLERA DEL CENTRO OBRERO

Un día, el Centro Promotor de las Clases Trabajadoras sintió el ímpetu de modernidad de salir de su obscuridad venerable y de su modestia tradicional. Apeteció las emociones del peligro. Apeteció la popularidad del telegrama. Apeteció la prosa descriptiva del señor Melicio, corresponsal.

Para esto peroró, gritó, adoptó resoluciones...; en seguida, esperó. Su deseo, su capricho, era atraer sobre sí un golpe de Estado. Y después, tomar las bellas actitudes de protesta y causar la impresión que aun causan los mártires en Villanueva de Cervera y en Mogofores...

Pero precisamente el ministro tuvo la imprudencia de llamar a su despacho al vicepresidente del Centro, y amigablemente, tomando ambos un polvo de rapé, cambiaron algunas palabras. El señor ministro pedía que el Centro no continuase discutiendo asuntos que no le eran permitidos por el regla-

mento ni por su dignidad corporativa. Escuchando estas amonestaciones, el vicepresidente del Centro estremeci6se de j6bilo. All6 estaba entero, real, presente, completo, el ansiado golpe de Estado. Y apenas termin6 de hablar el ministro, he aqu6 al vicepresidente, que corre hacia la sala del Centro y vocifera, como si se tratase de un codillo:

—¡ Se6ores, lo llevamos!

—¿ El golpe de Estado?—interrog6 el Centro, 6vido, con los ojos brillantes.

—S6, ¡ el golpe de Estado!

Entonces, adoptando s6bitamente el gesto de las grandes solemnidades, el Centro se puso a deliberar. Y para hacer alguna cosa as6 como la destrucci6n de la Bastilla (porque es preciso conservar la tradici6n jacobina), el Centro se subi6 a un banco, provisto de un martillo, descolg6 cierto retrato de la pared de la sala, lo desempolv6, lo puso al pie de un armario y, tranquilizado por esta decapitaci6n moral, se sacudi6 las manos, limpi6se los hocicos y, puesto en pie, hizo un juramento.

No sabemos nosotros, ni ha sido posible averiguar claramente, qu6 discusiones agitaban la atm6sfera sofocante de la sala del Centro. Dicen unos que all6, a horas avanzadas, se hablaba de la Internacional y de sus pompas, y se discut6a la sangrienta cuesti6n del salario. Quieren otros afirmar,

con m6s seguro criterio, que las discusiones del Centro eran de orden pol6tico e intrigante, y que se desmenuzaban en ella Ministerios, C6maras, reformadores, elecciones, influencias, partidos y otras torpes especies an6logas.

Estas dos informaciones alteran completamente el indefinido perfil de la cuesti6n.

Si el Centro Promotor discut6a en sus reuniones la pol6tica que intriga y que gru6e en San Bento, entonces la advertencia del se6or ministro adquiere una alta significaci6n de sensatez y de derecho. No s6lo est6 dentro de la legalidad, porque hace cumplir un estatuto, sino en la verdad, porque aparta a los que trabajan de la sombra de los que enredan.

S6; el se6or ministro tiene raz6n, amigos operarios del Centro. El deber de vuestra Asociaci6n no es discutir combinaciones ministeriales o personalidades est6riles. ¿ Qu6 importa a vuestro bienestar, a los buenos colores de vuestros hijos y a la substancia de vuestro puchero, que el fardo de los asuntos p6blicos pese sobre las recias espaldas del se6or Avila o sobre las magras costillas del se6or Bramcamp? ¿ Quer6is prestar vuestra colaboraci6n a la pol6tica? ¿ Vosotros? ¿ Tan desmoralizados est6is que dese6is abandonar vuestra dignidad de trabajadores, para venir a encorvaros entre la aduladora humillaci6n de los pol6ticos? Vosotros, los produc-

tores por excelencia, porque sólo trabajáis, ¿qué tenéis de común con los políticos improductivos por excelencia, porque sólo intrigan? ¿Queréis cambiar la digna fatiga del taller por la ociosidad mendicante del Parlamento? ¿Queréis cambiar vuestras libres herramientas por la pluma de pato de las oficinas públicas? ¿No es otro vuestro deber, otro el destino de vuestro pensamiento? ¿No tenéis, para absorber vuestra atención, las altas cuestiones de salarios, de trabajo, de revolución, de escuela, de instrumentos, de asociación? Las cuestiones sociales, las vuestras, se levantan en todos los puntos del horizonte y se acercan corriendo, corriendo, sobre el viejo mundo podrido. Volved a vuestros intereses y volved a vuestras cosas. Dejad al señor A ser un político de carcajada y al señor B un hombre de Estado de mofa.

Pero si, por ventura, el Centro Promotor trataba tan sólo en sus sesiones la cuestión social y obrera— el salario, el trabajo, la asociación, la huelga—, entonces, ¡buen Dios!, la advertencia del señor ministro nos llena de confusión.

Parece realmente que nadie debe extrañarse de que una asociación creada para alcanzar el bienestar de las clases trabajadoras trate aquellas cuestiones que más vitalmente interesan a estas clases trabajadoras. Aquí, en confianza, entre caballeros,

confesamos que sería inmensa nuestra admiración si, reunidos los obreros, en vez de hablar de sus salarios, se pusiesen a discutir la mejor manera de servir el champaña. Y cualquiera de nosotros se quedaría pálido si viese en el Centro un trabajador que para salvar sus intereses de tal se levantase a decir:

—He pedido la palabra sobre la cuestión social. Mi opinión es esta:

*“La donna e móbile,
Qual piúma al vento!”*

Ciertamente, sería interesante y provechoso que el Centro Promotor se ocupase en averiguar y experimentar el medio más proficiente de bailar el cancan, porque conviene que cada uno conozca la manera de conducirse entre las sociedades cultas. Pero también no nos parecería enteramente inútil que, ya que se hallaban allí reunidos, esos obreros, después de haber dedicado una parte de la noche a las cuestiones serias (como, por ejemplo, la manera más encantadora de interpretar el final de *Lucía*), dedicasen también unos minutos, por placer, para reposo del espíritu, a la fútil y perezosa cuestión del salario.

Entiéndase bien: *As Farpas* no quieren en modo alguno sustentar la teoría de que las asociaciones

obreras deban discutir las cuestiones obreras. No. El trabajador, en sus reuniones, debe ejercitarse en recitar a Lamartine. Esto está establecido en la práctica de todas las naciones y en los principios de toda la economía... Pero conviene que de vez en cuando (y sin que eso perturbe los intereses de orden literario, lírico, elegante y romántico, que les están confiados) los operarios, ¡infelices!, se entregan en estudiar el mejor medio de no morir completamente de hambre.

El Centro se juzgó tiranizado, y protestó. ¿Cómo? Haciendo un arreglo en sus salones. El retrato del señor Sampaio, que estaba en la pared, está ahora en un armario. ¡Oh, grandes hombres del Centro! Vosotros quisisteis hacer una alta justicia social. Y ¿qué hicisteis? ¡Una alteración de mobiliario! Pretendéis significar por ese hecho que sois hombres de dignidad austera, y todo el mundo ha visto que sois sencillamente admiradores de las paredes desnudas. Venid acá: la decisión del ministro señor Sampaio ¿fué o no fué opresiva para vuestro derecho? ¿No? Entonces, ¿qué hombres sois vosotros que gratuitamente, caprichosamente, desautorizáis a quien os dió el derecho de asociación? ¿Fué opresiva? Entonces, ¿qué hombres sois vosotros que, por todo desahogo de vuestro derecho violado, de vuestro pensamiento reprimido, no tenéis más iniciativa que

la que pudiera tener un criado tonto? Vuestra justicia se ejercita quitando clavos. Esto nos lleva a creer que vuestro carácter se afirma jugando al peón. ¡Criaturas! ¡Pequeñuelos! ¡Grandes hombres del Centro! ¡Niños traviesos! ¡Ah, vuestra manera de protestar es cómoda para los hombres, pero terrible para el mobiliario!

—¡Quedan suspendidas las sesiones del Centro!—
declarará un día el Gobierno.

—¿Sí?—gritará el Centro—. Pues vuélvase la mesa patas arriba.

—¡El Centro está disuelto!—proclamará otro día el Gobierno.

—¿Disuelto? ¡Rásguense los cortinajes!

Son terribles. ¿Qué culpa tenéis vosotros, mesa sucia de tinta, colgaduras de las ventanas, cerraduras bondadosas, paredes cubiertas de papel francés?

¡Ay!, si el Centro se resolviese un día a conspirar de veras y el Gobierno a reprimir también de veras... ¡temblad, temblad, temblad, capachos del Centro!

Septiembre, 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXV

EL EQUIPAJE DE LA EXEMPERATRIZ

Los periódicos de este mes comentaron una singular cuestión. Denunciábase este hecho:

La señora doña Eugenia de Montijo, condesa de Teba, exemperatriz de los franceses (por un crimen de su marido), atravesó Lisboa para ir a España para ver los antiguos paraísos de su pasada mocedad; y el Gobierno portugués expidió a la Aduana una galante real orden para que no fuese revisado el equipaje de la dama.

A esto respondían algunos diarios negando que se hubiese dictado esa disposición, recordando otra por la cual quedan exentos de las indiscreciones fiscales los equipajes en tránsito, y afirmando que los baúles eximperiales, con un censurable desdén hacia las glorias de Lisboa, habían pasado rápidamente, sin curiosidad, de la aduana a la estación de Santa Apolonia.

Los periódicos acusadores contestaban a esto que

conocían de antiguo la excepción que beneficiaba a los equipajes en tránsito, pero que no era éste el caso del de la rubia y altiva inquilina de las Tullerías.

En esta discusión, el asunto de la India requirió la atención de los artículos de fondo, y la cuestión de las maletas se perdió en la desvalida penumbra de los ocios locales. Nunca se pudo averiguar si madame Bonaparte había sido delicadamente privilegiada con una real orden casi amorosa, o si se había aprovechado de las disposiciones de un decreto cualquiera, hecho para mí, para ti, para todos.

Si se concedió el privilegio—atiéndase bien—, el privilegio no nos escandaliza, aun cuando hemos visto bastantes veces, extendida en los mostradores de la aduana, en un despiadado desorden, toda la ropa que suele habitar en nuestras maletas. Pero como todo privilegio supone un mérito, nosotros queremos indagar cuál es el mérito de la señora condesa de Teba, y procurar desde luego alcanzarlo para nosotros mismos y para todos nuestros ciudadanos, poniendo así nuestra ropa blanca y la ropa blanca de aquellos a quienes amamos al abrigo de las instituciones.

Ahora bien, hallamos que la señora doña Eugenia de Montijo está casada con el asesino del 2 de diciembre, con el deportador para Cayena, con el

destructor de la riqueza de Francia, con el opresor de toda libertad, con el esclavizador de todo pensamiento, con el bandido que por las carreteras de Sedán sacudía la ceniza de su cigarrillo histórico sobre el pecho dislacerado de la patria. Todo esto impone a la señora condesa una complicidad moral... ¡Oh, sí, señores, ya sabemos: "es una infeliz, es una danta", etc., etc.! ¡Tregua a las frases! Y vamos derechamente a los hechos como una bala justiciera. La pobre Catalina de Médicis era también una infeliz y era también una dama. Lucrecia Borgia gozaba asimismo estas débiles cualidades. Madame de Brinvilliers también se juzgaba feliz y tampoco era un hombre.

La señora condesa de Teba no puede, sin duda, ser considerada tan especialmente nociva como esos tres ejemplares; pero en sus tiempos de emperatriz consorte se deportaba a Cayena y a la Isla de Fuego hombres cuyo único crimen era haber servido a la República del 48, a la que el propio Luis Bonaparte había servido también. Y esos hombres eran enviados a millares, en las bodegas de los barcos, hambrientos, azotados, a trabajar en los presidios. Y sus familias quedaban dispersas, y sus hijos en la miseria o en los asilos, y sus mujeres en perpetuas lágrimas de anticipada viudez.

¿Qué hacía mientras tanto la señora condesa de

Teba? La señora condesa de Teba, esposa y madre, bailaba en los salones de las Tullerías, entre un revuelo de tules, a los compases del violín de Strauss. Si esa devota Benoiton, lectora simultánea de los manuscritos eróticos de Merimée y de las efusiones místicas de Mme. Swetchine, cree en Dios, nunca tendrá bastante vida para consumir en bastante penitencia.

Tales son los méritos que encontramos en la señora doña Eugenia Montijo. Si fué a ellos a los que la exemperatriz debió la delicada ventaja de no ser revisado su equipaje, de nada tenemos que extrañarnos. Solamente habremos de pedir entonces que se declare explícitamente por una real orden que algunos crímenes cometidos en el extranjero exceptúan a los bagajes de ser registrados en la aduana de Portugal.

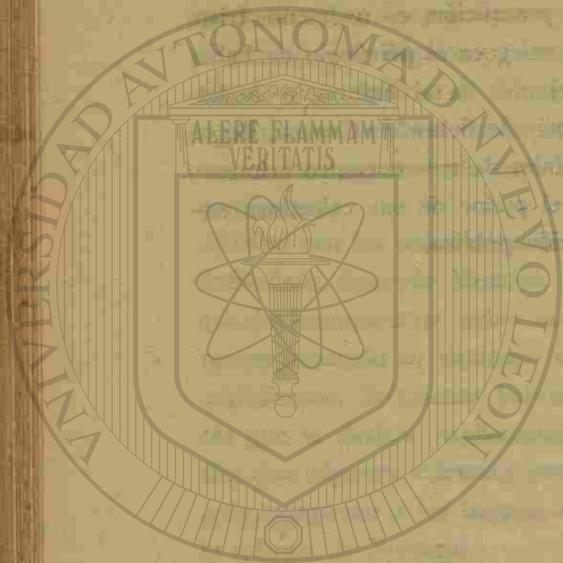
Así quedamos todos advertidos, y no nos costará nada matar dos o tres grumetes a bordo al llegar a la barra del puerto. Con esa real orden el viajero tiene la alta ventaja de no ver arrugadas las pecheras de sus camisas. Antes de desembarcar, todo aquel que desea conservar cierto orden en su ropa se aproxima a un marinero o a un compañero de viaje y murmura dulcemente a su oído:

—Tenga paciencia, señor, pero yo no quiero que en la aduana me desarreglen mis calzoncillos, y, por

lo tanto, es preciso que me dé licencia para clavarle en el hígado esta navaja.

No teniendo esta precaución, es realmente triste que un hombre que no goce el privilegio de haber fusilado a sus semejantes en el bulevar o de haberlos enviado a morir de fiebre en Cayena, llegue a la aduana y, por falta de tres o cuatro crímenes en su historia, vea el pudor de sus calcetines expuesto a la indiscreción pública.

Septiembre, 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVI

EL PRINCIPE HUMBERTO

Los diarios de Madrid contaron que el príncipe Humberto iba todas las noches, en la capital de España, a hacer su tertulia a un café donde generalmente se reúnen los individuos de la colonia italiana. Esta familiaridad, perfectamente contemporánea de la *Internacional*, llenaba de un espumoso júbilo a la Prensa monárquica y al dueño del establecimiento. En Lisboa se leía esto y se esperaba al príncipe Humberto, si no como un príncipe, por lo menos como un consumidor.

Sin embargo, S. A. llegó, estuvo y marchó despacito, en la punta de los pies, para no despertar a nadie. Y si tomó café, no tuvo la inspiración de ir a tomarlo a *Martinho*. ¡Tanto cohibe la etiqueta los instintos más naturales!

La población de Lisboa quedó desconfiada, sin saber si la abstención de S. A. significaba economía o desdén. En el primer caso, desearía presentarle como diputado reformista por Vonzella o por Palha-

res, quedando así definitivamente acomodada en la Península la Casa de Saboya. En el segundo, desearía simplemente volverle unas espaldas democráticas, vengando así exuberantemente al café de *Martinho*.

¡Calmaos, portugueses, y escuchadnos! La abstención de S. A. con respecto al café y a otros inefables encantos de la Baixa sólo significa timidez. Tantos tronos derribados, tantos reyes errantes, tantos palacios en los que el musgo crece, han vuelto a la especie timorata. Un rey, un príncipe, no se aventura entre las multitudes con la despreocupación de un hombre que entra en *La Diosa de los Mares*. Los reyes, hoy, pasan de largo, pegados a la pared; *tic-tic*, con un pasito menudo, reteniendo la respiración, un ojo en el pueblo y otro ojo en la puerta, como quien pasa delante de un mastín que duerme junto al muro de una finca largamente envuelto en el sol.

El príncipe Humberto tuvo esas precauciones delicadas: llegó despacito, estuvo quietecito, partió escondidito. Y he ahí, portugueses, por qué S. A. no fué a batir con la puntera de su bastón el mármol de una mesa de *Martinho*, gritando:

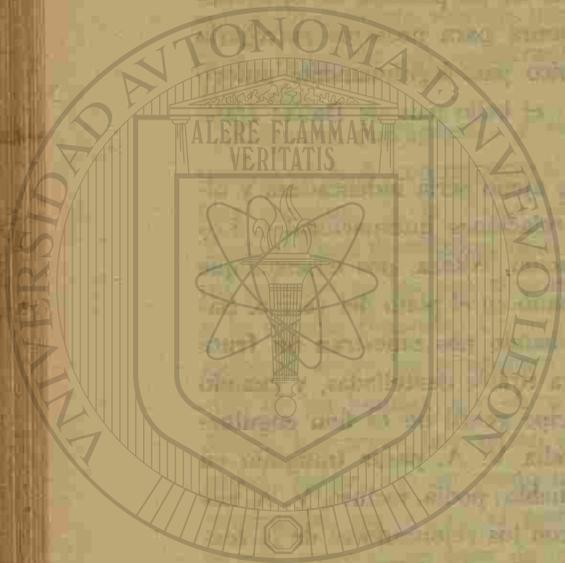
—¡Ginebra para uno!

Que S. A. se tranquilice. Nosotros vamos en nuestro trigésimo primero rey y aun no hemos devorado

a ninguno. En verdad, no íbamos a experimentar ahora nuestros dientes en un príncipe de otras tierras. Era caso de honra para nosotros entregarlo entero y sano al único país legítimamente autorizado para devorarlo: el bello país de Italia: *Italia mater!*

Tragar un príncipe ajeno sería indelicadeza y olvido de las buenas relaciones internacionales. Los compendios de educación, Alteza, nos enseñan que no debe meterse la mano en el plato del vecino. Sabemos, Alteza, que cuando nos muestran un fruto raro no es de etiqueta tirarle dentelladas, y cuando nos mandan un príncipe gentil no es fino engullirlo de un bocado. Podía V. A. pasar tranquilo en medio de este dulce pueblo; podía, incluso, V. A. haber sido más afable con los rejoneadores de la *tourada* de Cintra, para los que, según los desechados, V. A. no tuvo sino cigarros abominables, arrojados con un ademán de fastidio... Portugal sabe respetar a los príncipes de las naciones vecinas. Más fácil nos sería, instados por la gula revolucionaria, comer al señor Melicio a cucharadas y al señor Vaz Preto en hogazas... ¡Pero clavar las mandíbulas en un príncipe de Italia, nuestra hermana!... ¡Nunca! Si tal hicieseis, el señor Juan Félix, espejo de civilidad, jamás os lo perdonaría, ¡oh, lusos!

Septiembre, 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVII

JULIO DINIZ

Un instante de tregua en este áspero tiroteo. Queremos dedicar un recuerdo a Julio Diniz. Que las personas de espíritu delicado se recojan un momento y piensen en él, en su obra gentil y fácil, que dió tanto encanto y que merece algún amor. Tal es nuestro mal, que no queda en la popularidad aquel alma privilegiada; nuestra memoria, fugitiva como el agua, tan sólo retiene a aquellos que viven ruidosamente, con un fuerte relieve. Julio Diniz vivió levemente, escribió levemente, murió levemente.

Un sólo libro suyo, una novela, hizo palpitar con vigor la simpática curiosidad de las gentes. Fué *Las pupilas del señor rector*. Ese libro fresco, casi idílico, abierto sobre fondos de verdor, habitado por creaciones delicadas y vivas, sorprendió. Era un libro real apareciendo entre una literatura artificial, con una sencillez verdadera, como un paisaje de

Claudio Loreno entre recargados lienzos mitológicos. Era un libro adonde se acudía a respirar.

Julio Diniz amaba la realidad: era la fisonomía viril y valiosa de su espíritu.

Sin embargo, nunca se desprendió de su idealismo y de su sentimentalismo nativo. La realidad tenía para él una crudeza exterior que le asustaba, y, así, la copiaba de lejos, con recelo, dulcificando los contornos exactos que a él le parecían rudos, esparciendo una aguada de sensibilidad sobre los colores verdaderos que a él le parecían chillones. Sus aldeas son verdaderas, pero están poetizadas; parece que tan sólo las ve y las dibuja cuando las nieblas otoñales esfuman, azulean, idealizan la perspectiva. Nunca un sol generoso y sincero alumbró su obra. Todo en ella está velado por una bruma poética. No es que no ame, que no persiga la verdad, sino que, cuando la va a fijar en la página, trae ya la pluma toda mojada en el ideal que le ahoga.

Dicen que sus libros son memorias y que él hace la acuarela suave de los paisajes en que vivió, y que personaliza en personajes delicadamente trazados los sentimientos en que él mismo palpó. De ahí, seguramente, esa realidad que sus libros dejan entrever fugitivamente. Pero parece que Julio Diniz no fué afortunado, y que sólo al compás de los sollozos aprendió a latir su corazón; de ahí, pues,

aquellas medias tintas azuladas y melancólicas en que se mueve, en un blando rumor, la romántica población de sus libros; con ellas procura dulcificar la crudeza de las realidades humanas que le hicieron sufrir.

Era, sobre todo, un paisajista. Sus figuras únicamente sirven para dar expresión y vida al paisaje. Los campos, los montes, las claras aguas, los cielos profundos, no son en sus libros la decoración que sirve de fondo a una humanidad fuertemente sentida; sus campesinas novelescas, sus galanes violentos y tiernos, las encantadoras figuras de viejos, hasta sus caricaturas, fueron colocadas por él así para poder levantar con cuidado en torno de ellas, árbol por árbol, caserío por caserío, las aldeas que tanto amaba. Hay en sus novelas algún descampado, alguna era blanca llena de sol, alguna parra en la que se desperezan los gatos, que tiene más idea, más acción, más vida que las figuras vivas que alrededor se mueven.

Después de *Las pupilas del señor rector*, las obras de Julio Diniz pasaron inadvertidas entre la atención extraviada. Tendrá su día de justicia y de amor. A la manera de aquellos poblados que él mismo dibuja, escondidos en el fondo de los valles, bajo la fronda de los castaños, sus libros serán buscados como lugares de reposo, de aire ancho y sano, adon-

EÇA DE QUEIROZ

de se va a equilibrar los nervios y a pacificar el tormento de la pasión.

Fué sencillo, fué inteligente, fué puro. Trabajó, creó, murió. Más feliz que nosotros, tiene afirmado su destino, y, para él, se ha resuelto la *gran cuestión*.

Pasemos, pues... Ya al otro lado, más allá de esta página serena, oímos, innumerables como abejas vengadoras, las ironías aladas que, con un rumor impaciente, zumban en el aire.

Septiembre, 1871.

XXVIII

COMO SE ES GENIO POR ESCRITURA PUBLICA

“La historia es la conciencia escrita de la humanidad”, dijo un hombre que tuvo el secreto de las palabras que quedan.

Nosotros podemos, según esto, decir que la historia de las Azores es la conciencia escrita de las Azores.

Ocurre ahora que entre el anterior Gobierno de Su Majestad y el señor Senna Freitas se hizo este contrato:

El país había de dar al señor Senna Freitas 600 pesos al año, en buen metal; y por otro lado, al señor Senna Freitas se encargaba de poner en letra redondilla, con buena ortografía, sana prosodia y puntuación exacta, la citada conciencia de las Azores.

Apenas fué firmado el contrato, estalló en toda la línea de la Prensa una serie de indignados argumentos. Se acusaba al ministro, se escarnecía el con-

EÇA DE QUEIROZ

de se va a equilibrar los nervios y a pacificar el tormento de la pasión.

Fué sencillo, fué inteligente, fué puro. Trabajó, creó, murió. Más feliz que nosotros, tiene afirmado su destino, y, para él, se ha resuelto la *gran cuestión*.

Pasemos, pues... Ya al otro lado, más allá de esta página serena, oímos, innumerables como abejas vengadoras, las ironías aladas que, con un rumor impaciente, zumban en el aire.

Septiembre, 1871.

XXVIII

COMO SE ES GENIO POR ESCRITURA PUBLICA

“La historia es la conciencia escrita de la humanidad”, dijo un hombre que tuvo el secreto de las palabras que quedan.

Nosotros podemos, según esto, decir que la historia de las Azores es la conciencia escrita de las Azores.

Ocurre ahora que entre el anterior Gobierno de Su Majestad y el señor Senna Freitas se hizo este contrato:

El país había de dar al señor Senna Freitas 600 pesos al año, en buen metal; y por otro lado, al señor Senna Freitas se encargaba de poner en letra redondilla, con buena ortografía, sana prosodia y puntuación exacta, la citada conciencia de las Azores.

Apenas fué firmado el contrato, estalló en toda la línea de la Prensa una serie de indignados argumentos. Se acusaba al ministro, se escarnecía el con-

trato, se negaba al historiador, se condenaba la historia..., pero los más rudamente combatidos eran los 600 pesos.

Como se diría en la Biblia, el escándalo vino por los fariseos.

Pues bien, para este contrato nosotros sólo tenemos bendiciones y flores. Y la plebe irreflexiva puede ladrar cuanto quiera, que será en vano.

Oíd, hombres de estrecha fe. Si el señor Senna Freitas se hubiese decidido espontáneamente, gratuitamente, a escribir la historia de las Azores, ¿qué garantía daba él de hacer un trabajo de poderosa crítica? ¿Qué garantía ofrecía de componer precisamente un libro minucioso, erudito, lleno de hechos, benedictino? El señor Freitas presentaba apenas la garantía de su espíritu. Pero, ¡ay!, el espíritu duerme, sufre oscurecimientos, declina...; y entonces podía quedar imperfecta la historia de nuestras bienamadas Azores.

Oíd aún. Si el señor Senna Freitas hubiese sido encargado de tal misión por un decreto que dijese: "Manda el Rey que el señor Senna Freitas sea un gran historiador...", ¿qué garantías ofrecía el señor Senna Freitas de que había de crear una obra original y profunda? El señor Freitas protestaría tan sólo de su obediencia al Rey. Pero, ¡ay, ay!, la obediencia a los reyes puede hacer concesiones o pi-

ruetas. Que mañana, *quod Deus avertat*, se proclamase la república..., y vosotras, ¡oh, Azores!, quedaríais sin historia y sin Freitas.

Y ahora, responded: sujeto por un contrato, ligado por una escritura, ¿no da el señor Senna Freitas la garantía suprema, la garantía de su honra? Se obligó por un contrato a ser un gran historiador; tiene, por tanto, toda su dignidad empeñada... en ser un gran historiador.

Podía, por ejemplo, no poseer otra aptitud más que la de escribir folletines; podía no tener condiciones de crítico, no tener método; podía no hacerse idea de lo que es la ciencia histórica y la filosofía de la historia; podía no tener elevación de pensamiento, ni estudios especiales; podía no tener estilo ni gramática... Sería igual; estamos tranquilos. Su Excelencia se obligó por un contrato a ser un gran historiador; Su Excelencia es un hombre honrado; Su Excelencia será un gran historiador. Creemos en Su Excelencia. Conocemos a Su Excelencia. Si Su Excelencia hubiese contratado con el señor Avila que sería a 600 pesos por año un poeta mayor que Víctor Hugo, Su Excelencia—tenemos la absoluta certeza—trabajaría, lucharía, compraría un diccionario de la rima, consultaría al señor Vidal, pero sería un poeta mayor que Víctor Hugo. Si Su Excelencia hubiese contratado el ser un fabricante

de velas del Rocío, Su Excelencia cumpliría con valor su contrato y sería un noble fabricante de velas del Rocío.

Su Excelencia contrató. La fe jurídica no admite distingos. Nos gustaría ver ahora cómo se atrevería Su Excelencia a no ser un gran historiador. En Portugal hay tribunales. Nosotros seguiremos el trabajo de Su Excelencia página por página, y cuando él no fuese admirable por su labor crítica, por su labor científica, por su forma, nosotros requeriremos a los tribunales para que "en virtud del contrato de tantos de tal sea citado el señor Senna Freitas para, en el plazo de veinticuatro horas, ser sublime en la página tantas de su obra sobre las Azores".

El contrato no fué escrito y registrado para que las Azores tengan un historiador mediocre.

Sobre el señor Senna Freitas pesa desde hoy la responsabilidad de ser sublime. Su Excelencia es un joven inteligente y espiritual. No basta; tiene que ser un gran hombre. Contrató para eso, y tiene que serlo. Conque..., cara alegre y ánimo atrevido... ¡y en marcha!

¡Ah! ¿Quería tal vez ganar 600 pesos y no tener el trabajo de ser un historiador como Michelet? ¡Pues ha de serlo! Ya no le es permitida la obscuridad ni la mediocridad. Quiera o no, tiene forzosa-

mente que ser un genio. Ni una sola vez más en su vida le será concedido el dulce desahogo de ignorar la gramática. Ha de ser más grande que Guizot, tome las cosas como quiera. Y si retrocediese, si procurase inhibirse, si vacilase, ahí están los tribunales, que, con el contrato en la mano y blandiendo las costas del proceso, le obligarán a la fuerza a ser un hombre inmortal.

En Portugal tan sólo así se puede conseguir tener grandes hombres: obligándoles por un contrato. ¡Ah, si el Gobierno tuviese contratado con el señor A que fuese, a tanto por mes, un dramaturgo mejor que Shakespeare, no tendría el país la vergüenza de confesar que el señor A es un dramaturgo inferior a Guilbert de Pixerecourt! Si el Gobierno hubiese hecho firmar al señor B un contrato para que fuese un hombre de Estado como Pitt, no pasaría la patria por el vejamen de ver que el señor B es, como político, todavía inferior a Sancho Panza, gobernador de la isla Barataria. ¿Qué significa en un país culto abandonar así a los hombres a su iniciativa? ¿Qué intento es este de dejar a cada uno en libertad de ser mediocre? El portugués sólo podrá ser inteligente obligado por un contrato, forzado por los tremendos lazos de la ley, amarrado de pies y manos.

¡Impóngase el talento como se impone el servi-

cio militar! Reclútense soldados para cazadores del quinto, pero reclútense también genios para Villanova de Galla. ¿Por qué no tenemos un poeta épico? ¿Qué hace el Gobierno? ¿Quiere destruir la Epopeya como destruye la Hacienda? La patria precisa de grandes hombres; ¡fulminense penas severísimas contra quien no fuese un gran hombre!

Es forzoso confesarlo. El país está embrutecido; pero la culpa la tienen los Poderes públicos. Que se decrete que todo ciudadano útil debe dar a su país, además del diezmo, un soneto. Que todo aquel que tenga que presentar documentos, tenga que mostrar además del documento de quintas un artículo de revista. ¡Créese el genio obligatorio! Y el país florecerá y podremos esperar definitivamente que en Matto Grosso comience, por fin, a causar impresión la gran civilización lusitana.

Septiembre, 1871.

XXIX

LA POLICIA

Salíamos del *Antony*. Algo delante de nosotros, subiendo por la calle Nueva del Carmen, iban conversando dos españoles, robustos, de anchas espaldas. En lo alto de la calle, al fondo del Chiado, algunos juerguistas, en grupo ruidoso, tocaban la guitarra.

Cuando los dos españoles pasaban, los juerguistas comenzaron a burlarse de ellos, y, para introducir alguna variedad en sus placeres, abofetearon a uno de los extranjeros. El otro, entonces, sorprendido, alzó la mano y, con un castellano vigor, distribuyó en torno suyo algunas bofetadas sonoras y fulminantes, que hicieron rodar por el lodo a los tocadores de guitarra.

En esto, una patrulla, que descendía del Chiado, acercóse, cercó a todos y, cogiendo los fusiles por el cañón, comenzó a golpear terriblemente al español, que quedó rendido, casi sin respirar... Al

propio tiempo, uno de los guitarristas se lamentaba, descalabrado, bajo otra paliza municipal. Nadie fue preso. Uno de los guardias quejábese después de haber descompuesto su arma.

Respetamos, sumisos, este sumarísimo proceso policiaco.

El redactor de uno de los más interesantes periódicos de Lisboa nos contaba poco después en la Redacción que la víspera vió algunos policías delante de un hombre accidentado, tratando de hacerle volver en sí a fuerza de puntapiés en la cabeza; el hombre se revolcaba en el suelo; entonces los policías le daban puntapiés en el estómago. Aca-so la Medicina no siga absolutamente ese sistema de curar los ataques; pero la Policía tiene esa opinión terapéutica, y nosotros no podemos negar a nadie el derecho de divergir, en cuestiones de ciencia, de la Escuela médico-quirúrgica. El accidente tratado por la paliza es una teoría. ¿Es buena? ¿Es mala?... En todo caso, es respetable.

Solamente nos parece que, visto que la Policía posee ese método científico, que ella juzga, de seguro, provechoso cuando lo usa, no le podría violentar mucho imponerse un pequeño trabajo más; y el Gobierno debía encargarla de cuidar a los ciudadanos enfermos. Nos ahorrábamos así el gasto de la Escuela de Medicina. Cuando alguien se sintiese en-

fermo, llamaría por el balcón al agente de la esquina, y este benemérito ciudadano, después de tomarle el pulso y reconocer la autenticidad del mal, se arremangaría los pantalones, mandaría al enfermo ponerse en actitud conveniente y le descalabraría a puntapiés.

Una economía igual se nos ocurre que podría obtenerse con la guardia municipal. Culatazos como los que oímos resonar, con sordo y gimiente ruido, en las costillas de dos ciudadanos, pueden sencillamente matar a un hombre débil, que sufra del pecho, de una lesión interna, de un aneurisma, de un vicio de construcción. No queremos decir con esto que las patrullas no tengan derecho a matar a culatazos a los transeuntes que alborotan en las calles. Sin duda, sería ése el medio de establecer en la ciudad una paz inalterable. El vecino tumbado en el suelo, muerto, con el espinazo partido o el cráneo roto, a los pies del municipal, ofrece garantías insuperables de su sosiego y de su cordura. Es, ciertamente, la mejor manera de hacer entrar a un ciudadano en el orden... y de hacerlo entrar en el cementerio.

Pero entonces (¡economía!), suprimamos los tribunales. Recójase definitivamente la magistratura al seno de sus familias y de sus tostadas. No es necesario que haya juez para juzgar a los ciudadanos,

cuando la guardia municipal se encarga previamente de deshacer esos ciudadanos a culatazos. El más sutil magistrado quedaría pálido de confusión si le presentasen el cuerpo despedazado de un alborotador para que le sometiese a un interrogatorio. Y, por otra parte, ¿cómo podría un cadáver pagar la multa que se le impusiese? Evitemos a la Justicia estos frances vejatorios.

Octubre, 1871.

XXX

UNA NUEVA PENALIDAD

El *Diario de Noticias*, periódico que tiene impuesto a sus corresponsales el hábito de las informaciones escrupulosas y serias, inserta últimamente una carta de Gouveia en la que se narra este caso:

“Un marido mató a su mujer y partió su cadáver en trozos. Fué preso y condenado...” Fíjense bien: “y condenado... a barrer las calles de Gouveia.”

De ningún modo queremos limitar el derecho de los maridos a despedazar a sus mujeres. Son pequeñeces domésticas en las que no intervenimos. Nunca se dirá que *As Farpas* se introducen indiscretamente en el seno de las familias. Que los maridos, cuando les convenga para la mejor organización de su casa, partan a sus mujeres en trocitos, es cosa que no nos escandaliza ni nos alegra. Tal vez no imitésemos ese ejemplo, no por parecernos fuera de las atribuciones maritales, sino porque se nos

antoja excesivamente trabajoso partir en bocaditos a una consorte estimada, y entendemos que cuando un marido se sienta dominado por el deseo invencible de partir alguna cosa, es más sencillo ir a la cocina y trinchar un *roast-beef* que ir a la alcoba a hacer tajadas a la esposa.

Tampoco nos espanta el castigo impuesto por el meritísimo juez de Gouveia. Nosotros no tenemos la honra de conocer el pueblo de Gouveia. El Código, es cierto, señala para esos crímenes un castigo distinto, no previendo esa pena de barrer las calles de Gouveia. Pero ¿quién sabe si será una tremenda sanción esa de limpiar las calles de Gouveia! Acaso el juez, por parecerle insuficiente la cadena perpetua, haya incurrido en el arbitrario exceso de entregar a aquel malvado al suplicio inmenso de limpiar las calles de su villa. Bien puede ser que aquel marido esté cumpliendo una sentencia pavorosa y que debamos compadecerle más que a los infelices que S. M. Alejandro II de Rusia (que Dios guarde y conserve muchos años en prosperidad y gloria) manda trabajar, bajo el restallar del látigo, en las minas de Orilieff. La inmundicia de provincias tiene sus misterios. Limpiar las calles de Gouveia será, tal vez, la pena que en lo futuro adopten, en substitución de la pena de muerte, los

códigos de Europa. ¡Qué gran honra, queridos amigos, para la sociedad nacional!

Peró una cosa se nos ocurre, y es que, de ahora en adelante, barrer las calles deja de ser un empleo municipal y pasa a ser considerado como una pena infamante. Y puede acontecer que los señores barrenderos de Lisboa, no queriendo, por una susceptibilidad exagerada, pasar por haber asesinado a sus esposas, depongan con gesto de desdén los mangos de sus escobas en las manos aturdidas del Municipio. Por otro lado, si ocurriese esa huelga, ningún ciudadano querrá encargarse de limpiar las calles. Hay gente tan meticulosa, tan escrupulosa, que le molestaría que los vecinos la sospechasen de haber empleado el trinchante en la persona de su consorte. La única persona que intrépidamente osaría barrer las calles sería aquella de quien no se pudiese sospechar un crimen, aquella que fuese, por las leyes del Reino, declarada irresponsable. En ese caso tan sólo hay una. Es el jefe del Estado. Ese es el único que podría barrer las calles sin que nadie se acordase de pensar que él estaba allí, a escobazos, por sentencia de un tribunal. Ese es irresponsable; no comete crímenes ni sufre penas. Pero sería realmente atroz que Su Majestad se viese obligado, al salir del teatro, a ir por esas callejuelas, melancólicamente seguido de su corte, llevando, escoba en

E Ç A D E Q U E I R O Z

mano, delante de si, en nubes de polvo, la inmundicia de sus vasallos.

Que la Justicia, pues, esclarezca estos puntos: si limpiar las calles es una penalidad nueva, y si, a cambio de cuatro escobazos, cualquier ciudadano puede tener la ventaja de desmenuzar a su esposa; si la inmundicia especial y pavorosa de las calles de Gouveia equipara verdaderamente esa pena a la de cadena perpetua, o si el señor juez de Gouveia entiende que matar a la esposa es acto tan meritorio que merece un empleo remunerado por el Municipio.

Esperamos, modestos y respetuosos, la respuesta de los Poderes públicos.

Octubre, 1871.

XXXI

LOS MISIONEROS Y SUS NEGOCIOS

Algunos diarios contaron este mes, con una ingenua indignación, que en la devota ciudad de Braga algunos misioneros vendían a los fieles *cartas inéditas de la Virgen María*. Estas cartas, según parece, eran dirigidas, unas a personajes de los tiempos evangélicos; otras, más particularmente, a vecinos de Braga. Dicese que los editores de esta correspondencia inesperada de la Madre de Jesús obtuvieron una excelente ganancia.

El comercio de las reliquias piadosas es la ocupación usual de los señores misioneros. Un sabio profesor de la Universidad de Coimbra nos contaba hace poco que había presenciado en Trazos-Montes una singular agudeza.

Un misionero llegó allí con gran bagaje de rosarios, cuentas, sudarios, pedazos del Santo Leño, fragmentos de la Túnica, etc. Mas el imprudente no traía dependientes para la venta, y tuvo que con-

tentarse con dos que le facilitó un negociante de paños.

Estos dos individuos, hábiles vendedores al menudeo, colocados a la puerta de la iglesia, en las tardes de sermón, delante de mostradores de feria, cubiertos de toallas bordadas y llenos de reliquias, dirigían activamente el pío negocio. Quien entraba en la iglesia compraba con devoción. Y mientras tanto, el misionero en el púlpito vociferaba. Contar aquí lo que él declamaba con su vozarrón campesino, no nos es posible, para que estas páginas no vengan a ser consideradas tan picantes como las memorias de *Faublas*.

Pero una inquietud atormentaba a este piadoso varón. No sabía exactamente las reliquias que había entregado a sus dependientes, y ponía en ellos una confianza muy poco evangélica. Acosado por sus recelos, adoptó este procedimiento triunfal. Al finalizar cada sermón exclamaba:

—¡Ahora voy a bendecir las reliquias! ¡El que tuviese rosarios de Nuestra Señora, que los alce en el aire!

Los fieles, le se habían provisto de aquellas reliquias las alzaban con fervor. El misionero, entonces, como absorto en un éxtasis, contaba con los ojos el número de rosarios rápidamente. Después los bendecía. Pasaba en seguida, por el mismo proceso

extático, a contar las otras reliquias. Y cuando salía de la iglesia confrontaba sus notas mentales del púlpito con los resultados monetarios de la puerta. Los vendedores eran honrados, y aquel hombre se lucró ampliamente.

¡Que Dios le proteja y la Policía no le incomode!

Nosotros encontramos todo esto perfectamente regular. Tan sólo deseamos saber:

Si los señores misioneros son exclusivamente negociantes que, de pasada y por demás, también pronuncian sermones.

O si son sacerdotes que, para ocuparse en alguna otra cosa, también hacen negocio.

En el primer caso, siendo negociantes que de pasada pronuncian sermones, hallamos perfectamente inútil que después de haber hecho su comercio quieran mostrar su elocuencia. Un negociante que después de vendernos una pieza de tela nos recitase una oda de su propio estro, sería alevosamente impertinente. Juzgamos, pues, inútil que los señores misioneros, habiendo recogido en la plaza sus ganancias, suban al púlpito a exhalar su retórica.

¿Qué andan haciendo? ¿Andan divulgando la palabra de Dios?... Pero, entonces, si existen en Por-

E Ç A D E Q U E I R O Z

tugal ciudades o aldeas no convertidas al cristianismo, ¿en qué piensa el Gobierno, que no manda sus huestes a rechazar al infiel?

¿Bajoica de Riba es mora? ¡Pues expúlese de allí al adorador de Mahoma!

Pero si Bajoica es ya cristiana, ¿qué tienen que hacer allí los misioneros? Los antiguos Padres de las Misiones iban a China, al Japón o a la India, en viajes maravillosos; enseñaban allí las doctrinas del Dios nuevo y morían en el tormento. Estos señores, ¿qué van a hacer ahora a Tondella en diligencia, o en ómnibus a Maíra? ¿No posee cada feligresía su párroco, sus sermones, sus misas, su culto?... Si los misioneros no van allí sino a enseñar la religión que allí se practica, son evidentemente inútiles. Y si van a enseñar una religión nueva, que la Policía les prenda y el Estado les condene, porque no es permitido por las leyes alterar la religión del reino.

Si los señores obispos entienden que es necesario que los misioneros fortalezcan la fe debilitada de las feligresías, entonces, ¿qué se dirá de Sus Reverencias? ¿Por qué consienten en sus diócesis un clero tan incompetente, que así deja enflaquecer la religión y que hace necesario con su abandono que para restablecerla ande constantemente recorriendo el país un clero errante?

U N A C A M P A Ñ A A L E G R E

Nos parece, pues, inútil que, después de haber hecho un negocio, los señores misioneros pronuncien sus sermones.

Si, como en la segunda hipótesis que hemos formulado, los misioneros son sacerdotes que acumulan a su ministerio un pequeño negocio de reliquias, entonces se nos presenta una grave cuestión:

Todo negociante que atribuye al objeto que vende una cualidad superior a la que en realidad tiene, para aumentar su precio, incurre en fraude y debe estar sujeto a las penalidades que señala la ley.

La ley, que no puede impedir la simpleza y la credulidad, las pone al amparo de sus explotadores. Aun hace poco, un hombre que vendía camisas de malla rojas, asegurando que tenían la virtud de curar repentinamente el más rebelde reumatismo, fue detenido y multado.

En consecuencia, todo misionero puede descender del púlpito y salir a la plaza a vender rosarios, imágenes, litografías de santos, etc. Está en su pleno derecho civil. Pero si, prevaleciéndose de su autoridad sacerdotal, ese hombre afirma desde el púlpito, invocando a Dios y bajo la garantía de su misión religiosa, que esas reliquias le han sido entregadas por un ángel y que curan los males, hacen volver el amor de los esposos distraídos, impiden la esterilidad y libran de tentaciones, y asegura también que

recaerá un celeste castigo sobre quien no las comprase..., ese hombre atribuye a los objetos de su comercio un valor sobrenatural y vende como reliquia llegada del cielo quincallería de Braga. Cae, pues, como mercader fraudulento, bajo los rigores de la Policía.

Es lógico. Los diarios liberales dirán que ese hombre lanza a la multitud a un fanatismo innoble; substituye el respeto a Dios por la imbécil adoración de emblemas; hace de la absolución divina una especulación propia: conduce a los hombres a la idolatría. Nosotros nos colocamos en el punto de vista puramente legal, y decimos tan sólo:

—Ese hombre es un comerciante fraudulento.

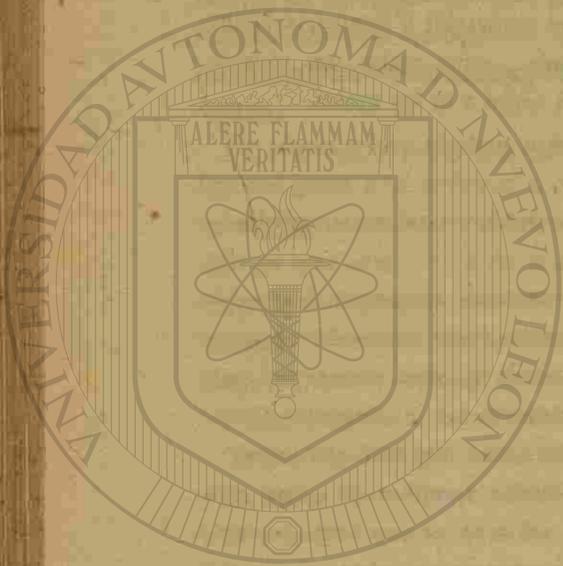
Todos aquellos que hayan observado las misiones y la venta de reliquias saben, además, que la certeza principal que se da a los devotos es que la reliquia comprada les absuelve de antemano de todo pecado que cometan.

De modo que el ciudadano, después de pagar y de guardar en su bolsillo la reliquia (rosario, astilla del Leño Santo, pedazo del Sudario, trozo de la túnica de la Virgen), se juzga en la gracia de Dios y en disfrute de un permiso especial para hacer todo cuanto le sugiera su fantasía. Desde aquel momento puede reñir en la taberna, apalear al vecino, maltratar a la mujer, robar al que pase... ¿No tiene

bien guardada en el pecho la reliquia que le absuelve, que le salva el alma?

Así, con un mismo acto, el misionero que predica y vende infringe la ley comercial y contraría la ley civil. Y, con ser grandes, estos males son todavía menores que los que él causa a la ley moral.

Octubre, 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXII

NUESTRA DIPLOMACIA

¡Ciudadanos! Contemplemos un poco nuestra diplomacia.

Quejábase hace tiempo el excelente *Journal da Noite* de que el Gobierno no publicase los informes de sus diplomatas, ministros, encargados de Negocios, secretarios de Legación, etc. ¡Ingenuo *Journal da Noite*! Es lo mismo que censurar que no se fotografíen los bajorrelieves de una pared lisa. ¿Qué quiere el distinguido redactor del *Journal da Noite* que publique el Gobierno? La diplomacia sólo puede ofrecer, como resultado de sus trabajos de veinte años a esta parte, su papel almacenado... en blanco. Si nuestros diplomáticos quisiesen un día remitir a Portugal, en conciencia, debidamente empaquetados, los documentos de lo que en el desempeño de su misión crearon, organizaron, pensaron y trataron, el Ministerio encontraría, espantado, al abrir el paquete... ¡un montón de guantes gris perla en mal uso!

Alteza la Gran Duquesa de Gerolstein, poderosa princesa en tres actos. Era el barón Grog. El barón Grog..., ¿no se acuerdan? Sólo que nuestra diplomacia no usa coleta, y se inclina con menos elegancia. Y el barón Grog conspiraba. Los nuestros ni siquiera conspiran. El tenía gracia; los nuestros son lúgubres. El únicamente nos costaba el precio de una butaca; los nuestros nos cuestan infinitos miles de duros.

* * *

Evidentemente, en la organización de nuestra diplomacia vamos siguiendo un camino de imprevisión.

Las aptitudes que se exigen en un ciudadano deben estar en armonía con los servicios que se esperan de él. No se requiere de los que aspiran a ser catedráticos de la carrera superior de Letras que presenten certificado de saber danzar dignamente el cancan. Por esto, si la misión de un diplomático es comer bien, bailar bien, vestir bien, nos parece inútil que se le pidan pruebas de que conoce el derecho internacional y la historia diplomática. El más trivial buen sentido ordena que él sea examinado simplemente de cuestiones como éstas:

Maneras más propias de poner la corbata blanca y sus divisiones.

Métodos más finos de comer las ostras; principios generales; aplicaciones.

Del vals; teorías; cuestiones principales; ejemplos, etc.

Así, supongamos que alguno de nuestros más nobles personajes políticos, el señor Braamcamp, por ejemplo, pretende una embajada. Le autoriza para tal aspiración su experiencia y su criterio. Que se le dé. Pero que anticipadamente sea examinado en el ministerio de Negocios Extranjeros por un Jurado competente y recto.

—Tenga el señor Braamcamp—dirá el Jurado—la bondad de sentarse en aquella mesa y comer aquel lenguado frito, para probarnos que no le es extraño ese punto de la ciencia diplomática.

Y Su Excelencia, cogiendo delicadamente el tenedor con una mano, y con la extremidad de dos dedos una fina corteza de pan, con los brazos unidos, la cabeza erguida, los ojos bajos, probará su inmensa competencia en aquella cuestión difícil.

—Tenga ahora el Sr. Braamcamp la bondad de valsar un momento por la casa con donaire...

Y Su Excelencia, arqueando blandamente los brazos, despedido en giros graciosos por entre las mesas del ministerio, con la cabeza encantadoramente inclinada, el mirar amoroso y el talle mórbido, probará victoriosamente que tiene hojeado con mano

diurna y nocturna a todos los tratadistas de aquella ilustre materia.

(Nota bene.—Para que el opositor no baile solo, podrá utilizar como dama al ujier del ministerio, al que tomará entre sus brazos con amable solicitud.)

Y, aprobado que fuese el señor Braamcamp, u otro señor cualquiera, en las cuestiones aludidas, el país podía confiarle sin vacilación cualquiera misión en una corte extranjera, seguro de que sus intereses serían allí dignamente comidos y danzados.

* * *

También se nos ocurre que, consistiendo una de las principales funciones de los secretarios y agregados de Embajada en danzar en los bailes del Palacio Real, la mejor manera de obtener un personal diplomático verdaderamente superior sería escogerlo... en el cuerpo de baile.

Nadie tendría entonces entre la diplomacia europea más gracia, armonía y ligereza en sus movimientos. Y sería honroso para nosotros que los diarios extranjeros pudiesen anunciar:

“Ha llegado hoy la señora Pinchiara, antigua primera bailarina de San Carlos, hoy secretario de la Embajada portuguesa...”

Y, más tarde, registrasen para vanidad eterna de nuestra patria:

“Ayer, la maravilla del baile de la Corte fué la manera adorable como danzó la señora Pinchiara, secretario de la Legación portuguesa. Parecía un silfo con sus vestidos de gasa. Se advirtió apenas que el señor secretario de la Legación estaba un poco más escotado de lo debido. ¡Es admirable la blancura de su cuello!...”

* * *

Igualmente nos parece ventajoso que el examen para agregados de Legación verse, no sobre la ciencia de los concursantes, sino sobre su ropa blanca.

Si el deber esencial de un agregado es la exposición solemne de sus cuellos planchados, de las pecheras almidonadas, que se arquean como corazas, y de los puños que asoman fuera de las mangas atrevidamente, debe el Gobierno utilizar para el buen servicio diplomático a aquellos que por la belleza y solidez de sus prendas almidonadas mejor acrediten por ahí fuera nuestras instituciones. La diplomacia comenzará a ofrecer garantías de su eficacia cuando el señor X hubiese conquistado los votos del tribunal examinador por el brillo de sus camisas inglesas y por el valor de sus calcetines, y

el señor I fuese unánimemente reprobado por haber tenido la osadía de presentar por toda ciencia y experiencia de los negocios un cuello ordinario.

Lo decimos con entrañable dolor: los señores diplomáticos portugueses se visten de un modo al que sólo falta para ser distinguido... ser enteramente diverso de como es. O se guían por el gusto nacional, que tanto impera en la rúa dos Fanqueiros, o, de no ser así, adoptan el viejo *chic* del bulevar, ya del tiempo del ministerio Rouher, y hoy únicamente usado por los *pollos* de Madrid. No sería, pues, inútil que existiesen en el ministerio de Negocios Extranjeros figurines modelos, con comentarios y notas, que los señores agregados deberían estudiar antes de encargarse sus trajes.

Otrosí: se nos antoja imprudente que los señores diplomáticos puedan hacerse un frac sin previamente llevar el "corte de talle" a la aprobación de una Comisión competente. De igual manera pedimos al Gobierno, en nombre del país, que no deje pasar las fronteras a ningún señor diplomático sin haberle examinado previamente las uñas y la caspa de la cabeza.

* * *

Una de las cosas que más perjudica a nuestra diplomacia es no poseer espíritu.

Ser espiritual es tener andado medio camino para ser buen diplomático. La tradición clásica nos muestra a Talleyrand rigiendo las intrigas europeas con las finas decisiones de sus buenos dichos. Modernamente, desde Morny hasta el sombrío Bismarck, la diplomacia tiene hecho de la espiritualidad casi un método. La espiritualidad es la elocuencia de la alegría y el atrincheramiento en las situaciones difíciles; salva una crisis haciendo sonreír; condensa en dos palabras la crítica de una situación; disfraza a veces la inopia de una opinión, acentúa otras veces la fuerza de una idea; es la más fuerte salvaguardia de los que no quieren definirse francamente; atrae hasta la convicción a la intransigencia haciéndole cosquillas; substituye la razón, cuando no substituye a la ciencia; da una posición al mundo, y adoptada como un sistema derrumba un imperio. Es, sobre todo, por el matiz que presta a las conversaciones, el arma de la diplomacia...

Pero...—con compunción lo decimos—nuestra diplomacia no tiene espíritu. Por eso sería conveniente que el ministerio de Negocios Extranjeros examinase a sus diplomáticos, antes de enviarlos fuera, acerca de temas así planteados:

—Si el señor agregado estuviese en un salón y comenzase a llover en la calle, ¿qué agudeza debe decir?

O, por ejemplo:

—En el camerino de un teatro de ópera, ¿qué gracejos debe lanzar un secretario de Legación sobre el cuerpo de baile?

Y sería asimismo conveniente que el ministerio poseyese una relación de jocosidades para todos los usos de la vida, que los señores diplomáticos ampliasen y aprendiesen: agudezas para baile, frases para almuerzos, para ceremonias religiosas, para recepciones en Palacio, para entretener a personas célebres, para los entierros de personales reales, etc.

Contribuye mucho a que nuestra diplomacia no sea brillante el horror que tiene el país a ser representado por hombres inteligentes. No se puede decir que esto proceda del deseo de poseerlos en la tierra natal; más bien parece que le domina el terror de que ellos van a destruir la reputación de embrutecimiento que el país goza en las demás naciones. La verdad es que cuando algún hombre inteligente marcha en misión diplomática, los diarios se encolerizan y la opinión pública silba.

Si alguien se atreviese, por arrojado absurdo, a enviar como embajador a Alejandro Herculano, la nación, llena de rabia, se abriría las venas. Por su voluntad, el país enviaría a las cortes extranjeras, para ser representado dignamente, lechones de

Alemtejo. No lo hace porque, como al mismo tiempo es avaro y desconfiado, recela de que las Cortes extranjeras, no pudiendo arrancar a tales diplomáticos secretos políticos, les arrancasen los jamones. Por eso manda personas. Sólo por eso.

Al mismo tiempo, al país le gusta pagar barata su diplomacia. En esto abusa. Quiere una diplomacia bien vestida, bien bordada; y si se le presenta, por tener esa diplomacia, una cuenta un poco mayor de lo que le costaría vestir a un carretero, se escandaliza y grita por labios del señor Obispo de Vizeu. De modo que un ministro plenipotenciario se encuentra más embarazado con el libro de compras que con el manejo de la política.

Los diplomáticos portugueses tienen fama de agrandar por su palidez en el extranjero. Pero no saben allí que esta palidez proviene, no de la belleza de la raza peninsular, sino de la debilidad de la Legación, mal alimentada. Donde un embajador portugués se detiene más tiempo no es, por respeto, ante los monarcas extranjeros; es, por envidia, ante las tiendas de comestibles. Y si no pueden lograr tratados ventajosos para el país es porque andan ocupados en procurar más biftecs para su estómago. Si no fuesen las comidas de corte y las cenas de los bailes, la posición de diplomático portugués sería

insostenible. Y aun seguramente hemos de leer en los diarios extranjeros:

"Ayer, en la calle de..., cayó, víctima de la inanición, un individuo bien trajeado. Conducido a una farmacia próxima, el infeliz reveló toda la verdad... ¡Era el embajador portugués! Le dieron en seguida *roast-beef*. El desgraciado sonreía, con lágrimas en los ojos."

Que el país atienda a esta terrible situación. Que tenga un movimiento generoso y franco. Conceda a sus embajadores menos títulos y más biftecs. Disminuya en buen hora sus atribuciones, pero aumente-les por lo menos las hortalizas. Ellos piden a su país una cosa bien sencilla: no es un palacio para vivir, ni un landó para pasearse, ni trajes, ni encomiendas; ¡es carne! Que el país, en el número del personal diplomático, reduzca los agregados... y aumente los bueyes.

* * *

Que nuestra diplomacia no se ofenda por estas líneas. Hemos querido tan sólo reír un poco. Y en esta nuestra triste tierra, cuando la gente quiere alegrarse y reírse un poco, tiene que recurrir a las instituciones, que son entre nosotros *jocosidades organizadas funcionando públicamente*.

Octubre, 1871.

LAS CREENCIAS Y LA IGLESIA

Jesús, cuando no sufría aún aquella áspera melancolía que le produjo más tarde la presencia de Jerusalén *blanca y pura*, era un buen Rabí que recorría perpetuamente, en el infinito éxtasis de su ensueño, su tranquila y humana Galilea, ora a pie, ora en uno de esos pequeños asnos que tienen los ojos tan grandes y tan dulces y que provienen de la alta Siria. Entraba en las sinagogas, y comentando los viejos papiros de la ley, enseñaba el nuevo Dios. Se detenía en las casas, se sentaba a la puerta sobre los asientos de mimbre trenzado, debajo de los sicomoros. Las mujeres le daban miel y vino de Safed, y le decían: "Habla, Rabí, habla." Los niños tomaban sus manos, o, atrayéndole por los largos extremos de su *couffie*, amarrado por una cuerda de piel de camello, querían ver el fondo de sus ojos. Los discípulos apartaban a las criaturas. Pero el Maestro murmuraba corriendo:

—Dejad acercarse a mí a los niños. ¡Benditos sean! Ellos saben muchos secretos que los sabios ignoran.

Parece que últimamente el clero no tiene esa misma consoladora idea de Jesús. El señor vicario de Santos-o-Velho, el Día de Difuntos, después de la misa conventual, revestido con sus hábitos, sobre las gradas del altar, se volvió hacia el pueblo y reprendió a las madres que llevaban consigo los pequeños a misa. Y así quedaron expulsados de la iglesia los niños, que no pueden ir ni aun una vez por semana a alzar sus pequeñas manos hacia Aquel que fué en otros tiempos, entre las sombras de Galilea, su amigo inmortal.

Respetamos profundamente esta opinión católica del señor vicario de Santos-o-Velho. Es, sin duda, más moral que las madres lleven sus hijos a la taberna y les enseñen cuidadosamente—mostrándoles en lugar de la cruz una navaja abierta—esta máxima saludable: “Apuñalaos los unos a los otros.” Así se forman los justos. Sería también conveniente que la opinión del señor vicario tuviese una aplicación práctica y que hubiese en la iglesia para los niños la misma policía que para los perros, y que, frente al respetable funcionario ahuyentacanes, se dibujase al otro lado de la puerta el perfil del meritorio empleado ahuyentaniños. Y el culto alcanza-

ría definitivamente, limpio del ladrido de los caues y del llanto de las criaturas, el más alto grado de pureza.

Realmente, los niños que lloran en misa cometen un desacato. Según afirma la teología casuística, los manuales de Inquisidores, las disertaciones de los dominicanos, y aun las profundas obras de Nieder, Sprenger, Spina y Rodin, el ilustre legista de Angers, los niños llevan dentro de sí al diablo, y cuando lloran en las iglesias es porque Satanás pretende insultar al culto y al sacerdote. De suerte que el señor vicario de Santos-o-Velho aun nos parece demasiado tolerante; porque debiera tal vez, con su autoridad de sacerdote y de teólogo, ordenar a las madres que cuando sus criaturas lloren en misa es aplasten inmediatamente la cabeza sobre las losas, para acallar la voz del Maligno.

El señor vicario se refería tan sólo a los niños pobres. A los ricos no impondría él, sacerdote de Jesús, ese aristocrático maestro, una exclusión irrepetuosa. Esas madres pobres pueden tal vez decirnos:

Que son pobres; que no tienen quien quede en casa a cargo de sus hijos; que no los quieren dejar solos en la cuna, llorando, o, si son más crecidos, cerca del fuego, con riesgo de caerse, de quemarse, de salir a la calle, de ser atropellados; que, en fin,

E Ç A D E Q U E I R O Z

no se quieren separar de ellos, y que, como son pobres, faltos de pan, desgraciados en el mundo, sólo les queda soñar consoladoramente en la iglesia con un cielo reparador.

Tal vez esto sea así, aunque se advierta que estas razones están inspiradas por Satanás. Pero también es verdad que los señores vicarios no pueden ser interrumpidos en sus misas por los niños que lloriquean, y que es de toda justicia que sean excluidas de la iglesia, como perturbadoras del orden, de la decencia y del respeto, las madres que osen ir a rezar con su hijo en el brazo.

¡Pobres pequeños! ¡Consolaos! Jesús, vuestro amigo, tampoco fué más feliz; hace muchos siglos que él procura levantar la losa de su sepulcro, y hace muchos siglos que su clero empuja esa losa hacia abajo.

Octubre, 1871.

XXXIV

VISITAS INDISCRETAS ENTRE ESPAÑA
Y PORTUGAL

La Compañía de los Caminos de Hierro está abusando un poco de la impaciente amistad que, a su juicio, nos profesamos recíprocamente España y nosotros. A cada momento nos facilita entrevistas baratas y tiernas. Ciertamente, nosotros y los españoles nos amamos almibaradamente; pero no sentimos la necesidad urgente y ávida de precipitarnos así, cada ocho días, los unos en los brazos de los otros.

La Compañía de los Caminos de Hierro, con intenciones amables y civilizadoras, nos llega a colocar en situaciones terriblemente embarazosas. Digámoslo con ruda franqueza: nosotros no estamos presentables para recibir visitas. Vivimos aquí en nuestro rincón, sin ceremonia, en chinelas, y no nos agrada que venga gente culta a enterarse de la po-

breza de nuestros muebles y de nuestras conversaciones.

Tanto es así, que pedimos claramente al Gobierno, en nombre del país avergonzado y sin afeitar, que prohíba, bajo las penas más severas, a la Compañía de ferrocarriles el facilitar, por precios baratos, a esa aparatosa España, viajes de recreo al través de nuestra miseria.

El país no puede consentir dignamente que los españoles lo vengán a ver. El país está atrasado, embrutecido, remendado, sucio, insípido. El país precisa cerrarse por dentro y correr las cortinas. Y es una impertinencia introducir en medio de nuestro total desarreglo huéspedes curiosos, interesados, de sarcásticos lentes.

Imaginemos que mañana llega aquí, al amplio jactar de una locomotora, en uno de esos trenes, una cohorte española descaradamente ilustre: estadistas, oradores, generales, literatos, pintores, catedráticos, arquitectos, periodistas... ¡Qué vergüenza, señores, qué vergüenza!

Imaginemos que esos hombres políticos, esos oradores, esos parlamentarios, Sagasta, Martos, Pi y Margall, Zorrilla, Rivero, Castelar, Cánovas, conservadores y revolucionarios, ministros y tribunos, filósofos y dialécticos, se van a sentar en un día de sesión a la tribuna de San Bento, y que ven, ¡pia-

doso Dios!, nuestras Cámaras, la nulidad del pensamiento, la torpeza de la palabra, el abandono de todo decoro, los insultos y los mentís, la compostura ordinaria y plebeya, la ciencia que falta, la intriga que abunda, la horrible bajeza de aquella pocilga constitucional.

Imaginemos que esos estadistas conversan con esos que son entre nosotros también estadistas; y advierten, ¡vergüenza eterna!, que ellos ignoran la administración, la economía, la historia, las cuestiones de la época, toda idea, todo hecho, y que por únicas palabras, por única profundidad, saben afirmar que el alcalde de Cabanelas es amigo del herrador de Cortegaza y que este compadrazgo aldeano da cincuenta votos al Gobierno de S. M.

Imaginemos que esos generales que vencieron en Africa, y que vencieron en las guerras del Norte, estudian nuestro Ejército, visitan nuestros cuarteles, hablan con nuestros generales...

¡Oh, por piedad!... Supongamos que esos catedráticos puedan entrar en la obscura vergüenza de nuestras escuelas; que esos jurisconsultos quieran ver nuestros tribunales; que esos arquitectos contemplan nuestras construcciones; que esos pintores pregunten por nuestros museos; que esos hombres de mundo lleguen a tratar a nuestros *dandys* o pararse a mirar su *toilette*... ¡Qué vergüenza, qué ver-

güenza! ¡Ah, señores; no consintamos que esa cruel España, que se levanta, que se organiza, que se engrandece, venga, monóculo al ojo y carcajada en la boca, a hacer el comentario jocoso de nuestra pequenez! ¡No consintamos que nos vean! ¡Encerrojémonos! Los chinos no permitían en tiempos pasados que los europeos viesan su esplendor. ¡Seamos la China de la miseria!

Y si acaso la Compañía de ferrocarriles, para fingir que tiene pasajeros y movimiento, precisa de una manera imprescindible hacer pasar la frontera a algunos viajeros curiosos, por lo menos que sólo dé cabida en sus vagones a aquellos ante quienes no podamos sentir vergüenza y con cuyas civilizaciones podamos competir: cafres, patagones, lapones, abisinios, etíopes, tártaros y hotentotes. Y entonces estaremos en familia.

En cambio, España, la garrida España, parece desear profundamente que nosotros los portugueses examinemos de cerca su *salero* político, económico, artístico, religioso y teatral; porque, con una originalidad cómica que excede de todo cuanto han contado las novelas picarescas del siglo xvii, España condecora a todos los portugueses que acometan la arrojada empresa de ir a Madrid. Sin distinción, sin seleccionar. El viajero portugués llega; el dueño de la fonda le lleva el chocolate, y un portero

del Palacio Real la condecoración. Ya sea porque España quiera recompensar las molestias y el tedio de ir a ver su capital, ya porque el rey Amadeo—que nunca fué visitado por la aristocracia española—se conmueva hasta las lágrimas y hasta las cruces y placas cuando se digna ir a verlo la burguesía lusitana, el caso es que el portugués que llega recibe en pleno pecho, sin prevención, sin “¡agua va!”, una condecoración y un diploma enrollado.

De antemano se sabe que se va a recibir la gracia. Se puede telegrafiar así a Madrid:

“Hotel de los Embajadores.—Calle de San Jerónimo.—Para el señor Moreto, propietario.—Llegaré mañana.—Prepáreme cuarto y encomienda Carlos III.”

Para mayor franqueza, podía ser incluida la condecoración en la cuenta de hoteles.

Garbanzos Un duro.

Gran Cruz de Isabel la Católica. Gratis.

Dicen que el Gobierno español ha resuelto condecorar de esta forma a los que toman billetes de primera o de segunda para Madrid, con el único fin de favorecer a la Compañía de los Caminos de Hierro. ®

En tal caso, era más cómodo entregar desde luego la condecoración en la estación de Santa Apolonia.

—Deme un billete de segunda clase y la condecoración—gritaría el viajero en la ventanilla.

Y la Compañía le pegaba el impreso de ruta en el saco de noche, y la encomienda en el frac... Y el señor Comendador entraba en su departamento.

Evidentemente, hay dos delicadas intenciones en ese derrame de insignias.

La primera es compensar las cuentas de los hoteles.

Después de la guerra de Marruecos, aquellos que podían mostrar una cicatriz presentábanse en el Ministerio de la Guerra y recibían la medalla de África. Ahora parece que, después de pasar algunos días en Madrid, aquellos que pueden enseñar, no una cicatriz, sino la cuenta del hotel, reciben en el Ministerio de la Gobernación la cruz de Carlos III. Si es así... ¡aquí estamos nosotros! Tenemos una cuenta de la *Fonda de Madrid*, de la plaza de San Antonio, de Cádiz, innumerable en garbanzos y... en duros. En buena lógica, no puede dejar de dárse nos una capitania general. ¡Y aún perdemos!

La segunda intención es premiar a los que viajan.

Pero entonces, ¿qué honras se reservan para aquellos que van aún más allá de Madrid? ¿Qué grandes cruces se dan a los que van a Barcelona? ¿Qué títulos de nobleza esperan a quienes son capaces de llegar a las Vascongadas?

Porque, en fin, si uno de nosotros se cuadrase ante S. M. el Rey D. Amadeo y le dijese:

—Real señor: este humilde servidor vuestro ya tiene ido a España, de España a Malta, después a Egipto, después a Arabia, después a Palestina y a Jerusalén; atravesó los montes de Judea, peregrinó hasta el Jordán, subió a Siria, visitó el Líbano...

... S. M. el Rey D. Amadeo no podría menos de descender las gradas de su trono y gritar conmovido:

—¡Extraordinario viajero: ven a reinar sobre los españoles!

¡Gloriosa España! ¡Divertida España! A Cristóbal Colón, que hizo un viaje maravilloso y llegó al Nuevo Mundo, le diste un puñado de pajas para que sobre ellas muriese en una cárcel, y al que emprende el viaje a Madrid y llega a la calle Real le das una insignia de plata. ¡Gloriosa España, divertida España!

Estábamos bien engañados con respecto a los méritos de las gentes. Nuestro espiritual amigo Pinheiro Chagas ha sido, desde su más lejana mocedad, un trabajador. Periodista, poeta, novelista, historiador, dramaturgo, crítico, siempre ante su mesa de trabajo con el valor de quien está en una trinchera ha despertado con su vigorosa pluma nuestra indolente curiosidad. Ningún Gobierno le puso nada sobre el pecho; ni un capullo de rosa en el ojal. En

cuanto a España, jamás pensó ni en darle los buenos días. Pero Pinheiro Chagas decide una vez meterse en un vagón del ferrocarril. Y el Gobierno español, con un grito amoroso, le clava en el pecho la placa de Carlos III.

¿Qué ilación hay en esto? Que a los ojos del Gobierno español la mayor empresa que puede acometer un varón contemporáneo no es hacer un gran libro, ganar una gran batalla, descubrir una gran máquina..., sino tener el sobrehumano valor de ir a Madrid. ¿Habrà nada más humillante para Madrid? Es forjar una pavorosa idea de una ciudad el considerar como un acto de heroísmo ir a ella. El doctor Livingstone, que ha viajado por desiertos desconocidos, por ásperos eriales, por ríos bárbaros y entre tribus antropófagas, es ilustre; pero le falta la hazaña suprema: ir a mediodía a la calle de Alcalá.

Y nosotros, los portugueses, cuando llevemos de la mano a nuestros hijos y nos encontremos a alguno de estos heroicos viajeros de Madrid, diremos a las criaturas:

—¿Ves, hijo mío, a aquel señor condecorado que va moviendo su bastón?

—Sí, papá.

—Pues admíralo, hijo, y procura imitarle. Aquel hombre sublime, en un momento de valor, despre-

ciendo la vida, lleno tan sólo de fe en Dios y de amor a la humanidad, tuvo un día la febril temeridad, la aturdida audacia de tomar el tren de recreo y de ir a Madrid.

¿Y sabéis, amigos, cómo comenzará el nuevo poema que más tarde o más temprano ha de ser escrito sobre los nuevos *Lusiadas*? Comenzará así:

*Eu celebros varões assignalados
Que da occidental praia, heróicos, sós,
En "wagons" nunca d'antes franqueados
Passaram ainda além da Badajoz...*

Octubre, 1871.



XXXV

EL CUMPLEAÑOS DEL REY

Reaparece o continúa—no lo sabemos—en el teatro de San Carlos una antigua costumbre altamente perjudicial para los intereses de la Monarquía.

Consiste en que, en los días de gala, cuando Su Majestad está en su palco, en medio del aparato de la Corte, los espectadores no pueden aplaudir, ni patear, ni exteriorizar opinión alguna.

Esta práctica—que viene de los antiguos tiempos, en que en presencia de su rey el vasallo debía estar sin ideas y sin gestos, cuadrado y mudo—es bella; pero autoriza ciertas observaciones lógicas.

Pudiendo el espectador aplaudir o desaprobare cuando S. M. ocupa su pequeño palco forrado de terciopelo color cereza, y no pudiendo hacer ruido cuando S. M. se exhibe en el gran palco, bajo el esplendor de las arañas, se deduce que el rey sólo es respetado y sólo se respeta... cuando está de gala.

Por lo tanto, a medida que S. M. va saliendo del

ceremonial de gala, va disminuyendo nuestra consideración hacia él.

Cuando S. M. se muestra en la tribuna de gala, estamos humildes y callados.

Cuando S. M., en los días vulgares, va a su palco vulgar, perdemos un poco el respeto y comenzamos a hacer ruido.

Y esta lógica no se detiene aún en sus conclusiones:

Cuando S. M. salga de su palco y vaya humanamente a entrar en su coche, como la gala disminuyó más aún, nuestro respeto disminuye asimismo, y pasamos, en una creciente libertad, a dirigirle chufas.

Cuando S. M., dentro de su carruaje, encienda un cigarro, como el ceremonial es menor aún, el respeto también es menor y procedemos, en una intinidad ya irreprimible, a tirarle cebollas.

Si viésemos a S. M. comer un bifece, nuestro respeto habría llegado a su fin y comenzaríamos a darle papirotazos en las orejas.

Y si le contemplásemos en *robe de chambre*, el respeto se extinguiría totalmente y saltaríamos sobre sus reales hombros, espoleando sus reales costados.

Esto, verdaderamente, no conviene a la Monarquía.

Porque, en fin, de esta manera, S. M. no tiene más remedio, para hacerse respetar cabalmente, que quedarse eternamente en el palco de gala.

Y sería cruel obligar a S. M. a dormir en el palco, bañarse en el palco, pasear a caballo en el palco, cazar liebres en el palco y viajar por provincias en el palco.

¡No, portugueses, no lo consintáis!

Que los Poderes públicos, pues, sean generosos, y se permita al público de San Carlos, aun en días de gala, tener opinión. No aplaudir, estar serio, melancólico, taciturno, será, acaso, respeto; pero puede confundirse también con el disgusto y con el hastío.

Y sería triste que al preguntar un extranjero:

—¿Por qué está el público fastidiado?

Tuviésemos que responderle:

—Porque es el cumpleaños del Rey.

Octubre, 1871.



XXXVI

LA REINA PASEA

Su Majestad la Reina paseaba por el Aterro. Un mendigo acercóse a ella a pedirle una limosna. Un policía corrió y detuvo al mendigo. El desgraciado, preso todo el día en la delegación, con frío y con hambre, se puso enfermo. Fué necesario enviarlo en una camilla al hospital. El día estaba nublado, pero seco. Su Majestad, cuyo vestido de terciopelo orlado de pieles era irreprochable, continuó paseando serenamente en la serenidad de la tarde.

Siempre que un pobre se aproxima con la mano extendida a S. M. el Rey, o a S. M. la Reina, o a SS. AA. los Infantes, es detenido.

Muy bien hecho. Y como ese mendigo va a la cárcel, iremos a verle para reprobar al hombre pervertido los negros abismos de su acción. Le diremos:

—¡Merecido tienes lo que te pasa! Bien te conocemos, desgraciado... Sois muchos, y la ciudad está llena de vuestra multitud, que vaga por sus ca-

lles, amarilla y hambrienta, de caridad en caridad. Bien os conocemos. Los viejos, con sus sombreros altos, el pecho hundido, apoyados temblorosamente en un bastón, pidiendo con voz débil, desfallecida...; las mujeres, de rostro macilento, con una saya corta y viejas botas destrozadas, abrigando en su chal miserable a una pobre criatura que se esconde entre los harapos, rascando las llagas de su cabeza con sus manitas heladas...; los infelices chiquillos que gimen, envueltos en una larga y usada chaqueta de algodón, en los peñaños de una puerta cerrada: los que no tienen trabajo y, por la noche, sin camisa, subido el cuello de la remendada chaqueta, chapoteando con las suelas descosidas en el lodo de la calle, piden, explicando su hambre a los transeuntes; los que suplican bajo, tímidamente, con el anticipado temor de la repulsa; los que insisten, con la desesperación de un náufrago que se agarra a la última tabla; los que quieren besar la mano, de agradecimiento; los que quedan rezando, conmovidos, con lágrimas en los ojos... Viven en agujeros ignorados, duermen en los bancos, escondidos en la sombra de los terraplenes, acogidos por los cocheros en la paja de las caballerizas... Comen de cuando en cuando. Sufren todos los dolores que produce el frío, todas las agonías que ocasiona el hambre... Andan bajo el terror a la policía; desean el hospital

como un refugio, y, un día, envueltos en una harpillera, son arrojados a la fosa.

“¡Miserable!... ¡Tú has sido un imprudente! Viste a aquella señora descender de su calesa precedida de batidores; juzgaste que ella, una reina, rica, bien agasajada, podría darte a ti, pobre diablo, una moneda de diez céntimos: lo que cuesta una taza de caldo caliente en una taberna... Porque, en definitiva, bellaco, bien se advierte que tú tienes necesidad de comer, en medio de este áspero frío... Imaginaste que tu audacia te iba a producir diez céntimos... ¡Bien ves ahora: te ha producido la cárcel! ¡Aprende! Un mendigo como tú, desharrapado y enojoso, no se aproxima así a una princesa joven, envuelta en la frescura aterciopelada de su *toilette*. ¿Osaste pedirle una limosna sin llevar un uniforme de hidalgo? Tu traje de hambriento podía incomodar a aquella gentil señora. Imagina que ella manchase la punta de su guante gris perla si te tocase en la mano, en esa mano siempre extendida y cortada por el viento del Este... ¡Qué desgracia! ¡Su guante perfumado con *Marechala*! ¿Podía la policía consentir tal desastre? ¡Eres un animal! ¡Habrás visto! Bajo el pretexto de que el invierno es terrible, de que no tienes pan, ni fuego, ni una manta; que tiritas, que sientes dolores, que eres viejo, vas a ponerte delante de una princesa, en toda la

cruga *icangau* de tus andrajos, y le pides cinco céntimos. ¡Cinco céntimos! ¿Se piden así cinco céntimos? ¡Ah, imbécil! ¿Tú crees que los vestidos de seda y de terciopelo, las pieles, las joyas, las cachemiras, los perfumes, vienen por el aire y graciosamente, con ese frío que te traspasa? ¡Qué desplante!: “¡Deme cinco céntimos!” ¿Y dónde había de ir ella a buscar los cinco céntimos? ¿Tú imaginas que todo el mundo es rico como el buen Dios, que derrocha todo a manos llenas: estrellas, soles, nubes, maravillas y aquel pabellón azul del cielo, que le debió de haber costado millones? Eres tonto. ¿Supones que una reina condesciende así, como una burguesa cualquiera, a tener compasión de un pobre? Tú no lees los diarios; bien se ve. Acaso oíste decir que uno que se llamaba Napoleón III detenía a cada instante en los paseos públicos su *break* para llenar de *sous* los sombreros de los pobres. Tal vez te contasen que una a quien llaman la emperatriz de Alemania distribuye por su propia mano, con los cabellos caídos sobre su bata, dinero a los mendigos. Pero esa gente... es gente exagerada. Quizá también oyese hablar de un tal Jesús que abrazaba a los pobres y les enjugaba la sangre de las heridas. Ese era un poeta. Tú eres ignorante anciano. De seguro no lees el *Figaro*. Has oído que

la más bella, la única misión de las reinas, es la caridad...

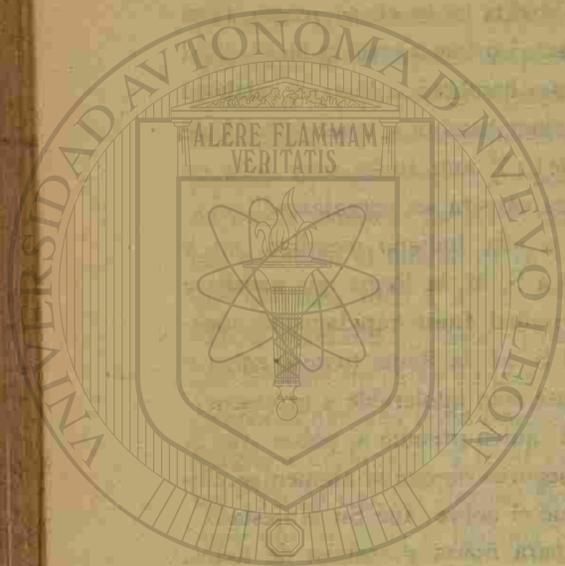
Ahora, aprende. Medita en la cárcel acerca de la caridad de las reinas. ¡Lo has merecido bien! ¡Ah! ¿Tienes frío? ¿Tienes hambre?... Pues el calabozo te dará el pago de tener hambre y tener frío. ¡Pide otra vez, anda, pide! ¡Y aun fuiste muy feliz en que no te diesen una carrera de vergajazos!”

Así hablaríamos a este indigno mendigo, vil y torpe; y pediríamos a S. M. la Reina que insistiese en que ese gran criminal fuese rápidamente ahorcado, si en realidad S. M. la Reina tuviese culpa o responsabilidad de ese acto intolerable y grotesco.

Pero no fué S. M. quien prendió al pobre: fué la policía. Y estamos seguros de que si alguien se afigió seriamente no fué el pobre: fué Su Majestad.

Ahora pedimos, para honra y sosiego de todos, que no sea permitido a cualquier señor policía llegar cerca de S. M. la Reina y hacerle el insulto más brutal y más vil, que es detener a los desgraciados que le piden limosna.

Diciembre, 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXVII

EL TEATRO

El teatro se acaba en Portugal por dos motivos: primeramente, por el rebajamiento general del espíritu y de la inteligencia entre nosotros; y después, por las condiciones industriales y económicas de los teatros.

Esta verdad resalta de la simple lectura de los carteles. El Gimnasio, el Príncipe Real y el de la Rúa de los Condes representan comedias traducidas de los viejos repertorios extranjeros, o dramas aliñados exclusivamente para la estulta plébe—como decían nuestros abuelos—, con abundancia de incendios, naufragios, derrumbamiento, maravillas baratas de viejo cartón, entre decoraciones marchitas. Y aun así, ocurre que las comedias extranjeras concebidas para la fina interpretación de actores de gusto educado hallan aquí una interpretación grosera, y no pueden interesar; y los dramas, que viven a costa del esplendor de la deco-

ración, al ser representados aquí entre telas estropeadas por la humedad, trajes de paños baratitos y remendados y cartones podridos, entre una miseria, en fin, que los apaga y deslucce, no pueden atraer al público. Y así, esos teatros arrastran una vida difícil.

La Trinidad ensayó el género de ópera cómica. Pero, naturalmente, con la legítima urgencia del lucro, comenzó por los mejores autores de la escuela francesa: Offenbach, Hervé, Lecoq, etcétera. Agotó este repertorio galante, exprimió la cantidad de libro que él contenía, y, como las óperas cómicas no se parecen a las ostras en su prolijidad, sucede que el teatro de la Trinidad está en las condiciones de un preso que devoró su ración. La Trinidad no tiene nada que ofrecer a un público aburrido, que pide música sensible y fácilmente gorjeada. Necesita recurrir a zarzuelas que no ofrecen el brillo alegre del arte francés. Aparte eso, el repertorio extranjero está hecho para buenas voces educadas, creadas en los conservatorios, formadas por el gusto y la tradición de los teatros especiales. De suerte que la Trinidad necesita escoger operetas que puedan fácilmente atravesar las estrechas gargantas nacionales; y, en el vasto repertorio extranjero, tiene que preferir las operetas fáciles, las de "media garganta", las operetas constipadas. Queda así

reducido el número a cinco o seis *imbroglios* españoles, débilmente instrumentados, y de los que la Trinidad se va amparando como en muñetas. En cuanto a la ópera cómica nacional, no existe; nuestro cerebro es impotente para la creación musical; la raza quedó agotada con el violento esfuerzo que hizo inventando la *danza de la Higuera*. Nuestras óperas son los himnos. Pero la Trinidad no podría fácilmente hacer representar el himno de la Carta. Bien basta con que soportemos la Carta en el Código, y no debemos sufrirla en cuplé; sería tan impúdico como zapatearla en bailables. Aunque verdaderamente no podía parecer extraño que la Carta pasase a ser una ópera cómica en un país en que las instituciones parecen arrancadas de operetas como *Barba Azul* y *La Gran Duquesa*.

* * *

Esta decadencia deplorable tiene diferentes orígenes.

El primero está en la propia literatura dramática. Los escritores se retraen completamente del teatro. No porque la ganancia sea muy pequeña, como se dice, porque en el periódico y en el libro la ganancia tampoco reluce con destellos de montones de oro. La principal razón está en la contextura de nuestra

inteligencia. El portugués carece de genio dramático; nunca lo tuvo, ni aun en las pasadas generaciones literarias, hoy clásicas. Toda nuestra literatura teatral se reduce al *Fray Luis de Sousa*. Por lo demás, poseemos dos tipos de dramas que constantemente se reproducen: el drama sentimental y bien escrito, de bellas imágenes, oda dialogada, en que un personaje lanza frases soberbiamente floridas, y otro le replica en periodos sonoros y melódicos (y la acción se torna un tiroteo de prosas enguinaldadas); y el drama de efectos sensacionales, con lances bruscos, un embozado que aparece, una madre que se revela...

—“¡Ah! ¡Cielos! ¡Es él! ¡He matado a mi hijo! ¡Oh!”

Añádase a esto la farsa con los viejos motivos de jovialidad lusitana: el empujón, la caída, la matrona bullanguera, el general con gorro de dormir, etcétera. Y esto es todo. Sentimientos, caracteres fuertemente dibujados, costumbres puestas con acierto en relieve, tipos delicadamente analizados, estudios sociales concretados en una acción, la naturaleza, la realidad, la observación de la vida..., de todo eso se encuentra menos aún en un drama que en una corrida de toros.

Otra causa de la decadencia: el público. El público va al teatro a pasar la noche. El teatro entre

nosotros no es una curiosidad del espíritu: es un ocio de sociedad. El lisboeta, en vez de acudir a salones, que no existen, toma una butaca de patio, que se vende. Si es hombre, se pone su mejor corbata; si es señora, se peina con esmero, y el teatro queda convertido en un salón, en una *soirée*, en un *raout*, o, más nacionalmente, en una *assemblée*. Con esta gran ventaja sobre un salón: no se conversa. Conversar constituye para el portugués una dificultad, un percance; es el Cabo de las Tormentas de los modernos *Lusiadas*. Conversar, entretener, mover el alado y delicadísimo batallón de las ideas...; todo portugués imagina que esas maravillas sólo pueden ocurrir en las novelas. De allí nace para el portugués distinguido el hábito de situarse en los salones cerca de la puerta, con aspecto triste y fatal. ¡Conversar!... Los hombres tiemblan y las señoras palidecen ante esta idea. En el teatro hay la ventaja de poder mostrar la *toilette*, enamorar, pasar la noche... y no conversar. En Portugal nadie recibe y nadie es recibido, porque no hay dinero, no hay sociabilidad, y, antes que todo, preferimos el dulce egoísmo encerrojado y atrancado del “cada uno en su casa”. El teatro es la substitución barata del salón. Salón callado y comprado en taquilla. Por lo demás, el teatro favorece los enamoramientos, que constituyen la amada distracción del portugués

y de la portuguesa correlativa. De hecho, el teatro es el centro del enamoramiento nacional. Lo que ocurre, pues, en la escena se vuelve secundario. Se exige apenas una cierta moralidad física: que los actores no pellizquen a las ingenuas... La moral del drama, de la acción, de los sentimientos, no se percibe o no se exige. Un beso que estalla, sobresalta; un adulterio que se idealiza, encanta. Una de las condiciones indispensables es que las actrices visitan bien, con modas nuevas, para que las señoras en sus palcos observen y discutan las sedas, las joyas, las *toilettes*... Un director de teatro no tiene, por todo esto, que ser muy escrupuloso al elegir sus artistas: alguien bien vestido, que pueda hablar y que dé un pretexto para que brille la luz de las lámparas, basta y sobra. Especialmente, los domingos. Entonces, el mundo comercial y burgués, que reposa y se divierte, llena la sala. Si se representa *Hamlet*, va; si se representa *Manuel Mendes Euxundia*, va. No es la belleza del espectáculo la que le atrae; es el tedio de su casa el que lo repele.

Otro motivo de decadencia: los actores. Los actores, en general, son malos, excepción de cuatro o cinco inteligentes y estudiosos, que progresan. Son malos... no tanto por incapacidad propia como por las condiciones de su destino. En Portugal, desgraciadamente, los actores no pertenecen a un arte, sino

a un oficio. ¿Qué han de hacer? No tienen estudios, ni escuela, ni incentivos, ni sueldos, ni público. Son actores como otros son empleados; recitan prosa a la luz del gas, en un escenario, como otros despachan expedientes en una sala sin ventilación. Se trata de ganar un sueldo, de sustentarse, de vestir... El arte, el estudio, entran en todo esto en una proporción ínfima. El artista que, por el precario estado de su arte, tiene que pensar en comer (cuando no es su talento extraordinario, porque, de serlo, la necesidad mejora y fortifica su habilidad), se torna fatalmente un hombre de oficio que necesita ganar. En tal caso, el pintor ilustra almanagues, el escultor hace jarras de porcelana, el poeta redacta noticias, el actor tartajea papeles. Nuestros grandes actores—Santos, Rosa—, además de su temperamento artístico, se formaron cuando el teatro los ponía al abrigo de la lucha por la vida y les permitía tiempo para el estudio. En medio de la oscilación de las empresas, de las quiebras de las compañías, de la dispersión de los centros dramáticos, el artista no puede disponer de los nobles ocios necesarios para la cultura artística. Las dificultades de la vida embarazan las preocupaciones de la inteligencia.

Otro motivo de la decadencia de los teatros: la pobreza general. No hay dinero. Lisboa es una tie-

rra de empleados públicos. La carestía de la vida, los altos alquileres, el precio de la ropa, una cierta necesidad de aparentar que domina a la gente de Lisboa..., todo esto deja las bolsas fatigadas, incapaces de pagar los billetes de los teatros. El teatro es caro. Una noche de teatro puede costar a una familia: tres duros del palco, uno y medio de guantes, uno y medio de coche, en el invierno; total, seis duros. Seis duros son la quinta parte de muchos sueldos mensuales. Por consecuencia, al teatro van pocas personas. Naturalmente, con la sala desierta, las arcas del empresario no se llenan. De ahí deudas, complicaciones, quiebras.

Tal es, a grandes rasgos, el perfil del estado general de nuestros teatros.

Ante esta situación se ocurre en seguida una pregunta: ¿cuál es la actitud del Estado respecto a los teatros?

Es ésta:

El Gobierno no da un céntimo a los teatros nacionales y facilita 25.000 duros al de San Carlos.

Desearíamos que se nos dijese: ¿el Gobierno tiene la obligación de auxiliar a los teatros? ¿No? Entonces, ¿por qué subvenciona al San Carlos? ¿Sí? Entonces, ¿por qué no atiende al teatro nacional?

Si el Gobierno cree que debe abandonar a la industria, a la iniciativa particular, a la competencia,

a la espontánea acción de las vocaciones, el arte dramático, ¿por qué hace una excepción del teatro italiano, protegiéndolo?

Si el Gobierno entiende que debe auxiliar al arte nacional, como un elemento poderoso de cultura moral y de civilización, ¿para qué hace, entonces, una excepción con el teatro portugués, desamparándolo?

Que el Gobierno se decida: O se declara indiferente y desinteresado en cuestiones de teatros, y cierra por igual sus cofres a los tenores y a los galanes, o se declara responsable del desenvolvimiento de este progreso intelectual, y subvenciona al teatro portugués.

Nosotros no tenemos opinión. Comprendemos igualmente al Gobierno en un caso que en otro. Lo que condenamos, y condenará toda persona sensata, es que, con una lógica torpemente *offenbáchica*, diga:

—Yo nada tengo que ver con el arte teatral, y, por lo tanto, doy 25.000 duros al teatro italiano.

O diga:

—Yo soy protector del arte teatral, y, por consecuencia, pretendo que el teatro nacional muera de penuria.

La verdad es ésta:

El teatro nacional es una necesidad inteligente y

moral. Y el teatro italiano es una necesidad sentimental y lujosa.

¿Cuáles serían las ventajas de un teatro normal?

El teatro normal sería la creación de una literatura; esto es: el enriquecimiento de nuestro patrimonio intelectual: educación constante en lo presente, elemento histórico para lo futuro. Porque el drama, hoy, como toda obra de arte, tiene dos alcances: por los sentimientos, ideas, costumbres, instituciones contemporáneas que estudia, es, en su tiempo, una lección, y, en lo porvenir, un documento para la historia.

El teatro normal sería la fundación de una escuela de actores, como lo es la Comedia francesa, fuertemente educadora, conservando una tradición, formando discípulos, siendo el centro vital de las artes dramáticas.

El teatro normal sería la desaparición providencial de las pequeñas comedias eróticas, que constituyen el aguardiente moral de las personas que no van a la taberna; de las comedias de magia, que no pasan de ser un mal acompañamiento de la digestión y una escuela de embrutecimiento, y de los dramas sentimentales, que sirven para excitar los sentidos de la burguesía casada y establecen una especie de comunicación cómoda con el vicio sin descender de un palco. Sería un constante llama-

miento de la atención hacia las cosas espirituales, abstraer una población ociosa y aburrida a las casas de juego y a los lupanares, influir perdurable, penetrante y sutilmente en las costumbres; sería una poderosa educación para las imaginaciones, y un elemento sano en nuestra vida, insustituible e indispensable, porque se relaciona con lo que una ciudad tiene de más definitivo y de más determinante: su inteligencia y su moral.

¿Qué es el teatro de San Carlos? ¿Qué hace? Lo indudable es que no aumenta nuestro patrimonio literario. Realiza apenas la divulgación de la vieja escuela italiana de música sensualista, arte del que no se desprende para el país más que algunos duetos que las doncellas pellizcan en los pianos o que las campanas insinúan al alzarse la Hostia. ¿Qué educación se deriva de la *Traviata* expirante o del imbécil *Trovador que corre a salvarla*?

El teatro de San Carlos no forma buenos artistas nacionales. Por el contrario. Es una fábrica de reputaciones para los artistas extranjeros. Nosotros gastamos nuestro dinero para que el señor Fulanini vaya a ganar más dinero a San Petersburgo o a *Covent Garden*.

El teatro de San Carlos no constituye un elemento de civilización, sino de decadencia. Si alguna cosa debilita el carácter y enflaquece el espíritu es la in-

fluencia de la música italiana, sentimental, amorosa, mórbida, lánguida. Una ópera es un lupanar. Cada dueto, cada *allegro*, una excitación erótica. Imagínese una jovencita oyendo durante un año esa letanía de sensualidades que se llama *Lucía*, *Norma*, *Traviata*, *María de Rohan*, *Favorita*, *Un baile de máscaras*, etc. El adulterio idealizado, el amor como fin superior y único de la existencia, el deber considerado burgués, la honestidad mal *portée*; y toda aquella moral, suspirada, gemida, arrastrada en la dislacerante agonía del violín, silbada iracientemente en la flauta, modulada dulcemente en el arpa, sollozada por el demonio invisible que habita en el violonchelo, hecha agria y triunfante en los instrumentos de metal, roncada en el violón...; y sobre esta masa de voluptuosidad instrumentada, las adúlteras y los galanes, todo un mundo melodioso y corrompido que solloza, arquea los brazos, se retuerce en los éxtasis de la pasión, entra en las alcobas, lo siembra todo de besos y muere de amor, novelescamente, en un aria dolorida... ¡Ah!, nosotros no somos unos salvajes; estimamos la música. Meyerbeer, Gluck, Mozart, Beethoven, son verdaderos pensadores. Pero ¿pueden ser oídos en San Carlos? No. Apenas Meyerbeer, de dos en dos años, de pasada. Los demás son Donizetti, Bellini, todos los sensualistas. A aquéllos les respetamos como a ideas que

cantan; a éstos les detestamos como a erotismos que arrullan.

El teatro de San Carlos no hace participar a todo el país de su arte. Por el contrario, es un teatro exclusivo, de un público limitado, siempre igual. El país paga para que ese público goce. Para que nosotros tengamos arias, comen los labradores sardinas.

En fin, ni creación de arte, ni formación de artistas, ni elemento de civilización, ni interés general del país.

¿Para qué sirve San Carlos?

Es un lujo dirán. Sí; comprendemos; pero ¿es, por lo menos, San Carlos un teatro elegante, un centro fino y delicado de la vida suatiosa?

¡Oh, no, por Dios! Comencemos por la *mise en scène*. Aparte algunos bellos lienzos de Rambois y Cinnati, cada vez más raros, ¡qué *mise en scène*! Tomemos, por ejemplo, el *Don Carlos*: muebles torpemente remendados, bastidores astillados, una vieja mesa apolillada, en la que el tirano se apoya... Los coristas, agrupados a un lado, en escaso número; ellas, con los desnudos brazos mal lavados; ellos, con las botas enlodadas; lanzan, con un gesto de sueño, una voz por la que han pasado todas las pateaduras que se dieron desde 1836, lo cual le ha hecho perder la frescura. En los palcos, el tercio-

pelo de los antepechos, desgarrado, deja salir una fétida crin; el papel de las paredes está roto; las cerraduras, inservibles. Una fúnebre iluminación entenebrece la sala; los viejos dorados sucios tienen el aspecto melancólico de adornos de capillas antiguas; los blancos rivalizan con caras de carboneros; los corredores, con las alfombras comidas por los ratones, ablandado el piso por el polvo abundante, con escasa y moribunda luz, recuerdan la cárcel, los portales de casa de juego; la áspera paja de algunas butacas raspa como una navaja de afeitar el paño de los trajes; y el piso está tan aseado, que los asiduos a ese coliseo, antes de salir a la calle, limpian sus pies en las esteras por compasión hacia los barrereros. En la entrada general, bancos estrechos, como de reos, erizan las casi podridas pajas de su trama. En el oscuro peristilo hay lodo. Las señoras esperan, junto a los guardias municipales formados, la llegada de sus carruajes, expuestas a un viento frío que hace aquellos parajes peores que la sierra de la Estrella.

Todo aquello es pequeño, provinciano, plebeyo, miserable.

No queremos acusar a la Empresa, no. Como Compañía comercial está dentro de la lógica de su acción, y su único deber imprescriptible ante el tribunal comercial... es no hacer quiebra.

Pero no sucede otro tanto al Gobierno. Ese no tiene en sus alforjas ni aun una sola razón para subvencionar a San Carlos. Allí no hay ni un elemento de civilización, ni un centro de arte nacional, ni una escuela de artistas, ni rinde provecho alguno al país. No es tampoco un centro de lujo, un orgullo de capital rica, una maravilla de la vida ampliamente gozada. Es de un viejo *chic* pobre y presuntuoso. Y el Gobierno le da 25.000 duros para continuar existiendo.

Se dice que el Gobierno tiene una razón suprema para contribuir a los gastos de ese teatro: y es que San Carlos constituye una distracción para la Corte y para la diplomacia.

En cuanto a la Corte... ¿La Corte siente la necesidad inaplazable de distraerse? Muy bien. Que pague y subvencione a San Carlos; que lo ilumine, lo empapele; que lo alfombre a su costa; que pague por cada palco veinte duros por noche y cuatro por cada butaca; que lo frecuente con ardor, que duerma en él y que sea feliz. Ahora, que el país pague..., no. Corte respetada y amada, no. Que yo, él, nosotros, vosotros, ellos, demos al Erario dinero para que tú te diviertas, no. Corte reluciente y maravillosa. Perdona, pero, como decía Escipión, no poseerás, ingrata, nuestras placas de 500 reis. La preocupación del país no es precisamente evitar que

la Corte bostece. Veinticinco mil duros anuales es prodigiosamente mucho pagar para que la Corte tenga donde pasar la noche. Que la Corte se distraiga a sí propia. Es lo que todo el mundo hace. La Corte puede muy bien entretener sus noches jugando a las damas o leyendo el *Panorama*. ¿Cómo? ¿No leyó la Corte el *Panorama*? ¡Ah, pues ahí está! ¡No se imagina qué fuente de distracciones encierra! ¿La Corte quiere teatro? Que vaya al Salitre. Se pasa allí muy bien, a duro y medio cada palco. La Corte puede gozar allí su *soirée* regalada, e ir después sosegadamente a tomar su te. Por lo demás, si la Corte se distrae a nuestra cuenta, entonces debemos intervenir en sus diversiones. Si tenemos que pagar el alumbrado, los cantantes, los violines, que se nos otorgue el derecho de disponer y regularizar sus placeres. El Poder moderador no podrá ir nunca a San Carlos sin pedir permiso a la opinión pública. Y la opinión pública tendrá el legítimo derecho de responder:

—No, señor; el Poder moderador se queda hoy en casa; ayer el Poder fué al teatro; hoy va a estudiar su política. Y nada de lloriqueos; si no, lo encerramos en el cuarto oscuro.

En cuanto a la diplomacia, no creemos que el país tenga la obligación de distraerla. Que la distraigan sus Gobiernos y sus Reyes. Los señores diplomáti-

cos, que comprenden soldaditos de plomo, o que frecuenten el *Martinho*. Esto aparte, la diplomacia es bien atrevida en pretender divertirse. ¿Intenta ella establecer una excepción insultante en las costumbres del país? ¡Aquí nadie se divierte! Sus Excelencias están completamente engañados; vinieron tal vez a Portugal por equivocación. Todo entre nosotros es grave. Quien viene aquí es para gustar la bella melancolía. A nosotros no nos agrada reír. Somos de profesión téticos. ¡No sería malo que nos riésemos nosotros, con tanta tristeza como tenemos en nuestra historia, con el pobre Rey D. Sebastián en las arenas de Africa, y el infame dominio en que nos tuvo Castilla, y otros sucesos luctuosos igualmente amargos!... Nosotros llevamos en el alma los crespones de nuestra historia. Día y noche sollozamos a la orilla del Tajo. Lusitania no es lugar de juerga. Si Vuestras Excelencias quieren divertirse y reír, tengan la bondad de irse a Mabillo o, por lo menos, a Badajoz.

* * *

Perdonen estas largas páginas. La cuestión de los teatros tiene importancia pública. El Gobierno comete el contrasentido de subvencionar un teatro extranjero que es de lujo, y deja abandonado el teatro

E Ç A D E Q U E I R O Z

nacional, que es de necesidad. El lujo, que se sustente por el lujo. San Carlos, sin subvencionar, que eleve sus precios. Palcos, a tres o cuatro libras; butacas, a libra; y si nadie quisiera ir, que se cierre San Carlos. Son algunas arias de menos en un escenario y alguna economía más en algunas familias. El teatro nacional, que tenga un apoyo, que se torne una escuela, un centro de arte, un elemento de cultura. Sólo esto es lo sensato y lo digno.

Enero, 1872.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PROLOGO.—Palabras preliminares.....	5
Advertencia del autor.....	9
I.—Estudio social de Portugal en 1871 (primitivo prólogo de "As Farpas,").....	15
II.—Los cuatro partidos políticos.....	49
III.—Las conferencias democráticas.....	55
IV.—Lo que era el partido reformista.....	63
V.—La Cámara de los Diputados.....	67
VI.—Dos candidatos.....	75
VII.—Psicología de las elecciones de Diputados.....	79
VIII.—Aptitudes necesarias para ser Ministro.....	93
IX.—La multa para el lirismo.....	99
X.—Máximas y opiniones de un Diario político.....	103
XI.—El discurso de la Corona, su presente y su futuro.....	115
XII.—Tumultos en el Parlamento.....	123
XIII.—El gran valor de "Su Excelencia".....	129
XIV.—El Ejército en 1871.....	135
XV.—La Marina y las Colonias.....	141
XVI.—Las ocho razones por las que no fué reformada la carta.....	155
XVII.—La Plaza de Toros instalada en San Bento...	163
XVIII.—Un escándalo en el Parlamento.....	167
XIX.—Tres días de insultos en la Cámara.....	171
XX.—La novela de una lancha.....	175
XXI.—Tres tipos de revolución, a escoger.....	179
XXII.—El lujoso mercado de peces de Oporto.....	183
XXIII.—Delicias de viajar por los caminos de hierro...	187
XXIV.—La cólera del Centro Obrero.....	189
XXV.—El equipaje de la ex Emperatriz.....	197
XXVI.—El príncipe Humberto.....	203
XXVII.—Julio Diniz.....	207
XXVIII.—Cómo se es genio por escritura pública...	211
XXIX.—La policía.....	217
XXX.—Una nueva penalidad.....	221
XXXI.—Los misioneros y sus negocios.....	225
XXXII.—Nuestra diplomacia.....	233
XXXIII.—Las creencias y la Iglesia.....	245
XXXIV.—Visitas indiscretas entre España y Portugal.	249
XXXV.—El cumpleaños del Rey.....	259
XXXVI.—La Reina pasea.....	263
XXXVII.—El teatro.....	269

E Ç A D E Q U E I R O Z

nacional, que es de necesidad. El lujo, que se sustente por el lujo. San Carlos, sin subvencionar, que eleve sus precios. Palcos, a tres o cuatro libras; butacas, a libra; y si nadie quisiera ir, que se cierre San Carlos. Son algunas arias de menos en un escenario y alguna economía más en algunas familias. El teatro nacional, que tenga un apoyo, que se torne una escuela, un centro de arte, un elemento de cultura. Sólo esto es lo sensato y lo digno.

Enero, 1872.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PROLOGO.—Palabras preliminares.....	5
Advertencia del autor.....	9
I.—Estudio social de Portugal en 1871 (primitivo prólogo de "As Farpas,").....	15
II.—Los cuatro partidos políticos.....	49
III.—Las conferencias democráticas.....	55
IV.—Lo que era el partido reformista.....	63
V.—La Cámara de los Diputados.....	67
VI.—Dos candidatos.....	75
VII.—Psicología de las elecciones de Diputados.....	79
VIII.—Aptitudes necesarias para ser Ministro.....	93
IX.—La multa para el lirismo.....	99
X.—Máximas y opiniones de un Diario político.....	103
XI.—El discurso de la Corona, su presente y su futuro.....	115
XII.—Tumultos en el Parlamento.....	123
XIII.—El gran valor de "Su Excelencia".....	129
XIV.—El Ejército en 1871.....	135
XV.—La Marina y las Colonias.....	141
XVI.—Las ocho razones por las que no fué reformada la carta.....	155
XVII.—La Plaza de Toros instalada en San Bento...	163
XVIII.—Un escándalo en el Parlamento.....	167
XIX.—Tres días de insultos en la Cámara.....	171
XX.—La novela de una lancha.....	175
XXI.—Tres tipos de revolución, a escoger.....	179
XXII.—El lujoso mercado de peces de Oporto.....	183
XXIII.—Delicias de viajar por los caminos de hierro...	187
XXIV.—La cólera del Centro Obrero.....	189
XXV.—El equipaje de la ex Emperatriz.....	197
XXVI.—El príncipe Humberto.....	203
XXVII.—Julio Diniz.....	207
XXVIII.—Cómo se es genio por escritura pública...	211
XXIX.—La policía.....	217
XXX.—Una nueva penalidad.....	221
XXXI.—Los misioneros y sus negocios.....	225
XXXII.—Nuestra diplomacia.....	233
XXXIII.—Las creencias y la Iglesia.....	245
XXXIV.—Visitas indiscretas entre España y Portugal.	249
XXXV.—El cumpleaños del Rey.....	259
XXXVI.—La Reina pasea.....	263
XXXVII.—El teatro.....	269

OBRAS DE EÇA DE QUEIROZ

CUYA PROPIEDAD HA ADQUIRIDO LA BIBLIOTECA NUEVA

PROSAS BARBARAS

EL MISTERIO DE LA CARRETERA DE CIN-
TRA TATIS

UNA CAMPAÑA ALEGRE (1.ª y 2.ª parte.)

CUENTOS

CARTAS DE INGLATERRA

ECOS DE PARIS

CARTAS FAMILIARES Y BILLETES DE PA-
RIS

VIDAS DE SANTOS.—SAN CRISTOBAL

VIDAS DE SANTOS.—SAN ONOFRE

NOTAS CONTEMPORANEAS

ULTIMAS PAGINAS

TODAS ESTAS OBRAS, FIELMENTE TRADUCIDAS, FORMAN
UNA SERIE DE VOLÚMENES ELEGANTEMENTE PRESEN-
TADOS, A CUATRO PESETAS CADA UNO.

